
HARLEQUIN
Jazmín
CON UN
SOLO BESO
ROXANN DELANEY

Jazmín

ROXANN DELANEY

Con un solo beso



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Con un solo beso, n.º 1667 - agosto 2019
Título original: A Saddle Made for Two
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-441-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

VEN A montarte aquí, preciosa, y verás lo que hace un hombre de verdad.

Ignorando al grupo de borrachos que gritaba junto a los tráileres, Ellie Warren alzó la barbilla indignada, y pasó de largo sin mirarlos.

–Estúpidos vaqueros sin cerebro –murmuró para sí misma.

El olor a whisky y a animales, algunos de ellos de dos patas, inundaba la brisa nocturna de las pistas de rodeo en Cedar Rapide, Iowa. Ninguno de los aromas le era nuevo a Ellie. Había pasado doce años, desde que tenía catorce, en ese ambiente, y los últimos seis viajando por todo el país. Había aguantado toda clase de obscenidades y sabía muy bien que la mejor forma de tratar a esos deslenguados vaqueros era ignorarlos.

Siguió murmurando de camino a su caravana, situada en el camping de los participantes, detrás de las pistas.

–Tendrían que llenarse la boca con estiércol.

Estaba muy cansada y le costó un gran esfuerzo quitarse las botas cubiertas de polvo y dejarlas en la plataforma trasera del remolque. Necesitaba una ducha, pero prefería esperar a la mañana siguiente antes que volver a pasar junto al grupo de vaqueros bebidos.

Abrió la puerta, buscó a tientas el interruptor y se quitó el sombrero. Entonces se fijó en el suelo.

El escalofriante grito que se le escapó atravesó las finas paredes de la caravana. Una enorme serpiente estaba inmóvil en el suelo.

Los pensamientos se le agolparon en la cabeza, pero no pudo decidir nada. Sin apartar la vista de la serpiente, abrió instintivamente la puerta del armario que tenía a la izquierda y sacó una pala de gran tamaño sin estrenar. Apoyó el filo de la hoja en el cuerpo de la serpiente, tan cerca como pudo de la cabeza. Rogando para que la pala aguantase, agarró fuertemente el mango de madera con las dos manos y se aupó sobre la hoja de metal. Pero la serpiente se escurrió y se deslizó, rodeando la pala con Ellie encima. Ella se quedó paralizada del miedo, sin saber qué hacer. No se atrevía a moverse, por si la serpiente la perseguía, pero tampoco

podía quedarse allí parada. ¡Odiaba las serpientes!

Con el corazón frenético, notó horrorizada cómo las piernas empezaban a flaquearle, y amenazaban con dejarla caer frente al monstruoso invitado.

De repente la puerta se abrió a sus espaldas y ella soltó otro chillido.

–¿Qué demonios pasa aquí? –rugió una voz profunda.

Ellie vio un par de ojos azul brillante fijos en ella, bajo un sombrero negro Stetson. No supo precisar si el vaquero la estaba mirando a ella o a la pala, aunque eso no importaba.

–Una s… serpiente –consiguió decir, casi enmudecida por el miedo.

–Ya lo veo –dijo, mirando a la serpiente y de nuevo a ella–. ¿Estás bien?

Ella asintió, incapaz de seguir hablando.

El vaquero entró en la caravana de un salto y se arrodilló junto al animal.

Ellie no podía mirar y mantuvo los ojos fuertemente cerrados. Pudo sentir cómo él agarraba el mango de la pala, que ella todavía sostenía, y cómo la apartaba a un lado. Al moverse, la rozó ligeramente en la pierna. Ellie sintió otro escalofrío por el cuerpo.

–Es tan solo una serpiente toro, cielo –dijo él levantándose.

–Tan solo una serpiente. Punto –respondió ella entre dientes. Él se rio y eso la tranquilizó un poco.

–Ya puedes bajarte de la pala –le dijo con voz serena.

Pero ella no estaba segura si debía hacerlo, y se aferró más fuertemente al mango, con los ojos todavía cerrados.

–¿Estás seguro? ¿Está… muerta?

–No. No eres lo bastante grande para manejar esto. Solo la has asustado un poco.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su respiración. La pala era más alta que ella, y estando subida en la hoja, la hacía medio metro más alta, pero cuando abrió los ojos, tuvo que levantar aún más la mirada para ver sus ojos.

Estuvo a punto de caer cuando reconoció a su rescatador: era Chace Brannigan, el mejor jinete de rodeos del país.

–Paso a paso, cielo –le dijo, sujetándole por la muñeca.

Ella respiró profundamente y se fijó en su brazo. La serpiente colgaba fláccidamente de su mano.

–Deshazte de ella, ¿quieres?

–Tan pronto como bajes de ahí

Ellie se sobrecogió cuando le llegó el olor fresco y masculino del

vaquero. Tenía que bajarse, pero no parecía capaz de ponerse en marcha. En sus veintiséis años se había encontrado con muchísimos vaqueros, pero ninguno le aceleraba tanto el corazón, como si fuera una adolescente en su primera cita.

Resuelta a tomar control de sí misma, Ellie se bajó de la pala, pero él se interponía ente ella y la salida. El interior de la caravana parecía estar enteramente ocupado por ese vaquero. Sin ninguna habitación a la que huir, Ellie respiró sonoramente hasta que se le aclararon las ideas.

–¿Y la serpiente? –le recordó, con una voz que le sonó extraña.

–Oh, sí –se dirigió a la puerta y arrojó afuera el cuerpo del reptil, que había empezado a moverse.

Ella se mordió el labio para no gritar de nuevo. Luego, puso la pala entre los dos, respirando débilmente.

–Gracias –le dijo, cuando hubo cerrado la puerta.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y se inclinó hacia la pala.

–Esta es un arma peligrosa. ¿Siempre tienes una pala a mano?

–Es más seguro –intentaba no fijarse en esos hombros robustos, tan anchos como Texas.

–No es tan seguro, si tenemos en cuenta serpientes como esa.

–¿Qué significa eso? –le preguntó, atreviéndose a mirarlo.

–Las serpientes pueden arrastrarse por agujeros muy pequeños –dijo con una sonrisa–. Te recomiendo que revises las paredes. Solo por precaución, claro.

Asintiendo, dejó la pala apoyada contra la pared. Sentía los huesos debilitados por la pérdida de adrenalina. Apenas podía tenerse en pie por lo que se sentó en la única silla que tenía.

–Lo haré.

–Y también deberías cerrar con llave. Si yo puedo entrar, cualquiera podría.

–Malditos vaqueros –murmuró Ellie, pensando en los hombres que la habían acosado.

–¿Perdón?

Ellie se sonrojó cuando se dio cuenta de lo que había dicho. El hombre que tenía delante la había salvado, y ella no reparaba en insultar a todos los de su especie.

–Lo siento –dijo agachando la cabeza. Trató de mantenerse en pie y mantuvo la mirada en la camisa de vivos colores del vaquero, salpicada de broches brillantes.

–Gracias por… rescatarme. Supongo que te debo una.

Él se acercó más y le tomó la mano. Ella se sintió diminuta a su lado. Hasta ese momento, su metro sesenta de estatura no le había

supuesto ningún problema, a pesar de haber tratado con vaqueros tan altos como aquel. Pero aquel hombre irradiaba una fuerza especial que bloqueaba todos sus sentidos.

–Ha sido un placer –dijo, con un suspiro ronco.

Como no parecía tener intención de marcharse, Ellie se fijó lentamente en su pecho musculoso y más arriba, en una mandíbula recia y cuadrada. Se fijó en los sensuales labios que sonreían y por último en los ojos que chisporroteaban. Entonces recordó la situación. ¿Pero en qué estaba pensando?

Apartó la mano, pero el hormigueo de calor no desapareció de sus dedos. Tenía bastante sentido común como para perder la cabeza por un vaquero de ojos azules. Había conocido a bastantes vaqueros y rancheros para llenar el resto de su vida. Y todo pagado con la vida de sus padres. No, no quería un vaquero. De ningún modo.

–Bueno, gracias de nuevo –dijo, esperando que saliera inmediatamente de la caravana.

Él no se movió.

–Has tenido una buena actuación esta noche.

–No estuvo mal –respondió ella encogiéndose de hombros, intentando tranquilizarse. El modo que tenía de mirarla la estaba poniendo nerviosa.

–Yo diría que fue lo bastante buena para salir ilesa y ganar el primer premio. Parece que vas subiendo en el ranking.

Ellie asintió. Si ganaba unos cuantos premios más, tendría asegurada su participación en las finales de Las Vegas. Ganar títulos como los de Barrel Racing no significaba mucho. Solo quería competir una vez más. Y entonces se retiraría. Dejaría de vivir como una trotamundos y se establecería en una ciudad. Sería mucho más fácil que vivir en Oklahoma, en el rancho que sus padres le habían dejado a ella y a sus hermanos. Un sitio al que no quería volver nunca.

–La verdad es que estoy muy cansada –le dijo, cuando se dio cuenta de que seguía allí–. Si no te importa…

–Oh, claro. Ya debe de ser bastante tarde –dijo, como si acabara de despertarse. Finalmente abrió la puerta y bajó.

Ellie dio un suspiro de alivio. Estaba lista para desplomarse sobre la cama, cuando él asomó la cabeza por la puerta.

–Asegúrate de echar el cerrojo.

–Claro. En cuanto te marches.

–Me llamo Chace Brannigan.

–Lo sé –¿acaso pensaba que era sorda y ciega? ¿Quién no

conocía a Chace Brannigan? Había oído hablar mucho del tres veces campeón nacional y había visto sus fotos en todas las revistas de rodeo del país, pero no lo había visto en persona hasta ese momento.

–Sí, bueno, cierra la puerta –dijo otra vez.

–Te he dicho que lo haré –dijo con un suspiro de desesperación.

–Ahora –dijo, y desapareció dando un portazo.

Ellie se quedó inmóvil por unos momentos antes de reaccionar. Siempre cerraba con llave, especialmente de noche. Lo hacía para protegerse de los vaqueros como él.

–Cierra la puerta –repitió sus palabras para ella misma, con tono burlón. No necesitaba a nadie para cuidarla. Descorrió ligeramente la cortina de la ventana, solo para atisbar el exterior. Y entonces lo vio, a menos de un metro de la caravana, fijándose en la puerta.

–Solo tienes que girar el pequeño picaporte –dijo desde el otro lado.

–¡Ya lo hago! –con movimientos furiosos echó la cerradura–. ¿Satisfecho?

–Sí.

A través de la puerta, pudo oír su risa.

–Estúpido vaquero.

Chace movió los hombros mientras cruzaba alegremente el campamento mal iluminado. La risa le sentaba muy bien. No podía recordar la última vez que se rio tanto. La imagen de esa pequeña señorita subida a la pala, con unos ojos tan grandes como dólares de plata… Se rio más fuerte aún. Le recordaba a un cartucho de dinamita, listo para explotar en cualquier momento.

De pronto la risa se desvaneció y frunció el ceño con preocupación. ¿Cómo se había colado la serpiente en la caravana? No parecía venenosa, pero no había que confiarse. Muchas mujeres se morían de miedo cuando veían una serpiente cerca. Y era evidente que ella viajaba sola, sin nadie para cuidarla.

Aquel pensamiento le pasó por encima como una avalancha de nieve. Se forzó a creer que la caravana era segura. Pero, además de serpientes, había otras amenazas que merodeaban por los alrededores, como los jinetes que bebían demasiado y armaban escándalo. Últimamente había visto a demasiados de ellos. Otra buena razón para abandonar mientras todavía siguiera en la cima.

Y la lista de razones aumentaba cada día. Levantar su dolorido cuerpo de la cama cada mañana sin ninguna ayuda era todavía

posible, pero nada fácil. Lo habían golpeado, pisoteado, lesionado y hecho saltar por los aires. Tanto, que había tomado una decisión. Ese era su último año, su última oportunidad para hacer un doblete: ganar el título de Saddle Bronc y el All-Around Cowboy. Ya lo intentó años atrás, siendo más joven e inexperto y mucho menos curtido por las heridas, pero perdió ambos títulos por muy poco. Era el momento de desquitarse, pero no podía confiar en su experiencia. Tendría que hacerlo mejor que nunca, por lo que no podía haber nada ni nadie que lo distrajera.

Podía hacerlo, y volver a casa como un gran campeón. Se había desentendido del rancho familiar durante mucho tiempo, y ya era hora de retomar sus responsabilidades. Ya no bastaba con enviar los premios a casa. Su hermano lo necesitaba allí. Y Chace quería volver. Lo necesitaba más que nunca.

Mientras se acercaba a su camión, le vino a la memoria la imagen de una mujer con el pelo color caramelo y ojos color chocolate; una imagen para chuparse los dedos, pensó. Pero, por desgracia, estaba a dieta. Nada de mujeres hasta que tuviera esas dos hebillas de oro colgando de su cinturón.

–Hey, Brannigan.

Chace vio a su compañero de viaje y de equipo, apoyado contra la puerta del camión.

–Ray –dijo a modo de saludo.

–Tu última actuación ha sido sin duda la mejor.

–Espero que la próxima salga tan bien como esta –respondió sacando la silla de montar de la parte trasera–. Gracias por cuidar de Redneck.

–De nada, se ha portado muy bien –Ray se apartó de la puerta–. ¿Vamos a alquilar una habitación o qué?

Chace miró en dirección a la caravana que había dejado atrás.

–Esa pequeña jinete, la que monta a Cheryl. ¿Cómo se llama?

–Ellie Warren –respondió su amigo quitándose el sombrero–. Compite en las carreras de obstáculos.

Chace no pensaba que ella estuviera en peligro, pero si uno de los camorristas que hubiera bebido demasiado se acercara… Ella podía ser como la dinamita, pero demasiado pequeña para enfrentarse a un vaquero borracho.

–Ray, ¿podrías llevar el camión allí? –señaló a un espacio libre.

–No creo que sea posible con el remolque.

–Desengánchalo. Tengo que comprobar una cosa. Me aseguraré

de que los caballos estén en su sitio cuando haya terminado –abrió la puerta del camión, dejó la silla y agarró un trozo de alambre de debajo del asiento.

–Llevaré los sacos de dormir atrás –dijo Ray mientras abría la puerta y se ponía al volante.

–En seguida estoy de vuelta.

En menos de un minuto, Chace estaba llamando con los nudillos a la puerta de Ellie. Al no recibir respuesta golpeó un poco más fuerte con el puño. Entonces oyó movimiento.

–¿Quién está ahí?

–Chace Brannigan.

La puerta se abrió de golpe, y él tuvo que dar un salto atrás para evitar el golpe.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Ellie con los puños en las caderas y una mirada furiosa.

El atuendo que se había puesto para dormir lo dejó sin palabras. Un pijama de chico cubierto con dibujos de caballos salvajes sobre un bronceado espectacular. El dobladillo de las mangas le cubría las manos y lo mismo hacían las perneras con sus pies.

Levantó al mirada cuando ella cruzó los brazos y no pudo evitar fijarse en la franja de piel morena que se adivinaba entre las solapas.

–¿Qué pasa? ¿Es que nunca has visto un pijama?

Chace tragó saliva, sin contestar.

–¿Y bien?

–Pues… no veía uno como este desde que tenía ocho años.

Forzó una sonrisa y trató de no mirarla impúdicamente. Ella lo observaba con ojos encendidos, enmarcados por sedosas trenzas de cabello suelto.

–¿Qué estás haciendo aquí, Brannigan? –le preguntó con voz fría.

–La puerta.

–¿Qué le pasa a la puerta?

–Ciérrala y echa el cerrojo detrás de mí.

–Eso es lo más razonable que has dicho –alargó el brazo y volvió a cerrar la puerta en sus narices.

–Buenas noches otra vez, señor Brannigan –dijo desde dentro, echando el cerrojo.

Sonriendo, introdujo el alambre que llevaba en el hueco de la cerradura y le dio unas cuantas vueltas, mientras giraba el pomo de la puerta.

–¿Qué demonios estás… –la puerta se abrió–… haciendo?

–Hasta un pedazo de cinta adhesiva sería mejor que esta cerradura –le mostró el alambre–. Alambre para empaquetar. Algo muy corriente para cualquier vaquero.

–Lo sé.

–Estás tan segura aquí como…

–También lo sé –se mordió el labio y se apoyó contra la mesa. El miedo se reflejaba en sus ojos—. ¿Qué puedo hacer?

–A largo plazo –dijo él entrando en la caravana–, podemos colocar una cerradura en condiciones.

–¿Podemos?

–Vale. «Pondré» una cerradura en la puerta.

–Es mi caravana, mi casa.

–Tal vez un sistema de seguridad…

–Oh, por el amor de Dios. Me ocuparé de eso mañana.

El pensamiento de que alguien tan pequeño durmiera sin protección se le fijó en la cabeza.

–¿Y qué pasa con esta noche?

Ella frunció las cejas y se tapó con un dedo los labios.

–Por las campanas del diablo –murmuró él imaginando cómo sería el contacto con esos labios.

–¡Campanas! –exclamó ella, y se dio rápidamente la vuelta hacia una pequeña cabina, situada debajo de la cama.

Él contuvo un gemido y apartó la mirada de la manada de caballos galopando por su espalda. No volvió a mirar hasta que oyó un sonido metálico.

Con una amplia sonrisa, Ellie sacó una gran campana de latón. Luego, empujó a Chace hacia la puerta.

–La pondré en el picaporte de la puerta. Si alguien intenta girarlo por fuera, el ruido me despertará al instante.

Considerando lo fuerte que había tenido que llamar él, Chace pensó que haría falta un cañón para conseguir despertarla, pero se cuidó de decirlo. Su camión estaba aparcado lo bastante cerca, de modo que podría oír la campana si sonaba.

Ella le dio otro empujón.

–Vamos, sal e intenta abrir. Pero dame un minuto para colgarla.

Con la boca cerrada, salió de la caravana y respiró pacientemente, mientras ella cerraba la puerta a sus espaldas.

–Vale, intenta abrir ahora –dijo ella desde dentro.

Él agarró la manivela y la giró lentamente.

Clang. Clang.

La puerta se abrió un poco, y ella se asomó. La campana hacía tanto ruido como para despertar a todo el campamento.

–¡Funciona! –exclamo ella sonriente–. Creo que te debo otra…

–Ha sido idea tuya –le recordó él.

Ella abrió la puerta del todo y le sonrió agradecida.

–Sí, pero gracias a ti por golpear en la puerta. No se me habría ocurrido si no hubieras venido.

Él observo a la pequeña figura que tenía delante, deseando enredar los dedos entre sus cabellos. Todo en ella era diminuto, menos la boca, grande y sugerente, y los enormes ojos marrones.

–Ha sido un placer… de nuevo.

Regresó a su camión preguntándose cómo era posible que una mujer tan pequeña pudiera causarle tamaña excitación. Demonios, él tenía treinta y tres años. Demasiado mayor para ella… Una docena de palabras le cruzaron la mente: hermano, tío, sobrina… Pero solo una se le quedó grabada. Amante.

–Olvídalo, Brannigan. Solo es una niña –se dijo a sí mismo mientras examinaba a su caballo y al de Ray. Pero el cuerpo le decía que era toda una mujer, a pesar de su corta estatura.

Dejó las bolsas en la parte trasera del camión y se metió en el saco de dormir. Ignorando los ronquidos de su amigo, se quedó observando el cielo estrellado. La brisa nocturna era fría, y él espero que sirviera para aliviar el calor que sentía por todo el cuerpo. Necesitaba concentrarse en el rodeo. Nunca había sido responsable de nadie, salvo de él mismo. Estaría loco si antepusiera una relación a todas las hebillas de oro que le esperaban, sin contar con que tenía que salvar el rancho de su familia. Especialmente, una relación con esa mujer.

Por las campanas del diablo, pensó. ¿Cuál sería el próximo problema?

El sonido de una campana despertó a Ellie de un sobresalto, y a punto estuvo de golpearse la cabeza contra el techo de la litera.

–¿Quién demonios está armando tanto ruido? –preguntó en voz alta.

La respuesta de una voz femenina identificándose la hizo sonreír.

–Espera un segundo, Reba –gritó bajándose de la cama de un salto–. Siento lo de la campana –le dijo a su amiga cuando abrió la puerta.

Una mujer de mediana edad y pelo rojo chillón entró en la caravana.

–¿Qué ha pasado?

–Es una larga historia.

Se arremangó el pijama que le había quitado a uno de sus hermanos, y pensó cómo podía explicar lo de la campana sin entrar en detalles. Hasta que se despertara del todo y se acordara bien de lo que había pasado la noche anterior, no quería decir demasiado.

Reba Tucker, siendo tan bondadosa y comprensiva, no aceptaría de buena gana la historia de la serpiente. Esa mujer había hecho junto a su marido el circuito de los rodeos durante muchos años como para escuchar una anécdota así sin llevarse las manos a la cabeza, y Ellie no quería escuchar los gritos de una histérica.

Y tampoco quería mencionar a Chace Brannigan. Eso es todo lo que Reba necesitaba para soltar su lema favorito: los vaqueros son grandes maridos. Nate Tucker podía ser el mejor esposo del mundo, pero Ellie no quería un hombre que llevara botas con espuelas ni sombreros de ala ancha. No quería a ningún hombre en su vida. Nunca lo había necesitado.

Se pasó los dedos por el pelo despeinado y dio un suspiro.

–Me di cuenta de que la cerradura no cerraba del todo, así que puse esta campana. Funciona muy bien como alarma, ya ves.

Reba cruzó los brazos y se apoyó contra la mesa.

–¿Eso es todo? Pero chica, si todo lo que tenías que hacer era decírselo a Nate. Habría salido disparado al almacén más próximo, tan rápido como un conejo perseguido por un podenco, y habrías dormido tan segura como un bebe en su cunita.

Con una sonrisa de agradecimiento, Ellie trató de desviar el tema de conversación.

–¿Nate va a montar en Phoenix?

Reba asintió.

–Estamos planeando hacer una parada en casa de mi hija Laura para ver a mi nuevo nieto. Y tú ¿vas a competir para las finales?

–Tengo que pararme en el rancho. Puedo practicar un poco allí. Y quizá sea la última vez que vea ese lugar.

–Es tu hogar, niña. Tuyo y de tus hermanos. No estarás planeando venderlo, ¿verdad?

Pero ella no había estado en su hogar desde que lo abandonó seis años atrás, cuando Matt había cumplido los dieciocho. Solo habría regresado si fuera absolutamente necesario. Si no, prefería evitar todos los recuerdos. Se negaba a que el rancho se apoderase de sus hermanos como hizo con sus padres. Si conseguía venderlo, tan vez pudiera escapar al fin de su pasado.

–Sí, voy a venderlo. No llevará a más gente a la tumba.

Reba tomó su mano.

–Eso fue tan solo un trágico accidente que se llevó a tu familia. Esta clase de cosas no ocurren…

–Trabajar en un rancho acaba con tu cuerpo, con tu salud, con tu dinero, hasta que acaba con tu vida.

Ellie no podía pensar en el accidente, pero era consciente de que les podía pasar lo mismo a los chicos.

—Son adultos, Ellie. Deja que tomen sus propias decisiones.

–Lo sé. Ya no cuido de ellos –hizo una pausa para respirar–. Pero conozco los peligros del rancho y no puedo permitir que les ocurra algo malo. Matt se rompió la clavícula el año pasado, pero pudo ser peor. Mucho peor.

–Ni siquiera tenías intención de vender el rancho.

Ellie suspiró y apartó la mirada. Era el mismo argumento de siempre. Reba no podía entender los peligros de los que hablaba. A sus hermanos les podían ocurrir muchas cosas en el rancho. Y guardaba demasiados malos recuerdos para ella. Lo próximo que Reba preguntaría sería cuáles eran sus planes. Su única respuesta era mudarse a la ciudad. Pero antes tenía que sacar a los chicos del rancho. Y después se preocuparía de ella misma. Si conseguía clasificarse para la final nacional, ganaría el dinero suficiente para aclarar su camino. Por un tiempo.

–Será mejor que enganche el remolque –dijo sin mirar a su amiga–. Es hora de ponerse en camino.

–Nate se estará preguntando dónde me he metido –dijo Reba volviéndose a la puerta–. Cuídate. Nos veremos en Phoenix.

–Seguro que sí.

Cuando Reba se marchó, Ellie abrió el armario y tomó una toalla. Entonces se fijó en la imagen que reflejaba el espejo y se quedó observando su cuerpo.

–No entiendo por qué Chace Brannigan te miraba así anoche –le dijo a su reflejo.

Soltó un gruñido de disgusto ¿Por qué le importaba tanto, si no tenía esas curvas que enloquecían a los hombres?

Se puso rápidamente las ropas del día anterior y se dispuso a tomar una ducha, ansiosa por salir a la carretera. Pero cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue al vaquero que la había rescatado la noche antes. Llevaba una toalla al hombro, por lo que se dirigía, sin ninguna duda, a las duchas.

Como él no se giró para verla, dio un suspiro de alivio y permaneció escondida en la caravana, ignorando los frenéticos latidos del corazón, hasta que pudo salir.

Ellie no estaba interesada en ningún vaquero. No podía estarlo,

ni aunque el vaquero fuera el campeón de los torneos y el más sexy que hubiera visto en su vida. Lo sabía todo sobre ellos. Había conocido a muchos con aquella frase: «o es a mi modo o nada». ¿No había demostrado que se bastaba por sí misma? Además, los jinetes acababan siempre en ranchos. Ella quería dejar atrás todo lo relacionado con ranchos y con su pasado. Nada podría detenerla. Y no necesitaba la ayuda de nadie. Cuanto antes saliera a la carretera, antes pondría distancia entre ella y ese vaquero desvergonzado.

Capítulo 2

CON LOS ojos medio cerrados por el cansancio, Chace dejó que el agua de la ducha le aclarase las ideas. Para su disgusto, volvió a recordar vivamente la mala noche que había pasado.

–Maldita sea –murmuró cuando volvió a sentir su cuerpo bajo el chorro. La mitad de la noche la pasó alerta, esperando oír la campana de latón, y la otra mitad deseando darse una ducha fría. Había otras soluciones, pero rechazó rápidamente la primera que se le ocurrió, que suponía agarrar entre sus brazos a aquella muñequita tan mona. En vez de eso se puso a repasar mentalmente su última actuación. Así estaría a salvo.

Cuando acabó fue hacia su camión silbando una vieja melodía. En cuanto Ray volviera con los termos de café, estarían en la carretera. Apenas quedaba un mes para que la temporada acabase oficialmente, y Chace estaba impaciente por llegar a Phoenix. Después de eso, solo quedarían unos cuantos rodeos más para llegar a las finales. Entonces, si todo salía bien, podría retirarse. Ganaría bastante dinero para mantener el rancho de la Triple B y se acabarían los préstamos y las preocupaciones. Y también acabaría con los planes de su hermano menor para convertir el rancho en un centro turístico.

Una vez que volviera a casa, podría compensar a Trey por haberse ocupado de todo. Con suerte, podrían convencer a su hermano Dev para que volviera. Trabajando juntos, lo mantendrían a flote, y lo convertirían en el rancho que fue una vez. Cuatro generaciones de Brannigan lo habían dado todo por la Triple B, y sus hermanos y él habían intentado mantenerlo tras la muerte de su padre. Chace pertenecía a aquel lugar. No podía seguir evitando sus responsabilidades.

Completamente despejado y con sus hormonas bajo control, Chace no se molestó en evitar la caravana de Ellie. Pero no la esperaba ver vestida con un top, inclinándose para enganchar el remolque del caballo al camión. Mucho mejor que el pijama de la noche anterior.

–Demonios –gruñó. Si esa mujer no se levantaba, Chace acabaría muy mal.

Por suerte se movió, pero solo para cambiar de postura, y él pudo ver los vaqueros ajustados que marcaban sus formas. Podría ser pequeña, pero tenía el mejor trasero que Chace hubiera visto. Ver aquello era una tortura. Si le quedaba algo de sentido común, tendría que volverse a su camión y olvidar todo lo que había visto. Pero sus pies no se movieron, ni tampoco sus ojos.

Mientras la veía pelearse con el enganche, él apretó los puños. Tenía que reaccionar, hacer algo más que estar allí parado con la lengua fuera, como un perro sediento. Cuando ella golpeó furiosa el parachoques, él decidió entrar en acción.

–Yo lo haré –sugirió.

Ella se volvió y lo miró sorprendida.

–Puedo hacerlo yo sola –le contestó dándole la espalda e inclinándose de nuevo.

Unas gotas de sudor le cayeron por la frente cuando se detuvo detrás de ella. Todo lo que tenía que hacer era agarrar aquellas curvas y llevarla hacia él. Le puso las manos en las caderas, pero se esforzó en echarla a un lado.

–Déjame intentarlo.

–Es mi camión –le dijo duramente.

–Y serán tus dedos los que te rompas –replicó él, colocando el enganche en su sitio. Luego, se volvió y vio que se estaba poniendo encima una camisa. Las manos le temblaban mientras trataba de abrocharla.

Esperó que no estuviera enfadada. Quería tener el mismo efecto sobre ella que el que ella tenía sobre él.

–Me las he arreglado sola con este enganche durante diez años, desde que tengo edad para conducir. Lo habré hecho miles de veces.

Él detectó un temblor en la voz, pero cuando ella alzó la vista y lo miró, vio el brillo desafiante en sus ojos. Realmente era una mujer testaruda.

–Mira, Brannigan, aprecio lo que hiciste por mí anoche, pero no necesito tu ayuda. Puedo cuidar de mí misma. Así que permíteme que me vaya –se dio la vuelta y se dispuso a desatar su caballo de la parte trasera de un camión cercano.

Él se apartó y se quedó mirando cómo ella conducía el caballo dentro del remolque. Parecía una profesional. Quizá no necesitara su ayuda en ese momento, pero a saber lo que habría hecho con la serpiente. Viendo cómo trataba al caballo, supo que no era tan dura como pretendía hacerle creer. Y el gesto de resolución que ponía esa mañana no le hacía olvidar el terror que vio en sus ojos la noche anterior.

Saltó a la puerta del camión en cuanto ella la cerró con fuerza, y se asomó por el hueco de la ventanilla.

–Puede que no quieras mi ayuda, pero sabes muy bien que la necesitas.

El rubor cubrió sus mejillas.

–Saca la cabeza de mi camión –le dijo seriamente.

–Ahora escúchame, fierecilla. Estoy hartándome de…

–¡Cállate! –gritó, poniéndose pálida y saltándosele las lágrimas–. Ni se te ocurra llamarme así.

–Tranquila, cielo –le dijo poniéndole la mano en la mejilla–. No quería decir que…

–Déjame –dijo con un susurro de voz. Apartó la vista de él, giró la llave y metió una marcha. El camión se puso en movimiento de golpe, y casi se llevó por delante la cabeza y la mano de Chace, quien apenas tuvo tiempo de apartarlas.

Chace se quedó mirando cómo se alejaba. ¿Qué habría hecho? ¿Tanto le repugnaba su contacto? No, no podía ser eso. Había notado el temblor de su mejilla. ¿Por qué se apartaba entonces, como si fuera un perro sacudiéndose el agua de encima?

Se dirigió hacia su camión intentando no pensar en ello. No valía la pena. Ella no se interesaba en él. Tendría que olvidarla, y se propuso hacerlo antes de llegar a Phoenix.

Pero una vez que estaba en la carretera, se dio cuenta de lo difícil que iba a resultar apartarla de sus pensamientos. Ochocientos kilómetros después, con Ray intentando animarlo con su charla todo el rato, Chace pensó que tendría que haberle preguntado dónde iba a ser su próxima actuación. ¿Podría alcanzarla?

El viernes por la tarde Ellie llegó a su destino, el ruedo cerca de Phoenix. Había llegado con tiempo de sobra, pero una semana en la carretera la había dejado extenuada. A veces, conducir era más agotador que montar.

En cuanto acabara esa actuación, tendría que dirigirse a Austin para la siguiente. Competía todos los fines de semana, en cualquier lugar, quedara o no entre los quince mejores. Solo aquellos clasificados para la final de Las Vegas se reservaban para la primera semana de diciembre. Ella tendría que seguir compitiendo hasta conseguir la ansiada plaza. Pero en esos momentos pensaba más en el rancho.

Con un suspiro se bajó del camión y sacó a Sky Dancer del remolque. La idea de pasar un mes en Oklahoma le resultaba

incómoda. Pero no tenía elección. Quería a sus dos hermanos y deseaba que fueran felices y que estuvieran a salvo, que no perdieran la vida en un rancho lleno de peligros. Eso significaba que debía venderlo, y ya había encontrado a un comprador. No importaba lo que pudieran pensar Matt y Brett; solo tenía que convencerlos para que firmaran los papeles.

Había llovido hacía poco, pero no le preocupaba el estado de la pista. Su larga experiencia le aseguraba que podría montar sin problemas. Ensilló a Sky Dancer y cabalgó un poco para relajarse del largo viaje. Vio de lejos el camión de Reba y Nate, y se propuso acercarse a ellos a la vuelta para saludarlos. El mundo del rodeo era como una familia. Pero después de pasar media vida compitiendo, Ellie quería cambiar, quería ver caras nuevas, probar nuevas experiencias. Pero eso lo dejaba para el futuro; por el momento solo quería liberarse de la tensión y descansar un poco. Si no conseguía desentumecerse los músculos, no conseguiría nada bueno.

Cuando dejó atrás el aparcamiento se echó al galope campo a través. Pero por muy deprisa que fuera, no podía quitarse de la cabeza a un vaquero en concreto. El tacto de su mano en la mejilla le había traído una paz que no recordaba haber sentido antes. No podía permitirse esa debilidad. Tenía que seguir dependiendo de ella misma, y de nadie más, como siempre había sido.

Cuando regresó al camping se fue directa al camión de los Tucker, y antes de que pudiera desmontar, Reba apareció por la puerta.

–Has llegado muy pronto.

–¿Cómo está Laura?

–Ocupada –le contestó Reba–. Timmy y la pequeña Sally estaban con unos amigos y el bebé estaba enfermo, por lo que no pude tomarlo en brazos.

–La próxima vez estará mejor –dijo Ellie, sintiendo la decepción de su amiga.

Reba buscó algo en sus bolsillos y suspiró al no encontrar nada.

–Me he quedado sin hielo y siempre le tengo preparado a Nate un té helado. ¿Te importaría traerme una bolsa de la gasolinera?

–Con mucho gusto.

–Espera un momento que te dé el dinero –dijo Reba metiéndose en la caravana.

Mientras esperaba, el camping se fue llenando de coches y camiones, y Ellie miró alrededor para ver a algunos conocidos. De repente una mano se posó en su muslo, y estuvo a punto de caerse del susto, sobresaltando también a Sky Dancer.

–¿Dejaste la puerta cerrada? –preguntó una profunda voz familiar.

El corazón le latía frenéticamente mientras se daba la vuelta y descubría a Chace Brannigan.

–¿Me estás siguiendo?

–En absoluto. Ni siquiera sospechaba que estábamos destinados a encontrarnos de nuevo –dijo con esa sonrisa que la hacía vibrar.

–¿Decepcionado?

–¿Me has echado de menos? –le preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

Ellie no iba a admitirle que no había podido quitárselo de la cabeza en seis días. Ni a él ni la venta del rancho.

–La verdad es que había olvidado por completo que nos conocimos.

–Sí, conozco esa sensación –le dijo con una sonrisa aún más maliciosa que sus ojos.

–Creo que diez libras serán suficientes para… –Reba gritó apareciendo por la puerta. Se quedó inmóvil, clavando sus ojos grises en Chace y luego mirando a Ellie–. Iré yo misma por el hielo –dijo sonriendo.

–No –replicó Ellie volviéndose hacia Chace–. El señor Brannigan ya se marchaba –prefería no pensar en lo que Reba pudiera estar pensando.

–Hacía tiempo que no te veía, Chace –dijo Reba sin perder la sonrisa–. No sabía que os conocierais.

–Tuve el placer de conocerla la semana pasada en Cedar Rapids.

–¿En serio? Entonces ¿por qué no venís los dos a comer mañana y así os conocéis mejor?

–Eso sería un placer para mí –dijo él sonriendo y tocándose el ala del sombrero.

Ellie le lanzó a su amiga una mirada asesina. Por nada del mundo quería comer con Chace.

–Veré si no estoy muy ocupada –se excusó–. Guarda el dinero, Reba. Iré por el hielo en seguida.

Sin más palabras se dirigió a la gasolinera. A sus espaldas pudo oír la risa de Chace y agarró con fuerza las riendas. Ya se le había estropeado el día con esa aparición, y posiblemente la temporada entera.

Enseguida llegó a la gasolinera y, además del hielo, le compró a su amiga dos barritas de chocolate. Con la bolsa de hielo colgando de la silla volvió al camping atravesando la multitud que había ido llegando. Volvió la cabeza para saludar a un conocido que le

deseaba suerte y súbitamente Sky Dancer se detuvo.

Sobresaltada, vio cómo Chace agarraba las riendas y le susurraba algo al caballo. Iba a gritarle, pero cuando vio la sonrisa se quedó otra vez sin palabras –¿Intentando evitarme?

Ellie no presumía de sutileza femenina y notó cómo se le sonrojaban las mejillas.

–N… no, desde luego que no.

Sin apartar los ojos de ella, Chace se acercó mientras acariciaba al animal.

–¿Qué fue lo que hice que tanto te asustó?

Ellie levantó la barbilla, tratando de aparentar seguridad. Pero no podía evitarlo. No era él quien la asustaba sino lo que le hacía sentir. Ningún hombre la había hecho estremecerse de aquella manera, y había conocido a muchos, siendo los rodeos un deporte preferentemente masculino. Pero no importaba. Hacía tiempo que rechazó a los vaqueros, y si alguna vez pensara en establecer una relación seria con alguien, no sería con ninguno de ellos, por muy irresistible que fuera.

–No te tengo miedo, si es eso lo que piensas.

–Pero tampoco parezco gustarte mucho.

–Realmente no te conozco, así que, ¿qué puedo decir?

–Podemos arreglar eso.

Ellie se puso más tensa todavía. Odiaba ser dura pero no le quedaba más remedio. Aquel hombre no entendía las indirectas, o quizá no quisiera entenderlas.

Con las manos temblorosas se aferró a las riendas para irse, volcando sin querer la bolsa del hielo. Antes de que pudiera reaccionar, Chace la agarró y se la colocó al hombro.

Cuando ella se inclinó para recuperarla, él le tomó la mano y la puso sobre la silla.

–Si no estuvieras tan ansiosa por alejarte de mí…

Ellie contuvo la respiración, dispuesta a negar que lo estuviera evitando, pero con la mano de él sobre las suyas no podía encontrar las palabras.

–No sé qué será, fierecilla, pero estoy dispuesto a averiguarlo.

Ella abrió la boca para contestarle, pero enmudeció cuando se dio cuenta de cómo la había llamado. Cerró los ojos y vio a su padre montándola sobre un poni. Intentó no pensar ahondar más en esos recuerdos que solo le traían dolor.

–Te dije que no me llamaras así.

–Se me escapó, pero tú…

–No –dijo abriendo los ojos.

–¿Es que no soportas que nadie te haga ver lo pequeñita que eres?

–No es eso –dijo negando con la cabeza–. Llámame «enanita», «pequeñaja», «chiquitina». Pero no me llames eso.

–De acuerdo. Si me prometes que mañana comerás con nosotros.

–No te rindes nunca, ¿verdad? –le preguntó enfadada.

–Fuiste tú quien dijo que no me conocías lo bastante para saber si yo te gustaba –dijo él mirando a lo lejos–. No veo razón por la que no podamos ser amigos.

Ellie sí veía muchas. Una en particular. La más importante. Pero no podía decirle que era por el calor que su proximidad le producía en aquella parte del cuerpo tan pegada a la silla de montar.

–Supongo que no habrá ninguna –dijo ella débilmente.

–Bien. Espero que esta noche des lo mejor de ti –dijo él devolviéndole la bolsa y palmeando a Sky Dancer en la grupa.

El caballo parecía inquieto cuando se acercaban a la caravana de Reba. Ellie trató de calmarlo, pero se preguntó si necesitaría más ejercicio.

–Empezaba a preocuparme.

J.R. Staton se acercaba, y ella respiró aliviada al ver a su agente. Le dio la bolsa de hielo y le sonrió.

–Dale esto a Reba mientras ato al caballo. ¿Te importa?

–Tengo una nueva oferta para el rancho –dijo él antes de marcharse.

Ellie se dio prisa en atar bien al caballo y miró alrededor para asegurarse de que Chace no estaba por allí. No quería verlo en esos momentos. Una nueva oferta, especialmente si suponía más dinero para sus hermanos, era mucho más importante que pensar en un vaquero desarraigado que la hacía encenderse de pasión con cada mirada.

Pero cualquier resto de pasión se congeló en cuanto vio la cara de Reba. A Reba no le gustaba J.R. Él no era un vaquero; la única cosa, por otra parte, que le gustaba a Ellie de él. No esperaban verlo hasta que empezaran las finales. Pero ahora que estaba allí, incluso Reba se impacientaba por conocer las últimas noticias.

–Gracias por traerme hielo –dijo Reba tomando la bolsa.

–Es un placer volver a verla, señorita Tucker –dijo J.R. con una sonrisa forzada.

–Está muy lejos de casa –contestó Reba apoyándose contra la puerta.

Ellie se mordió el labio. Si hubiera sabido que J.R. iba a estar allí, podía haberles evitado esa situación.

–Tengo negocios pendientes en Phoenix, pero antes quería ver a Ellie –dijo mirando a Ellie y sonriendo luego a Reba–. Para hablar de la venta del rancho, por supuesto.

Antes de que Reba pudiera decir algo, Ellie se apresuró a preguntar:

–¿Me dijiste algo sobre una nueva oferta, J.R.?

Él asintió y la miró fijamente.

–El comprador opina que la finca vale mucho más de lo que parecía en un principio. Es una buena oferta. Te aconsejo que la aceptes.

Le sonrió, y Ellie trató de sentir lo mismo que le producía la sonrisa de Chace, pero no lo consiguió ni remotamente.

–Lo único que pido es un precio justo –dijo apartando la mirada.

–Podemos discutirlo de camino a tu caravana. Reba miró al cielo y sacudió la cabeza, dando a Ellie la oportunidad de escapar.

–Te veré mañana, Reba.

–A las doce en punto aquí –le gritó a sus espaldas, pareciendo más bien una orden que una invitación.

–Ahora háblame de esa oferta –le dijo Ellie a J.R. mientras se dirigían a la caravana.

Él dijo una cifra, y ella no supo qué contestar. La cantidad estaba muy por debajo de lo que ella esperaba. Si existía la mínima posibilidad de que alguien pagase un poco más, debía esperar. El comprador había hecho ya dos ofertas. ¿Sería la tercera la definitiva?

–Quizá el comprador eleve la oferta –sugirió ella.

–Te recomiendo que no dejes pasar mucho tiempo –dijo J.R. frunciendo el ceño–. Esta persona está interesada ahora. Si no te decides pronto…

–Quiero hablar con mis hermanos en persona. Hasta entonces no puedo decidir nada.

Él abrió la boca para contestar, pero lo pensó mejor y asintió.

–Tengo algo para ti en mi coche. Enseguida vuelvo.

Ellie sonrió mientras lo veía alejarse. Si conseguía más tiempo, podría convencer a sus hermanos para que aceptaran. Mientras tanto, el comprador quizá subiera el precio.

Quería retirarse tras las finales. Pero aunque consiguiera clasificarse, no ganaría lo bastante para sacar a sus hermanos del rancho. Tenía que venderlo. Pero sus hermanos tenían que estar de acuerdo, y ella no deseaba hablarles de eso.

Después de examinar a los caballos y asegurarse de que su equipo estuviera listo, Chace se fue a consultar su cuenta. Había ganado una importante suma y seguía en cabeza, pero no debía confiarse. Una buena actuación le aseguraba ganancias, pero una actuación magistral le aseguraba la fama.

Pero mientras atravesaba el aparcamiento, sus pensamientos volvieron a centrarse en Ellie. No había esperado encontrarla en Phoenix, aunque tampoco lo había descartado. Había pasado todo el día preguntándose por qué deseaba tanto verla. Finalmente decidió que era por su testarudez. La pequeña mujer se resistía a caer bajo sus encantos, y eso la hacía irresistiblemente atractiva a los ojos de Chance. ¿Y a quién no?

El pensamiento le hizo sonreír, pero entonces se sobresaltó.

¿Acaso se había vuelto loco? Con cuatro rodeos hasta el final de la temporada, lo que menos necesitaba era involucrarse en una relación amorosa. Los últimos puestos de la clasificación estaban demasiado reñidos para perder la concentración por culpa de una mujer. A la mínima distracción perdería toda posibilidad de victoria, y podría irse despidiendo de títulos y premios, y por supuesto, de que la Triple B prosperase. No podía permitírselo. Era el mayor y esa era su responsabilidad.

Cuando pasó junto a la caravana de Ellie, tomó una firme decisión. Era cierto que se sentía atraído por aquella diminuta bola de fuego, pero también lo era que no había perdido la cabeza. Tan solo se había dejado llevar por sus impulsos vitales, y ya no tenía edad para eso. Además, ella le había dejado bien claro que no quería verlo a su alrededor.

Pero antes de que pudiera alejarse de allí, la vio acercarse. Y no iba sola. La acompañaba un hombre vestido impecablemente con una camisa blanca y corbata y llevando la chaqueta al hombro. A Chance se le hizo un nudo en la garganta cuando vio el ramo de flores que ella llevaba. Había sido un completo ingenuo. Estaba claro que Ellie tenía un novio o amante. Y por el aspecto de su acompañante, ningún simple vaquero estaría a la altura, ni aunque fuera el ganador de una docena de campeonatos nacionales.

Furioso consigo mismo, Chance echó una última mirada a la pareja y se dispuso a volverse, pero lo que vio lo terminó de encender.

–Maldito hijo de…

Ellie estaba apoyada en la caravana, mirando al último hombre que Chance hubiera esperado encontrar en un rodeo.

–Quizá le mejorara la vista si viera competir a un hombre de

verdad –murmuró una voz.

Chance se volvió y vio a Reba acercarse. Con gusto le habría dado a James Robert Staton muchas cosas, como una moneda de oro que le debía, pero recordó su promesa de no acercarse a Ellie Warren.

–No cuentes conmigo, Reba. Tengo dos campeonatos que preparar, y no tengo tiempo para pelearme con una pequeña salvaje, que además no me gusta.

Los ojos de Reba le dijeron que no iba a aceptar tan fácilmente una negativa.

–Esta vez no, Reba. Que esto quede entre nosotros, pero este es mi último año, y ya sabes: o salgo como el vencedor o como un fracasado.

–Nunca has sido un perdedor, Chance Brannigan –le dijo Reba dándole golpecitos en el hombro–. Eso no va contigo. Pero ese hombre solo te traerá problemas.

Chance estaba a punto de replicar, pero enmudeció cuando vio cómo el objeto de esa conversación alargaba la mano y le ponía a Ellie un mechón suelto detrás de la oreja.

–¿Qué quieres decir?

–Tú eres un hombre –le respondió Reba, impaciente–. Imagínatelo.

Chance prefirió no pensar en esas palabras. La sola imagen de Ellie le hizo pensar en noches de pasión entre sábanas mojadas. Todo el mundo la veía cómo una pequeña marimacho sobre un caballo, pero él sabía que bajo ese temperamento explosivo y esa obstinación se escondía algo más. Una pasión que él deseaba descubrir, y que al mismo tiempo, prefería no hacerlo.

Cuando se dio la vuelta, Reba se había marchado. Tenía que tomar una decisión. A pesar de lo que había pensado antes, no iba a permitir a ese hombre, a quien conocía como Jimmy Bob desde que era un crío, que intentara manipular a Ellie con sus sucias artimañas. Ella necesitaba protección. Y Chance era el único que podía dársela.

Capítulo 3

QUÉ OCURRE? –preguntó Ellie cuando J.R se apartó en medio de la conversación.

Él se volvió sonriendo.

–Nada. Pensé que había visto a alguien conocido.

–¿Conoces a mucha gente aquí?

–Solo a uno o a dos. Por negocios.

Ellie ardía en deseos de conocer a gente ajena al mundo del rodeo y de los ranchos. Solo de pensarlo sentía cómo la emoción le recorría las venas.

–Vendré mañana para verte competir –le dijo tomándola de la mano–. Después iremos a cenar. Pero ahora tengo cosas pendientes.

Ellie no quiso pensar en por qué su cuerpo no reaccionaba al contacto de aquella mano. J.R tenía los ojos marrones, como ella, y casi imposibles de escrutar. Con casi todo el mundo le bastaba una simple mirada para conocer sus verdaderas intenciones, pero J.R no dejaba ver nada. ¿Se la estaría insinuando?

–Te estaré animando esta noche –le dijo él apretándole la mano.

Ella le dio las gracias y vio cómo se alejaba. No tenía tiempo para pensar en las emociones; el sol ya rozaba el horizonte y necesitaba cambiarse para la ceremonia inaugural. A pesar de que no le gustaba mucho lucirse con el vestuario, como hacían todos los demás, sabía que el público quería ver a los competidores vistiendo ropas llamativas y coloridas. Cuanto más impacto causaran, mejor.

Se quitó las botas, los vaqueros y la camisa y abrió la puerta del armario. Sacó su camisa favorita, de un vivo color rojo con flecos, y se quedó mirándose al espejo.

Nunca se había fijado mucho en su cuerpo. Siendo tan pequeña, tenía asumido que no podía presumir de nada, pero la imagen que vio la sorprendió. Descubrió que tenía caderas, aunque nada fuera de lo normal, y también unos pechos más grandes de lo que pensaba. Se irguió y dejó escapar un suspiro. No estaba mal, pensó, pero ¿por qué no se había dado cuenta de lo que tenía?

«Sencillamente porque no tenías motivo para fijarte, estúpida», se dijo a sí misma. Retrocedió un paso para verse mejor. ¿Les gustaría ese cuerpo a los hombres? Naturalmente, todo vaquero

lascivo le había silbado e insinuado obscenidades, pero era normal en gente así. Además, cuando tenían que tratarla, lo hacían igual que sus hermanos. Nadie parecía fijarse en el fuego salvaje de sus ojos, como el que ella había visto en…

–Quieta, quieta. No vayas por ahí –dijo, alarmada. Pensar en ese vaquero arrogante y bravucón no tenía sentido. Chace era un riesgo que ella no podía tomar.

Pero entonces ¿por qué ardía salvajemente cada vez que la miraba? No sabía mucho sobre los hombres, pero había oído hablar de la química, y de cómo el cuerpo de una mujer reaccionaba ante algunos hombres. Pero la química no iba a conseguirle una casa en la ciudad ni esa vida a la que aspiraba. Tan solo le conseguiría problemas.

Se fijó en el viejo sujetador blanco y en las braguitas, y recordó a Dan Dawson, una compañera de rodeos, en las duchas de Memphis. Las dos mujeres tenían la misma edad, pero Dawson parecía una Venus de Milo, y siempre llamaba la atención entre los hombres. Se había desnudado delante de Ellie y había dejado ver su ropa interior. Un sugerente conjunto de color vede jade que dejaba muy poco a la imaginación.

¿Sería aquella ropa lo que le daba a Dawson tanta confianza en sí misma? Cierto que nadie podía verla pero, ¿ayudaría tanto la lencería? ¿Pensar lo que se esconde bajo los vaqueros y la camisa?

Ellie pasó un largo rato pensando en esas preguntas.

Chace esperó hasta que J.R se marchara para actuar. Si aquella comadreja estaba detrás de algo importante, no podía perder tiempo. Tenía que hablar con Ellie y averiguar las intenciones de ese Jimmy Bob.

Giró el pomo de la puerta maldiciendo en voz baja, preparándose para contarle a Ellie lo que merecía saber. Demonios, ya se le había colado una serpiente, ¿acaso quería otra, esta vez con piernas?

La puerta se abrió y él entró como una exhalación.

–¿Cuándo demonios vas a…?

Las palabras se le congelaron en la garganta. Ellie estaba de pie, a menos de dos metros de él, en ropa interior y mirándolo con ojos horrorizados. Ni con una ducha helada, podría haber impedido que su cuerpo reaccionara como lo hizo. Había visto a muchas mujeres ligeras de ropa, pero aquella visión le hizo sentir algo completamente nuevo.

Ella abrió la boca, pero no pudo decir nada. Se ocultó detrás de la puerta del armario.

–¿Q… qué demonios te crees que estás haciendo, entrando aquí así?

Chace no encontraba palabras. Y tampoco podía apartar la vista.

Ellie asomó la cabeza y le echó una mirada fulminante. La furia de esos ojos le recordó lo que estaba diciendo al entrar.

–¿Es que nunca piensas cerrar la puerta? ¿Ni arreglar la cerradura?

–Ya lo hice. Pero no creí que tuviera que echarla todo el tiempo –le dijo encolerizada–. Solo a ti se te ocurriría entrar sin llamar.

Él no hizo caso; estaba muy enfadado con ella por no haber asegurado la puerta, y a la vez, preocupado por lo que podría haberle pasado.

–Piénsalo bien, Ellie. Viajas sola. Cualquiera podría entrar aquí.

Ella desapareció tras la puerta y él pudo oír cómo revolvía las cosas del armario. Cuando apareció, llevaba puesto un albornoz de hombre, cinco tallas mayor. Chace hizo un esfuerzo por contener la risa. Parecía una niña jugando a los disfraces con la ropa de su padre. Pero la imagen infantil desapareció cuando ella dio un paso y él pudo ver una porción de pierna, desnuda y fuerte. Casi se quedó sin respiración.

–Supongo que tendrás razón –admitió ella–. Pero dudo de que alguien se atreviera a entrar aquí de día.

–No subestimes a un vaquero desesperado. Muchos de ellos ya están borrachos antes de que oscurezca –no añadió que él mismo apenas podía resistirse a la tentación.

Con la boca seca y el corazón a cien, contempló cómo ella se sentaba y se cubría las piernas cruzadas con el albornoz. Acarició la tela con una mano temblorosa, y Chace deseó ferozmente que lo tocara a él de esa manera, suavemente, que lo rodeara con sus piernas desnudas hasta que…

–¿Qué? –preguntó distraído, cuando ella le preguntó algo, rompiendo sus fantasías.

–Te he preguntado qué haces aquí.

Él se fijó en sus labios. Exuberantes y perfectos, sugerentes y lujuriosos labios que por una vez no se torcían hacia abajo, sino que parecían clamar por los suyos. Tuvo que aferrarse al último resto de cordura que le quedaba para no perder el control. Había ido allí para advertirla, para protegerla de un animal, no para comportarse como otro.

Pero la cordura no sirvió de mucho. Incapaz de mantener

quietas las manos, la agarró por los hombros y la puso de pie.

–Ellie…

–¿Crees que soy bonita, Chace?

El sonido de su nombre saliendo de aquellos labios recorrió su cuerpo, como una lanza ardiente. ¿Bonita? ¿Pero es que ella no lo sabía? Evidentemente no, a juzgar por la inocencia de sus ojos oscuros.

–Eres preciosa –susurró, bajando la cabeza para el beso que necesitaba más que el aire. Pero antes de que sus labios se rozaran, ella se apartó y le dio la espalda.

–Eso suena muy bien, Brannigan –le dijo con una risa temblorosa–. Apuesto a que le dices lo mismo a todas las demás jinetes.

Él nunca le había dicho algo así a ninguna mujer. No era un hombre que susurrara palabras bonitas. Pero no estaba seguro de que ella pensara lo mismo, así que se abstuvo de negarlo.

Ella lo miraba, con una sonrisa forzada y con ojos dubitativos.

–Y hablando de jinetes, me estaba vistiendo cuando entraste aquí como un salvaje.

Aquello terminó de romper el encanto. Ni siquiera recordó lo que había venido a decirle.

–¿Irá a verte ese amiguito tuyo de la ciudad?

–¿Lo has visto? –la sonrisa le desapareció de los labios.

–De camino, cuando iba a consultar mi cuenta –dijo con una indiferencia que no sentía. No, cuando se trataba de Jimmy Bob.

–Oh –dijo ella encogiéndose de hombros–. Es solo un conocido. Por los negocios.

–¿Lo conoces desde hace mucho?

–Desde hace unos meses.

–No es tiempo suficiente para confiar en él –casi en seguida se dio cuenta de que había cometido un error.

–Bastante más tiempo del que te conozco a ti –dijo ella desafiante, posando las manos en las caderas–. Mira, Brannigan, aprecio tu ayuda, pero de verdad que no la necesito. Si alguna vez me haces falta, te lo haré saber. Pero no cuentes con ello.

Chace intentó pensar en la razón que lo había llevado allí. Tenía que prevenirla contra Jimmy Bob, quisiera o no su ayuda. En el fondo ella lo necesitaba, como él la necesitaba a ella. No del mismo modo, pero quizá mucho más.

No se atrevió a mirarla de nuevo y se dirigió a la puerta.

–Creo que iré a ensillar el caballo.

–Mientras sea el tuyo y no el mío.

Él se volvió, esperando verla sonreír, y tomando el comentario como una broma. Pero la mirada de ella hablaba muy en serio. Se tocó el ala del sombrero, sin querer replicar más.

–Hasta la vista.

–Creo que no –contestó ella–. Tengo… algunos planes.

Al volverse sobre el hombro, Chance no pudo evitar fijarse en el ramo de flores que ella había colocado sobre la mesa.

–Supongo que con ese tío con traje y corbata.

–Ocúpate de tus propios asuntos, Brannigan, y deja que yo me preocupe de los míos –le dijo furiosa.

Él no quería involucrarse, pero no le quedaba más remedio. Ellie se lanzaba de cabeza al desastre. Tenía que detenerla.

«¡Ahora!», se apremió a sí mismo, «antes de que sea demasiado tarde».

–Sé que…

–Tú no sabes nada –lo cortó ella.

–Entonces dime qué…

–Puede que sea pequeña, pero puedo cuidar de mí misma. Y aunque no pudiera, tengo dos hermanos que me cuidarían bien. En contra de lo que crees, sé muy bien lo que hago.

–Mira, Ellie…

–Fuera –concluyó ella señalando la puerta. La manga del albornoz le cubrió la mano, ridiculizando la agresividad del gesto.

Chace le echó una última mirada, con la esperanza de que se le quedara a ella grabada en la memoria, y salió de la caravana.

Lo había puesto contra las cuerdas. Había planeado distraerla, descubrir qué clase de atracción era aquella, por qué Jimmy Bob andaba detrás.

La rivalidad entre los Staton y los Brannigan se remontaba cuatro generaciones atrás, y Jimmy Bob había perdido. Eso no le había hecho mucha gracia, pero tampoco lo había detenido. Seguía sin ceder. Y esperaba la oportunidad para apoderarse de la Triple B, y no solo de la tierra que antaño perteneciera a los Staton.

Hasta entonces, Jimmy Bob se había metido en otros asuntos turbios. Se oían historias de cómo había estafado a muchas personas, pero no había pruebas. En cuanto Chace encontrara alguna, la justicia haría el resto.

Pero en esos momentos estaba Ellie por medio y, aunque ella hubiera elegido esa opción, Chace no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que encontrar un modo para evitar el desastre, antes de que las cosas empeoraran después del rodeo.

Ellie no prestó atención a la ceremonia inaugural. No paraba de pensar en el encuentro con Chace. Y eso no le gustaba, porque tendría que estar pensando exclusivamente en su inminente carrera.

–Buenas noches, Ellie.

El tono suave se le coló por las venas, y no necesitó girar la cabeza para reconocer al hombre que cabalgaba a su lado.

–Brannigan –dijo a modo de saludo sin mirarlo.

Estuvieron cabalgando por la arena en silencio. En lo único que podía pensar Ellie era en la ropa que llevaba cuando Chance la sorprendió. O que no llevaba, mejor dicho. Al menos podía dar gracias al cielo por haber llevado «algo».

Pero cuanto más pensaba en eso, más se lamentaba de que su ropa interior no hubiera sido algo más provocativa. Un poco de raso, un poco de encaje… y no ese algodón blanco tan virginal que siempre llevaba.

Se aventuró a sonreírle y se quedó embobada viendo aquellos hombros tan anchos y robustos, y aquellas espesas cejas oscuras. La furia que había sentido en su caravana se derritió como un helado bajo el sol de agosto. Dejaron de importarle sus manías y su afán de mando. Al fin y al cabo, todos los vaqueros eran así, pero ninguno tenía esos ojos oscuros tan fascinantes, y ningún otro la había hecho desear con tanta fuerza ser abrazada por unos fuertes brazos.

Pero no podía permitirse esas fantasías, ni permitirle a él que lo supiera. Como mínimo, le debía un respeto cordial, en vez de echarle a patadas de su caravana. La había salvado de la serpiente, la había advertido de los peligros que corría y le había mostrado la cerradura estropeada. En una semana, había acudido más veces en su ayuda que nadie en toda su vida. Debía esforzarse por mostrarse un poco más amistosa. Era todo lo que él pedía.

Los participantes empezaron a salir de la arena, y Ellie se preguntó por qué Chace no había vuelto a dirigirle la palabra.

–Lo siento. Hoy he estado un poco grosera –dijo sinceramente.

–Olvídalo –respondió él, pasando a su lado sin mirarla.

La respuesta la habría olvidado, de no ser por la expresión tan seca que puso al decirla. Era evidente que estaba enfadado, y eso la incomodaba.

–Por lo visto, no soy la única que ha perdido los buenos modales –le dijo a sus espaldas.

–¿Ya estás con eso otra vez? –le preguntó él volviéndose en la silla.

–No fui yo quien irrumpió en una casa ajena, sorprendiendo a la

propietaria medio desnuda –dijo ella enfadada, y en seguida vio cómo se le encendían los ojos al recordarlo. Se esforzó en no apartar la mirada.

–No sé si dejar pasar ese comentario o…

–¿O qué?

–¿Podemos tener una conversación civilizada o vamos a necesitar guantes de boxeo?

Ella asintió aliviada.

–Me encantaría, si lo crees posible –dijo. Además le exigía una pequeña sonrisa, pero no se lo dijo.

–Tú dirás. Me toca actuar dentro de poco. Firmemos una tregua y veremos si dura hasta entonces.

Ella asintió de nuevo sonriéndole tímidamente. Entonces el locutor pidió al público que se pusiera en pie para escuchar el himno nacional. Era en esos momentos cuando Ellie repasaba mentalmente su próxima actuación, cada movimiento con el lazo, cada pisada de Sky Dancer… Todo su cuerpo estaba en alerta. Podía sentir el olor a heno, a ganado y a polvo, el aire fresco de la noche, el lejano murmullo del público. Pero esa noche no podía concentrarse por culpa del hombre que tenía al lado.

Cuando acabó la ceremonia Chace se aclaró la garganta y preguntó:

–¿Dónde competiste antes de Iowa?

–En Memphis, ¿y tú?

–En Mesquite.

Estaba claro que él pretendía seguir con una conversación vulgar, aunque fuera amistosa. Ellie sonrió, decidida a seguirle el juego.

–Yo también pensé en Mesquite, pero ya estuve allí hace poco y quería probar algún sitio nuevo.

Él asintió y le habló de sus pasadas competiciones. Poco a poco, la conversación se fue haciendo más distendida y ambos se relajaron. Intercambiaron historias como viejos amigos y hasta se hicieron reír. Antes de que Ellie se percatase del tiempo transcurrido, ya le tocaba actuar a Chace.

–Esa es mi llamada –le dijo, cuando el locutor pronunció su nombre–. ¿Le echarás un vistazo a Redneck?

Antes de que ella pudiera responder, él agarró las riendas y se giró para marcharse.

–¿Chace?

Él se detuvo y la miró por encima del hombro. Ella le indicaba con el dedo que se acercara.

–¿Qué pasa?

–Un poco más cerca –le dijo sonriendo. Cuando se acercó lo suficiente, Ellie se inclinó y lo besó en la mejilla–. Buena suerte. Te estaré animando.

Chace se quedó mirándola un momento.

–Así tendría que ser –le dijo, pasándole la mano por la pierna hasta detenerse en el muslo. Ellie aguantó la respiración.

Pero, en vez de besarla como ella esperaba, retiró la mano y se alejó hacia la arena.

–Maldita ingenua –se dijo a sí misma. Todo iba como la seda, pero tuvo que estropearlo con un simple beso de ánimo. ¿Qué pensaría de ella?

Chace no podía recordar una carrera más incómoda. La marca de sus labios en la mejilla lo tenían completamente excitado, algo que nunca le había pasado en medio de una actuación. Y encima sentado.

En sus dieciochos años de jinete había recibido muchísimos besos de ánimo. Incluso alguna vez se había encontrado en la silla una pieza de lencería fina. Pero nada le había afectado igual que el beso de Ellie. Dulce, suave, endiabladamente sexy… Nunca podría olvidarlo.

Pero no tendría más remedio que hacerlo. La temporada llegaba a su fin y ellos tomarían caminos separados. Quizá se encontraran en Las Vegas, si ambos conseguían clasificarse. Así debía ser. Una mujer era un gasto, económico y psicológico, que él no podía afrontar.

Ray lo pilló de camino al camión para discutir algo sobre el equipo de lazos. Si hubiera podido elegir, Chace habría pasado el tiempo junto a Ellie, pero sabía que debía ir alejándose de ella. No podía permitir que su compañía interfiriera en la competición. Y además, no quería defraudar a Ray. Quizá la encontrara cuando acabase el rodeo. Esa posibilidad le hizo sonreír, hasta que recordó que ella estaría con Jimmy Bob.

–¿Qué has dicho? –le preguntó Ray.

–Nada –respondió, decidido a olvidarla. No quería admitirlo, pero lo que sentía cada vez que pensaba en ella sobrepasa cualquier otro pensamiento, incluido el de Jimmy Bob.

–¿Dónde has dejado el caballo, Chace?

–Con Ellie.

–¿Quieres que vaya por él?

–No –dijo Chace dándose la vuelta. Se fue en busca de Ellie y de su caballo. Estaba furioso por haber pasado un rato agradable mientras ella tenía concertada ya una cita con otro hombre. Sabía que estaba actuando de un modo infantil, pero había disfrutado de cada segundo que pasaron juntos.

La encontró sosteniendo las riendas de Redneck y hablando con Jimmy Bob. Su primer impulso fue ignorar al hombre y besarla tan apasionadamente como deseaba hacerlo. La razón y el sentido común lo detuvieron. Jimmy Bob tomaría aquello como un desafío, y empezarían los problemas.

Sin mirar al hombre que él consideraba como la peor alimaña del mundo, Chace se acercó a la pareja y tomó las riendas de la mano de Ellie.

–Te debo un favor –le dijo con tono solemne.

Ella lo miró sorprendida.

–Buena actuación.

–Supongo que ahora me toca a mí desearte suerte. Ray y yo actuamos en la siguiente, con los lazos, y tenemos que calentar los músculos.

–Buena suerte, Chace. Y también a Ray –miró a Jimmy Bob y de nuevo a Chace–. Te veré mañana en donde Reba, ¿verdad?

–Por nada del mundo me lo perdería –prometió en un tono tan bajo que solo ella pudo oírlo. Y volvió a marcharse sin mirar atrás.

–No sabía que conocías a Chace Brannigan –oyó cómo preguntaba Jimmy Bob.

–Somos buenos amigos –contestó ella–. ¿Cómo es que lo conoces?

Chace no esperó a oír la respuesta. Seguramente se inventaría algo que sonara creíble. Algo que la pusiera en su contra. Pero no iba a detenerse por eso.

–No estaba segura de que vinieras –dijo Reba cuando abrió la puerta de la caravana y vio a Ellie con un pastel de chocolate.

–¿Por qué no iba a venir?

–Chace vendrá también.

Ellie estaba demasiado nerviosa para contestar. Desde que firmaron la tregua, Chace había estado encantador, y Ellie no sabía cómo dominar la excitación que le producían sus miradas.

–¿Reba?

–¿Sí? –contestó mientras colocaba los platos en la mesa.

–Eres lo más parecido que tengo a una madre.

Reba dejó el último plato y la rodeó con un brazo.

–Cuando empezaste con los rodeos, le prometí a tu madre que cuidaría de ti.

Ellie apartó los recuerdos que le provocó el comentario de su amiga y miró el reloj del mostrador, consciente de que no tenía mucho tiempo. Agarró un bol de puré de patatas y lo puso en la mesa.

–Necesito ayuda.

Reba se sentó en el borde de la mesa y elevó una ceja.

–¿Problemas de hombres?

Ellie se sentó en la silla. El tiempo pasaba y Chace podía llegar en cualquier momento.

–Sí… y no. Esta noche tengo una cita y no tengo nada apropiado para ponerme. No recuerdo ni la última vez que llevé un vestido. Seguramente fue en el funeral, y de eso hace casi nueve años.

–Es lo mejor que te he oído decir en mucho tiempo –le dijo Reba sonriendo–. Y no me refiero al vestido. ¿Vas a ir de compras? Hay unos grandes almacenes en el pueblo. Podría ir contigo.

–Eso sería perfecto –dijo Ellie aliviada–. No tengo ni la menor idea de qué buscar.

Reba asintió y agarró un recipiente con judías.

–Acabemos esto. Chace estará a punto de… –se detuvo y le paso el recipiente a Ellie–. Vaya, tengo que ir a avisar a Nate. Si me haces el favor de acabar tú, iré a decirle que la comida está lista. Estaremos aquí en seguida.

Antes de recibir respuesta, Reba salió disparada de la caravana. Ellie no estaba segura de lo que hacer. Chace aparecería en cualquier momento. Y lo último que quería era estar a solas con él.

Se apresuró a terminar los preparativos y, al poco tiempo, escuchó unos golpes en la puerta. Se quedó paralizada por unos momentos, hasta que se atrevió a abrir.

Chace esperaba en los escalones de la caravana, con el sobrero en la mano.

–Ya sé que es pronto, pero llevo oliendo la comida de Reba desde muy lejos.

Ellie tragó saliva y trató de serenarse. Pero el aspecto de Chace la puso más nerviosa todavía. Estaba espléndido oliendo a jabón, con el pelo reluciente y una camisa impecable. No parecía un vaquero que llevara meses viajando.

–Reba y Nate volverán enseguida –se apresuró a decir. No se le ocurría nada más–. Entra y toma asiento. ¿Te apetece algo de beber?

–Lo que tomes tú.

Ella sacó cuatro vasos y empezó a llenarlos de hielo. Las manos le temblaban, y echó más hielo sobre el mostrador que en los vasos. Cuando finalmente los llenó, asió la tetera, derramando el té sobre ella misma y al suelo.

–Permíteme –le dijo Chace.

Ella le pasó la tetera y se apoyó en el frigorífico.

–Es más pesada de lo que creía –mintió.

Él llenó un vaso y se lo pasó. Entonces ella cometió el error de alzar la vista y mirarlo a los ojos. Volvió a ver la expresión del día anterior, cuando le deseó suerte. Su compañero y él habían quedado los primeros en el concurso de lazos, y esperaba que viniera a felicitarla por el triunfo en su categoría. Pero no volvió a verlo hasta mucho más tarde, cuando estaba hablando con J.R. Al marcharse, montado en su caballo, parecía el vaquero más solitario que Ellie hubiera visto en su vida. Si J.R no hubiera estado con ella, habría corrido tras él.

Los dos se sentaron y Ellie se apartó lo más posible de él.

–¿Dónde conociste a tu amigo? –le preguntó Chace.

–¿Mi amigo? Ah, te refieres a J.R. Es mi agente.

–¿Agente?

–Me está ayudando a vender el rancho –dijo Ellie deseando que Reba apareciera en seguida.

–¿Tienes un rancho? –le preguntó con el ceño fruncido.

–Sí, bueno, no es solamente mío. Es también propiedad de mis hermanos. Matt tiene veinticuatro años y Brett veintiuno. Llevan seis años ocupándose de todo, desde que empecé con los rodeos.

–¿No les gusta la vida en el rancho? –preguntó él mirándola con atención.

–No es eso; es que…

Reba apareció de repente ahorrándole a Ellie más explicaciones.

–Disculpadme por haber tardado tanto. Nate vendrá en seguida –se sentó, agarró un tenedor y les sonrió –De modo que ¿adónde pensáis ir a cenar esta noche?

Ellie sintió cómo Chace se ponía rígido a su lado.

–No sabía que fuéramos a salir esta noche –le dijo sonriendo a Reba.

Reba abrió los ojos sorprendida, y puso una expresión de disgusto.

–Creo que puedes arreglártelas sola buscando un vestido –le dijo a Ellie.

Capítulo 4

SABIENDO ya los planes de J.R., Chace tenía que encontrar la manera de detenerlo. No podía permitir que Ellie vendiera el rancho, sobre todo si ese estafador andaba por medio.

Pero había algo más aparte de una simple venta. Podía sentirlo. ¿Por qué Ellie quería venderlo? ¿Querían sus hermanos? ¿Estarían pasando dificultades económicas?

No sabía las respuestas, pero necesitaba saberlas a toda costa, aunque Ellie no quisiera dárselas. Para eso tenía que convencerla de que podía confiar en él.

Tampoco sabía por qué se sentía tan involucrado. Ya tenía bastantes problemas. Pero no iba a quedarse de brazos cruzados viendo como Ellie estaba en apuros. Si le ocurría algo, nunca se lo perdonaría.

Y además, tendría que hacerlo sin que eso afectara a la competición. De momento no le había supuesto ningún problema, pero tenía que mantener la concentración. Las finales y la Triple B eran su prioridad.

Vio a Ellie salir de su camión y se dirigió hacia ella. Era el momento de averiguar algo más.

Ellie estaba descargando varios paquetes y no lo vio acercarse. Cuando la saludó, dejó escapar un grito y se le cayeron varios bultos.

–Muchas gracias, Brannigan.

–¿Qué has hecho? ¿Te has traído el almacén entero? –desmontó y ató las riendas al camión, mientras ella se inclinaba para recoger los paquetes. Él también se inclinó para ayudarla y se fijó en lo que estaba guardando. Las piezas de encaje y de raso le llamaron la atención. Recogió del suelo algo que parecía una braguita y lo sostuvo en la mano.

–¿Qué es esto?

Ella se lo arrebató poniéndose colorada.

–Vete a jugar a los Boy Scouts a otra parte, ¿quieres? Ya me las arreglo sola.

–¿Son tuyas?

–Borra esa estúpida sonrisa.

Si se hubiera molestado en mirarlo, habría visto que no estaba sonriendo, sino completamente extasiado viendo aquella lencería tan sexy. ¿Qué demonios estaría planeando con J.R?

–La Ellie que yo conozco no compraría esta clase de cosas.

Ella terminó de recoger las cosas y se levantó sin mirarlo.

–¿Es que una chica no puede cambiar de opinión?

Pero cuanto más cambiara sus gustos en ropa interior, más crecía la preocupación de Chace. Volvió a montar antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

–Tengo que practicar un poco con Ray. Te veré en la arena.

–Sí. Yo también tengo cosas que hacer –le dijo apretando las bolsas contra el pecho.

Chace se despidió y se alejó, muy irritado. No podía consentir que Jimmy Bob pudiera admirar las cosas que Ellie había comprado.

De camino a su camión, se paró en la caravana de Reba, la persona que mejor conocía a Ellie. Quizá pudiera darle algún consejo.

–¿Has hablado con Ellie? –le preguntó ella mientras Chace ataba el caballo.

–¿Qué ocurre, Reba? ¿Por qué quiere vender su rancho? ¿Es que necesita dinero?

–Por lo que sé, el rancho va bien. Pero ella lo odia. Ella… –se calló bruscamente y sacudió la cabeza–. Digamos que tiene razones personales.

Chace conocía muy bien a Reba y sabía que era inútil indagar más. Le encantaba enterarse de todo, pero si sospechaba que podía hacer daño con su indiscreción, nada salía de su boca. Chace tendría que conseguir la verdad de la propia Ellie.

–La vigilaré de cerca –prometió él. No quería que le pasara nada, y si eso le suponía tener que seguirla, lo haría–. No creo que ella recuerde haber mencionado el sitio a donde irán esta noche.

–Si ves que intenta manipularla, detenlo. ¿Me oyes?

–Él va tras el rancho, no tras Ellie –dijo Chace.

–¿Eso crees? Yo no descartaría nada, y menos teniendo en cuenta los planes de Ellie para establecerse en la ciudad.

Esas palabras lo pillaron desprevenido. Cuando Reba hizo ademán de marcharse, él la agarró del brazo y la hizo girarse.

–¿Qué quieres decir con que se va establecer en la ciudad?

–¿Pensabas que esto era solo por el rancho? Es tan solo la punta del iceberg. Ellie tiene la loca idea de abandonar el rodeo para siempre y vivir en la ciudad.

–Eso es de locos.
–¿Y qué hay de ti, Brannigan? –le preguntó acercándose.
–¿De mí?
–¿Estás enamorado de ella?
–No –dijo con firmeza retrocediendo un paso–. Es muy mona, pero otros pueden aprovecharse de ella. No es mi caso.
–Lamento oír eso –dijo sonriendo–, teniendo en cuenta que este es tu último año. Pensaba que querrías establecerte y formar una familia. Con alguien como Ellie, por supuesto. Ambos tenéis ranchos y aficiones comunes.
–Deja de imaginar cosas, Reba. No tengo intención de atarme a nadie.
–Ningún hombre la tiene –dijo mientras se daba la vuelta–. Y mucho menos un vaquero.
Chace se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo. Reba no lo entendía. Él tenía responsabilidades que cumplir. Por el informe de su hermano Trey, la Triple B necesitaba más dinero del que se podría conseguir ganando un doble campeonato. Tendría que emplear todas sus fuerzas para evitar convertirlo en un centro turístico. No había tiempo para casarse con Ellie, ni con nadie.
Pero, quisiera o no, Ellie era lo primero que se le pasaba por la cabeza. Y no solo por J.R
–No va a pasarle nada –se dijo poniéndose el sombrero. Pero le gustaba la idea de espiarla.

Ellie estaba con un pie en el estribo, a punto de montar, cuando oyó su nombre. Se detuvo, temerosa de mirar por encima del hombro. No quería encontrarse otra vez con la mirada de Chace.
–Tengo algo de prisa –le dijo y se impulsó con la pierna para subir.
–No te entretendré mucho –dijo él al tiempo que le agarraba la pierna y la ponía otra vez en el suelo–. Lo hiciste muy bien esta noche.
–Quedé en segunda posición –contestó ella con un suspiro.
–Lo que no significa que no bordaras tu actuación.
Ella alzó la vista y lo vio sonreír. A pesar del desánimo por su actuación, no pudo evitar la excitación que le recorrió el cuerpo.
–Tú, en cambio, quedaste primero en las dos categorías.
–Todo el mundo tiene buenos momentos y malos –dijo él encogiéndose de hombros–. Lo harás mejor la próxima vez. Y quizá a mí me salga peor.

–Pero no es lo mismo para ti –replicó ella–. Has sido ganador tres años. No hay duda de que este también llegarás a la final.

–No se puede asegurar nada, cielo. Los accidentes ocurren –dijo bajando la mano por su espalda hasta la cintura–. Nada es seguro. Tú deberías saberlo.

–Lo único que sé es que este año tengo que llegar a las finales. Y que si no gano los tres rodeos siguientes, no lo conseguiré –no podía pensar con el brazo rodeándola. Cada vez se sentía más tentada a apoyar la cabeza contra su pecho.

–Apuesto mi fortuna a que lo conseguirás –le dijo, atrayéndola más a su lado.

Esas palabras la reconfortaron como nadie había conseguido antes. Pero no eran solo las palabras lo que la hacía estremecerse de calor y emoción. Sabía que debía apartarse, pero era incapaz de hacerlo.

–¿Quieres que me ocupe de Sky Dancer?

La proposición la sorprendió. Chace sabía que ella tenía una cita con J.R y, por la reacción que tuvo en el almuerzo, no le había gustado mucho. Quizá solo fueran imaginaciones suyas y él no estuviera interesado en ella. Pero teniéndola abrazada así, no podía creer que Chace se estuviera comportando como un simple amigo.

–Eso es muy amable por tu parte, Chace.

Esperó que él se despidiera y que se llevara a Sky Dancer, pero la acompañó hasta la caravana. Con una mano ató las riendas a una manivela, y con la otra hizo que Ellie se volviera hacia él.

Ella sintió cómo una corriente eléctrica le atravesaba el cuerpo.

–Sé que tienes prisa –le dijo con voz ronca.

–S… sí –dijo ella con voz débil–. J.R llegará pronto y tengo que cambiarme de…

Pero no pudo decir nada más porque Chace bajó la cabeza y la besó en los labios. Por un segundo Ellie pensó en rechazar aquel asalto a sus sentidos, pero los labios actuaban por sí solos, al igual que su cuerpo. Le rodeó al cuello con los brazos, y todo a su alrededor desapareció, excepto el hombre que la besaba…

Cuando él le pasó la lengua por los labios, notó que se estaba abrasando de deseo. Se apretó más contra su cuerpo, y él la levantó en sus brazos mientras Ellie terminaba de derretirse por completo.

Pensó que había muerto y que ya estaba en el cielo, pero cuando Chace empezó a besarle el cuello supo que aquello no podía ser el paraíso, envuelta como estaba en llamas de pasión y deseo salvaje.

Y antes de que pudiera pensar nada más, él la besó de nuevo en los labios ardientes y ella se dejó llevar por la pasión. Se olvidó de

dónde estaba, hasta que Chace se apartó de repente. Ellie tuvo que agarrarse a sus brazos para no caer, ya que las piernas no le respondían.

Chace le tocó la barbilla con un dedo y la hizo mirarlo a los ojos.

–Que tengas una cena agradable, Ellie.

Y sin más palabras, le dio un beso fugaz y se marchó, dejándola completamente extenuada y temblorosa.

¿Cómo podría ir a cenar después de aquello?

Cuando Chace vio a Ellie levantarse de la mesa, se dirigió inmediatamente a la puerta del restaurante. Lo último que quería era ser descubierto allí. El lugar estaba repleto y el camarero no lo miraba con buenos ojos desde que rechazó una mesa una hora antes.

No se detuvo hasta que salió a la calle. Ella lo había visto, aunque era posible que no lo hubiera reconocido. Pero se estaba acercando entre la multitud y Chace se vio invadido por el pánico.

Entonces, sin pensar en las consecuencias, sacó un billete de cincuenta dólares de la cartera y se lo puso en la mano a una mujer que estaba a su lado.

–Finge que estás citada conmigo –le susurró, y la apartó sonriente del grupo de amigas, que se quedaron enmudecidas.

Antes de que pudiera decirle algo más, oyó su nombre a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio cómo Ellie se acercaba a toda prisa.

La mujer retrocedió un paso apartándose de él.

–¿Es… es tu mujer?

Estaba tan aterrorizada que Chace a punto estuvo de soltarla, pero prefería mil veces tener a una desconocida histérica de su brazo que explicarle a Ellie por qué estaba solo en aquel restaurante.

–No –le respondió sujetándola con firmeza–. Es solo una amiga. No tienes que decir nada; solo sonríe.

Ella lo miró un momento antes de complacerle, justo cuando Ellie se paraba frente a ellos.

–Oh, lo siento, Chace. No sabía que…. que estabas con alguien –dijo mirándolos a ambos.

–Hola, Ellie. Me pareció haberte visto dentro –dijo él con el tono más casual que pudo. El sudor le caía por la frente, y pensó que aquello era un infierno. A un infierno iría, desde luego, después de aquella escena.

Para su sorpresa, la desconocida le ofreció la mano a Ellie.

–Hola. Yo soy Julie.

Ellie parpadeó un par de veces antes de estrechar la mano, sonriendo forzadamente.

–Ellie Warren. Soy amiga de Chace, del rodeo. Siento mucho haberos interrumpido, pero es que pensé que… Bueno, que Chace estaba controlándome.

–¿De verdad? –preguntó Julie mirando a Chace con un tono de reproche en los ojos–. Ahora mismo vuelvo. ¿Me esperas aquí?

Chace dejó de creer en la fraternidad femenina. Tenía que apartar a Ellie antes de que todo se viniera abajo. Corría el riesgo de quedar atrapado entre dos gatas salvajes.

–Permíteme que te acompañe adentro –dijo a Ellie tomándola del codo.

–De verdad que lo siento mucho, Chace.

–No te preocupes. No podías saberlo.

–Espero que no se haya molestado.

Chace tuvo que tragar saliva antes de responder.

–No, encaja muy bien los golpes.

–Es preciosa –lo dijo con un tono que a Chace le pareció peor que J.R. Sus ojos lo atravesaron con furia. No había tenido intención de herirla, pero es lo que había conseguido.

–¿Ah, sí? No me había fijado –respondió. Al menos eso era verdad.

Cuando J.R apareció, Chace hizo un esfuerzo por disimular su decepción y soltar a Ellie.

–Buenas noches, J.R.

–Espero que lo paséis bien –le dijo Ellie antes de volverse hacia J.R–. Siento haberte hecho esperar. Me encontré con Chace y me presentó a su cita.

–¿Su cita?

Chace tuvo que contenerse para no quitarle a J.R su estúpida sonrisa de un puñetazo.

–Sí, bueno, será mejor que vuelva con… Janice.

Sonrío fríamente a Ellie y se marchó.

Cuando salió de nuevo, la mujer le tendió el billete.

–Quédate con tu dinero, vaquero. He oído hablar de vosotros, los donjuanes de los rodeos. Espero que tengas lo que mereces de esa chica.

Él observó cómo se marchaba. ¡Mujeres! ¿Quién podía entenderlas? Él creía que, al menos, entendía a Ellie. Pero no había modo de saber cómo reaccionaría en cuanto él la advirtiera contra J.R. Y estaba decidido a hacerlo. A la mañana siguiente.

Ellie cerró la puerta del remolque cuando metió a Sky Dancer y comprobó la cerradura de la caravana. Había dormido poco y mal; soñando con los besos de Chace, se estuvo despertando toda la noche.

Deseó que Chace hubiera sufrido una indigestión. Es lo único que se merecía. No quería volver a verlo, pero ambos se dirigían al mismo rodeo. Si no hubiera estado tan agobiada por el dinero, se habría marchado a cualquier otro sitio, pero era demasiado tarde para cambiar los planes.

Estaba lista para salir cuando vio a Chace acercarse. Por lo visto, su mala suerte seguía.

–Buenos días, Ellie.

–Lo que hiciste anoche, fue algo repugnante, Brannigan –le dijo apoyando las manos en las caderas.

–Si te refieres al beso… –empezó a decir con su seductora sonrisa.

–Me refiero a que estabas espiándome. Ni siquiera recuerdo que me besaras –la mentira resultó creíble; Ellie la había ensayado durante la noche.

–No sé de lo que estás hablando –replicó él acercándose con paso firme y seguro.

–¿Vas a decirme que anoche no estabas solo? No te acordaste ni de su nombre. Julie, no Janice. Además, cuando volviste a salir te seguimos. Oí lo que tu supuesta cita te decía, y no me costó mucho comprender tus planes. Estabas espiándome.

–¿Crees que te haría eso? –preguntó sin perder la sonrisa.

–Sin duda alguna.

Intentó pasar a su lado, pero él la agarró por los hombros.

–Alguien tiene que advertirte de ese J.R Staton.

–Y supongo que por eso te presentas aquí esta mañana. Olvídalo, Brannigan. Veré a quien me apetezca.

Él suavizo su mirada y le acarició la mejilla con un dedo.

–¿Por eso tienes estas ojeras?

El tacto de su dedo la volvió a encender. Pero no podía abandonarse a sus impulsos físicos. Su sentido común era más fuerte que un simple deseo corporal.

–No tiene nada que ver contigo –le dijo retrocediendo un paso.

–Voy a estar preocupado por ti durante todo el trayecto a Austin, Ellie –dijo con voz suave y cálida.

–N… no lo estés. Estaré b… bien –apenas podía hablar.

En un santiamén él la puso de espaldas a la caravana y le sujeto la cabeza con las manos. Atrapada entre el vehículo y su cuerpo, Ellie tuvo que emplear todas sus fuerzas para no sucumbir al deseo de besarlo y tocarlo desesperadamente por todas partes.

–Hazme un favor, ¿quieres? –preguntó sin atreverse a mirarlo.

–Dime.

El calor de su voz hizo que las rodillas le flaquearan, pero se esforzó en mantenerse erguida y en mirarlo a los ojos.

–Cuando lleguemos a Austin, harás como si no me conocieras de nada.

–Me has herido de verdad, cielo –dijo él llevándose la mano al pecho y sacudiendo tristemente la cabeza–. No puedo hacer eso.

–Entonces deja de decirme qué debo hacer con mi vida.

Él se quedó dudando antes de dar un paso atrás. Entonces sacó una tarjeta del bolsillo y se la puso en la mano.

–Este es el número de mi teléfono móvil. Si me necesitas llámame, ¿de acuerdo?

Ella tiró la tarjeta al suelo, furiosa por la actitud de Chace.

–No lo entiendes, ¿verdad?

Él recogió la tarjeta y, agarrando a Ellie por la cintura, se la metió en el bolsillo trasero.

–Reconócelo, cielo. Te hago cosas que J.R Staton se moriría por hacerte.

Ellie abrió la boca para decirle lo que pensaba de su arrogancia, pero antes de que pudiera decir palabra, él le tapó los labios con los suyos.

Capítulo 5

OH, NO, ahora no –gruñó Ellie.

Apoyada en el parachoques frontal del camión, examinaba el motor sin saber qué buscar. ¿Por qué no habría escuchado a Matt cuando intentaba enseñarle las nociones básicas de mecánica? Si lo hubiera hecho, al menos tendría una idea de por qué el camión se había parado en medio del camino.

–Eres una mujer independiente, Ellie Warren –murmuró intentando controlarse.

Aquel problema iba a costarle mucho tiempo. Aunque estaba en una carretera interestatal, apenas había encontrado tráfico desde que salió de Tucson. Dedujo que estaría en Nuevo México y, aunque el paisaje era precioso, no veía por dónde podía venirle ayuda.

Sin nada que hacer hasta que alguien apareciera, le echó un vistazo a Sky Dancer. Si no fuera por la herradura que había perdido, podría montar hasta el pueblo más cercano. Había calculado el tiempo de la ruta para llegar a Austin con un día de antelación. Si la avería del camión no era grave, podría cumplir con sus planes.

Entonces oyó el ruido de un motor en la distancia y vio un camión que aparecía en lo alto de la colina, recortándose contra las montañas de fondo. A medida que se acercaba, Ellie reconoció la cabina de color azul brillante. Chace Brannigan era la última persona a quien quería ver, pero parecía que la suerte no andaba de su lado.

–Hola, Ray –saludó al compañero de Chace cuando bajó del camión.

–Parece que tienes problemas, chica –dijo llevándose una mano al sombrero.

Chace bajó a continuación y la miró de arriba abajo. Sacudió lentamente la cabeza y se acercó a ella.

–Buenos días, madame –dijo tocándose el ala del sombrero–. Parece que tiene problemas, efectivamente. ¿Hacia dónde se dirigía?

–Sabes muy bien a dónde me dirijo, Chace Brannigan –contestó ella llevándose las manos a los labios–. Al mismo sitio que tú.

Chace bajó la mirada, esforzándose por no sonreír.

–Voy hacia Austin y creo que no nos han presentado.

–Oh, maldita sea –murmuró ella recordando lo último que le había dicho en Phoenix. Pero si él estaba dispuesto a mantener esa farsa, incluso en esa situación, ella podía seguirle el juego. Se irguió y le tendió la mano.

–Ellie Warren. También me dirijo a Austin.

–Bien, señorita Warren –le dijo estrechando la mano–. Es señorita, ¿verdad?

Mordiéndose el labio para no reír, Ellie asintió con la cabeza.

–Echemos un vistazo y veamos cuál es el problema.

–Estaba conduciendo y de repente se paró –explicó ella.

–Parece cosa de la batería o el alternador –dijo él mirando el motor–. ¿Se fijó si se encendía alguna luz en el panel?

–No, no me fijé.

Detrás de ella, Ray carraspeó.

–Yo vi algo en la carretera, hace algunos kilómetros.

–La correa del alternador –dijo Chace cerrando el capó.

–¿Tenéis alguna de repuesto? –preguntó Ellie, y expuso su propósito de estar en Austin un día antes.

–Hay diferentes modelos para vehículos diferentes –dijo él–. Tengo las herramientas, pero hace falta una correa. Podemos encontrarla en Las Cruces, si no tenemos otra opción.

–¿Es tan serio el problema? –preguntó ella preocupada. No quería ni pensar en perderse la competición.

–Nada grave –le dijo Chace rodeándola con el brazo–, pero queremos asegurarnos de que la batería y el alternador están en buenas condiciones –se volvió hacia su compañero–. ¿Alguna sugerencia?

–Bueno, ahora no puedo competir porque me lesioné la mano en Phoenix –le explicó Ray a Ellie–. Así que lo mejor será que los dos os vayáis a Austin mientras yo me quedo vigilando el camión de la señorita Ellie.

–Buena idea –asintió Chace.

–Esto no perjudicará vuestra clasificación, ¿verdad?

Chace le sonrió, haciéndola temblar de nuevo.

–Si es así, ya nos ocuparemos de solucionarlo en su justo momento. Por ahora vamos a concentrarnos en el problema que tenemos entre manos.

Se agachó y señaló bajo el motor. Ellie se quedó dudando. El día antes le había pedido que actuara como si no la conociera, y allí estaba él sacándola de apuros, otra vez.

Cuando salió de Phoenix se preguntó por qué le había dicho eso, y llegó a la conclusión de que lo hizo para protegerse, pues estaba dependiendo demasiado de él. Chace tenía razón: le hacía cosas que J.R nunca podría hacer. Ni ningún otro hombre. No era solo la forma en que su cuerpo reaccionaba, era su corazón. Pero ella no quería un hombre, y hasta entonces pensaba que tampoco necesitaba a ninguno. Chace le había demostrado que sí le hacía falta.

–… y mañana nos encontraremos en Austin –estaba diciendo Ray.

Ellie se dio cuenta de que no tenía otra opción si quería llegar a tiempo.

–De acuerdo –dijo encogiéndose de hombros.

–Entonces no nos entretengamos más –dijo Chace–. Mientras llamo a una grúa, ¿por qué no vais cambiando los caballos de remolque?

Ellie se alegró de ocuparse de algo y no pensar más. Sky Dancer no puso problemas pero el caballo de Ray no parecía dispuesto a que lo cambiaran de vehículo. Ellie fue incapaz de conseguirlo, así que lo dejó en manos de Ray.

–Ya está todo arreglado –le dijo Chace–. La grúa llegará pronto, y tengo una buena asistencia técnica en Las Cruces.

Ella asintió, pensando en si pasarían la noche conduciendo o harían una parada.

–¿Está ya tu caballo en mi remolque?

Ella asintió de nuevo.

–Entonces vamos por tu equipo.

–No sé cómo agradecerte esto –le dijo Ellie tocándole el brazo.

Por el brillo de sus ojos, Chace le dijo cómo podría pagárselo, pero tan solo sonrió.

–No te preocupes por eso. Suerte que Ray y yo te hayamos encontrado. Solo tienes que decirme lo que necesitas y ya está.

Ella hizo una lista de las cosas que le eran imprescindibles en Austin, sin mencionar la enorme cordura que le haría falta para soportar un viaje tan largo junto a Chace. No podía pensar en otra cosa, ni siquiera en el alivio por llegar a Austin a tiempo.

Puso sus ropas y neceseres junto al asiento de Chace y lo vio cargar una bala de heno de un camión a otro. Se había quitado la camisa y llevaba la bala sobre su musculoso hombro. Ellie tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar.

–¿Te acuerdas de tu campana? –le preguntó mientras ella trataba de concentrarse en llevar agua a Sky Dancer.

–¿Campana?

–Tu sistema de alarma. Por si acaso… –se acercó y le dio un beso en la oreja–, intento darte un beso en el camino.

–Chace –le advirtió ella, pero no pudo evitar una risa nerviosa.

–Ah, veo que sabes reír –le rozó brevemente los labios con los suyos antes de apartarse–. Bueno, en cuanto a esa campana…

Ellie metió la mano en el cubo y le arrojó agua a Chace. Entonces él soltó el heno y con una mano la estrechó contra su cuerpo, mientras con la otra le quitaba el cubo.

–Esta no es manera de tratar al hombre que te ha rescatado no una, sino dos veces. Creo que te hace falta una lección.

Y cuando ella esperaba que le soltara toda el agua encima, se encontró con sus labios pegados a los suyos. En un segundo, el temblor inicial se transformó en el deseo más acuciante y, rodeándole el cuello con los brazos, se dejó llevar por la pasión que la embriagaba. Apenas oyó el ruido del cubo cuando cayó al suelo, ni sintió cómo se derramaba el agua por sus pantalones. Lo único que sentía era el calor sofocante que le recorría todo el cuerpo, clamando por el de Chace.

–La grúa viene para acá.

Las palabras de Ray le devolvieron e Ellie el control de sus actos. Ignorando el rubor que le cubría las mejillas, se dirigió a su caravana.

–Quizá necesite la campana, después de todo.

Chace apartó la vista de la carretera y miró a Ellie. Se mostraba inexpugnable, pero si tenía en cuenta el modo con el que respondió al beso, le estaría resultando difícil mantener esa actitud.

–¿Todavía estás loca por mí?

–¿Qué te hace pensar que esté loca? –le preguntó ella desafiante.

Él se echó a reír.

–Tal vez el hecho de que apenas has dicho una palabra desde que salimos –le dijo.

–Estoy acostumbrada a viajar sola.

–Uh, uh – exclamó él suavizando la presión sobre el volante. Desde que encontró a Ellie en medio de la carretera, estaba con la tensión al máximo. Era obvio que ella no quería reconocer lo que había entre ellos, fuese lo que fuese. Entonces, ¿por qué seguía él insistiendo en saber más?

–¿Cuándo calculas que llegaremos a Austin? –preguntó ella.

–Mañana por la noche –eso significaba que tendrían que pasar

una noche en la carretera. No estaban lejos de El Paso, pero desde allí hasta Austin quedaban diez horas más de camino, así que tendrían que parar o estar conduciendo toda la noche. Todavía no había pensado en cómo iban a solucionar ese pequeño problema. Ni tampoco quería pensarlo.

–De todas formas, no tenía planeado llegar hasta mañana –explicó ella–. Pensaba ir a San Antonio y visitar algunos lugares que no pude ver el año pasado.

–¿Te gusta hacer turismo?

–Me gusta aprovechar las oportunidades para conocer el país. Eso hace más divertido el viaje, ¿no crees?

Chance asintió. Él también se había tomado su tiempo en visitar sitios desconocidos.

–Los texanos estamos particularmente orgullosos de nuestro estado. No me gustaría que te lo perdieras.

–¿Tienes familia en Texas?

–Dos hermanos. Yo soy el mayor –la miró y sonrió al ver su asombro–. No sabías que teníamos eso en común, ¿verdad?

–¿Y dónde están? ¿También en los rodeos?

–No. El más joven, Trey, es ranchero, y Dev se marchó a trabajar por su cuenta poco después que yo. No lo he visto desde hace un par de años, pero de vez en cuando se comunica con Trey.

–Eso es muy triste. ¿Está el rancho de tu hermano lejos de Austin?

Chance pensó que era mejor no decirle a quién pertenecía realmente el rancho, considerando que Ellie pensaba vender el suyo. Y tampoco tenía prisa por ver a Trey. Ray y él habían hablado de pasarse por la Triple B antes de llegar a Austin, pero Chance rechazó la idea. Hasta que no se clasificara para la final, no tenía nada que decirle a Trey.

–Bastante lejos –contestó finalmente.

–¿No os lleváis bien?

Él no quería hablar del asunto, pero pensó que se lo debía.

–Trey yo no siempre estamos de acuerdo en todo, pero aparte de eso, nos llevamos muy bien. Y Dev siempre va a lo suyo. Ya se dejará ver cuando esté preparado.

–¿Padres?

–Solo estamos nosotros.

–Sí, igual que yo –dijo sonriendo débilmente, dejando ver el dolor en sus ojos.

Él no sabía cómo aliviarla. Lo había intentado un rato antes, con el beso, pero no había tenido el efecto que esperaba. En vez de eso,

parecían que cada vez estaban más lejos.

Cuando llegaron a El Paso había oscureciendo y Ellie parecía cansada. Tendrían que parar en algún sitio para pasar la noche.

–¿Quieres alquilar una habitación? –le preguntó él rompiendo un largo silencio.

–¿Para los dos?

–Vamos, Ellie. No soy ningún mujeriego. Quiero decir habitaciones separadas –respondió él intentando creerse lo que estaba diciendo. No paraba de pensar en los dos juntos en la misma habitación.

–¿Ray y tú no soléis dormir en la parte de atrás?

–No cuando se avecina una tormenta.

–No hay ni una nube en el cielo –dijo ella mirando por la ventana–, y no quiero que te gastes más dinero en una habitación para ti solo.

–Eso no importa –dijo él sospechando que ella no iba a estirar su bolsillo –iré a alquilar dos habitaciones.

–Tal vez deberíamos seguir hasta Austin –respondió ella con una sonrisa.

Esa no era la solución. Gracias a Ellie, él no había pegado ojo en toda la noche, pensando si era mejor advertirla contra algo que podía perjudicarla, o si debía dejarla en paz, como ella le había pedido. Finalmente se decidió por esto último, hasta que la encontró parada en la carretera con el camión averiado.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad para pasar la noche.

–Puedes dormir aquí, en la cabina, y yo dormiré detrás.

–Esa parece una buena idea. ¿Dónde nos detendremos?

–En un sitio que hay entre El Paso y Fort Stockton.

Siguió conduciendo hasta que oscureció por completo. Entonces salió de la carretera y se detuvo en un área de descanso, donde el tráfico no los molestara. Si hubiera ido con Ray, se habrían detenido en cualquier parte, pero yendo con Ellie era distinto.

Tan pronto como apagó el motor, Ellie salió del vehículo.

–Estoy agotada. Voy a lavarme un poco en esos aseos antes de acostarme.

–Voy contigo –le dijo él, y se apresuró a bajar tras ella.

–No tienes por qué hacerlo –contestó ella aligerando el paso. Pero él la alcanzó y la tomó por el brazo.

–No sin mí. Mira a tu alrededor, Ellie. ¿No ves lo oscuro que está? Estaría loco si te dejara ir sola.

–Pero, Chace…

–¿Es que no lees los periódicos ni escuchas las noticias?

Continuamente están sucediendo cosas horribles. Especialmente a las mujeres.

–También suceden a plena luz del día –dijo ella riendo–. ¿Vas a ser mi ángel de la guarda?

Llegaron al edificio donde estaban los aseos, pobremente iluminados. Chace le colocó un mechón de pelo que se le había soltado.

–En este viaje soy responsable de ti.

Bajo el débil destello amarillo del lavabo de señoras no podía distinguir bien su rostro. El silencio era total y creyó que hasta podía oír su corazón. Ella estaba tan cerca, tan dulce, tan suave… Pero también vulnerable. Y sola.

–Te esperaré aquí.

–Estaré bien, no te preocupes –se volvió, pero antes de entrar lo miró de nuevo–. Gracias.

Cuando desapareció tras la puerta, Chace respiró aliviado. Estar con ella era más duro de lo que pensaba. Pero no deseaba estar sin ella. No era normal lo que le estaba pasando. Tenían mucho en común, y reconoció que le gustaba más que ninguna otra mujer. Le gustaba burlarse de ella, hablarle y escucharla. Incluso le gustaba preocuparse por ella, a pesar de que no debería hacerlo.

Y, por supuesto, le gustaba besarla. Demonios, sí que le gustaba.

–Ya está –dijo ella saliendo de los aseos.

Él le pasó un brazo por los hombros y notó que se había soltado el pelo. Un aroma dulce y fresco inundó el aire nocturno.

–¿Estás segura de que dormirás bien aquí? –le preguntó cuando llegaron al camión.

–Bueno, no es mi caravana, pero he dormido en sitios peores.

Iba a abrir la puerta, pero él le sujetó la mano.

–Puedes dormir en la parte de atrás –se atrevió a sugerir.

Ella pareció dudar por un momento. Levantó la vista hacia el cielo nocturno, plagado de estrellas.

–¿No hace frío en esta parte de Texas?

Él le apretó la mano contra su pecho, acercándola más. En esos momentos solo podía oír cómo le galopaba el corazón. Algo estaba pasando, y no importaba lo que ella dijera.

–Chace –susurró.

Aquello sonó como una súplica, pero no para que la soltara. En un segundo la tuvo entre sus brazos y ella se entregó a él. El calor de sus cuerpos se convirtió en una llama de pasión que amenazaba con consumirlos en el más salvaje deseo. Él le pasó las manos por todo el cuerpo, acariciando sus sensuales curvas, apretándole las

nalgas y levantándola más y más alto. La apoyó de espaldas al camión y ella se aferró a su cuello, a su espalda, respondiendo a cada movimiento de su lengua con la suya. Se apoderó de ellos el placer más intenso mientras se abrazaban y se besaban como nunca habían hecho antes. Él no podía despegar los labios de los suyos. Todo era tan simple como…

No, aquella era Ellie, la mujer que lo hacía enfurecer de rabia y de pasión al mismo tiempo. La dulce y testaruda Ellie. No era alguien que buscara una aventura pasajera…

Pero él no era alguien que quisiera más que eso. Si hubiera sido cualquier otra mujer, no se habría detenido. Pero era Ellie.

Apartarse de ella, abrir la puerta del camión y sentarla dentro fue una auténtica tortura.

–Si necesitas algo, avísame.

–¿Chace? –su voz sonó como un débil suspiro de sus labios mojados.

Pero aquel no era el momento. Ni ella era la mujer, por mucho que la deseara. No podía permitírselo, ni siquiera con alguien tan maravillosa como ella. Después de lo que Reba le dijo, sabía que Ellie no quería a ningún vaquero. Necesitaba a alguien más estable, alguien que pudiera ofrecerle un hogar. Y él siempre sería un vaquero.

–Buenas noches, cielo –le puso las piernas dentro de la cabina y cerró la puerta–. Que duermas bien.

Más tarde, tumbado en la parte de atrás, Chace pensaba en los escasos metros que lo separaban de Ellie. No se habría sentido mejor ni aunque hubieran sido miles de kilómetros. Estaba demasiado incómodo y nervioso. Y no solo por la dureza que sentía en los pantalones, sino también por la confusión que tenía en la cabeza. Hasta hace poco tenía muy claro lo que iba a hacer cuando acabasen los campeonatos; pero después de pasar un tiempo con Ellie, no estaba tan seguro.

–Ellie, despierta.

Ella abrió los ojos lentamente, sintiendo el calor del sol. Había tenido que seguir durmiendo en el camino, después de la noche de insomnio que había pasado.

–¿Te sientes mejor? –le preguntó Chace mientras entraba en el camping, cerca de los rodeos.

Ellie sonrió y estiró los brazos, preguntándose cómo podría él dormir tantas noches en un camión. Iba a sugerirle que se comprara

una caravana cuando vio la suya.

–Ahí está Ray –dijo señalando a la derecha.

Chace aparcó junto a la caravana y Ellie se dirigió a Ray.

–¿De qué se trataba? –le preguntó

–Nada, solo una correa rota –miró a Ellie y luego a Chace–. Chace, tengo que hablarte de algo importante.

–Has llegado muy pronto –le dijo Chace rodeando a Ellie por la cintura–. Pensé que llegaríamos mucho antes que tú.

Ray se apartó y le hizo a Chace señas para que lo siguiera.

–Como le he dicho a la señorita Ellie, era solo una correa rota. Y luego vine directo hacia aquí.

–Es un camino muy largo –dijo Chace–. ¿Cómo está tu mano?

Ellie no pudo escuchar la conversación, de modo que volvió al remolque de Chace a sacar a Sky Dancer. Había notado a Chace algo raro esa mañana, pero antes de que pudiera pensar en ello oyó cómo alguien la llamaba. Se volvió y echó a correr con alegría.

–¡Matt! ¡Brett!

Brett la agarró por la cintura y le hizo dar vueltas en el aire.

–Estábamos preocupadísimos. Vimos a ese tipo con tu caravana. ¿Quién es?

Ella apenas podía contener la emoción por ver a sus hermanos.

–Es un amigo, pero ya os lo explicaré más tarde. ¿Qué hacéis aquí? No sabía que fuerais a venir.

–Queríamos darte una sorpresa –dijo Brett dejándola en el suelo.

Matt se acercó, y Ellie sintió un poco de miedo, ya que siempre había parecido más un padre que un hermano.

–Tenemos varias cosas que preguntarte.

–¿Qué cosas? –preguntó Ellie mirándolos a ambos–. ¿Ocurre algo malo?

–Recibimos una llamada de ese amigo tuyo de la ciudad –dijo Matt con tono de disgusto–. Dijo que tenía una oferta por el rancho y que si estábamos interesados en venderlo. Le dije que teníamos otra hermana que tenía que estar de acuerdo. Y entonces él dijo que tú ya lo sabías y que estabas de acuerdo. ¿Qué es todo esto, Ellie? ¿Qué estás haciendo?

–Estoy intentando salvaros –dijo Ellie, sin acabar de creerse lo que J.R había hecho.

–¿Cuándo vas a dejar de echarte la culpa por algo que no tuvo nada que ver contigo? –le preguntó Brett.

Ella ignoró la pregunta. Ellos no lo entendían. Nunca lo entenderían.

–Si tan solo me escucharais…

–Puede que el rancho no sea tu hogar, hermanita, pero es el mío y el de Brett –le dijo Matt. Siempre había sido el más testarudo.

–Y acabará con vosotros. Con los dos –replicó ella endureciendo su gesto. Amaba a sus hermanos más que a nada en el mundo. No podía fallarles, como le había fallado a sus padres–. Hablaremos de esto cuando acabe la temporada. J.R no debió deciros nada.

–Pero lo hizo. Y ahora lo sabemos todo –dijo Matt y la agarró fuertemente por el brazo–.No lo venderemos, ¿me oyes? No vamos a vender nuestra casa.

Capítulo 6

RECUERDAS que te dije que había visto algo en la carretera cuando el camión de la señorita Ellie se averió? –le preguntó Ray a Chace.

–Sí, dijiste que era la correa del alternador.

Ray sacó una pieza de goma del bolsillo.

–Efectivamente lo era. Volví a buscarla mientras la grúa enganchaba el camión. Obsérvala bien.

–Parece que alguien la haya cortado –dijo Chace mirándola con atención.

–Así es, como si ese alguien no quisiera que Ellie llegara a tiempo.

Chace miró el camión de Ellie y sacudió la cabeza.

–¿Quién puede haberlo hecho?

–No lo sé –respondió Ray–. Pero creo que tú sabrás algo más que yo. Pareces estar muy interesado por la pequeña damita.

Chace sospechaba quién podía querer que Ellie se retrasara, pero no sabía por qué.

–¿Puedes averiguar si alguien vio a algún sospechoso rondando el camión la noche del domingo o la mañana del lunes?

–Claro. Te avisaré en cuanto descubra algo.

Chace se lo agradeció y volvió a su camión. ¿Debería advertir a Ellie? ¿De quién? No tenía ninguna prueba contra esa alimaña de J.R, aunque estaba dispuesto a encontrarla.

Dejó la correa en el camión y fue en busca de Ellie. Decidió que no le diría nada hasta que no supiera más, pero la vigilaría de cerca.

Oyó gritos detrás de la caravana de Ellie y corrió hacia allá. Cuando vio el rostro de Ellie agarró por el hombro al joven que gritaba y lo giró hacia él.

–Deberías pensar dos veces lo que estás haciendo –le rugió.

–Ocúpate de tus propios asuntos –le contestó el joven sin soltar a Ellie.

–Te lo advertí –Chace levantó el brazo dispuesto a darle un puñetazo, pero Ellie se lo impidió.

–¡No, Chace! Es mi hermano.

Chace bajó el brazo y la miró.

–¿Cómo?

–Mi hermano, estúpido –dijo mirándolo cuando Chace lo soltó–. Por el amor de Dios, Matt, siempre consigues llamar la atención –dijo dándose la vuelta.

Chace se había quedado perplejo. La sujetó por el hombro.

–Mira, estoy…

–Olvídalo –le dijo apartando la mano–. Parece que siempre tienes que aparecer en el momento menos oportuno.

–Cuando más pareces necesitarme, querrás decir –dijo Chace sonriendo. Luego le tendió la mano a Matt–. Chace Brannigan. Disculpa por no haber preguntado antes, pero siempre encuentro a tu hermana metida en problemas.

Matt abrió los ojos sorprendido y le estrechó la mano.

–¿Chace Brannigan, el tres veces campeón nacional?

Chace asintió fijándose en el pelo de Matt.

–Si me hubiera fijado mejor, habría adivinado que eras pariente de Ellie.

Otro cowboy parecido a Ellie le tendió la mano.

–Brett Warren –se presentó–. Matt parece haberse entusiasmado un poco. Normalmente es bastante maduro.

–Lo siento, Ellie –se disculpó Matt agachando la cabeza–. Me he pasado, pero es que a veces…

–Olvídalo, Matt –le respondió ella cariñosamente–. Ya hablaremos de eso más tarde. Además, ahora que Chace Brannigan ha aparecido, tendréis muchas preguntas que hacerle –añadió con una sonrisa.

–La verdad es que me basta con haberle visto en persona –dijo Brett–. Llevamos años siguiendo su carrera, señor Brannigan.

–Llámame Chace. Y si la habéis seguido de cerca, sabréis que he tenido mis momentos malos.

–No este año precisamente –dijo Brett con admiración–. Estás en lo alto de la clasificación. Además, siempre has sido nuestro favorito.

–Matt y Brett intentaron dedicarse a los rodeos hace años –explicó Ellie–. Pero el rancho les ocupaba mucho tiempo.

Viéndolos juntos, Chace podía afirmar que se querían mucho. Por lo que Ellie le había contado, sus hermanos no querían vender el rancho. Pero solo había un modo de averiguarlo, y no quería hacerlo delante de Ellie.

–¿Ese que estoy oyendo es Sky Dancer? –preguntó, con la esperanza de que Ellie se marchara.

–Debe haberse cansado de estar encerrado en el remolque –

suspiró ella–. Será mejor que lo saque de ahí. No os vayáis hasta que vuelva.

–¿Te importaría echar un vistazo a Redneck? –le preguntó Chace. Así ganaría más tiempo.

–Con mucho gusto.

–¿En qué clase de problemas se ha metido? –preguntó Matt cuando Ellie se marchó.

–Ha conocido a un hombre cuyas intenciones no son las que parecen –dijo Chace eligiendo las palabras con cuidado.

–Nunca dijo que estuviera viendo a alguien.

–Creo que esto tiene más que ver con el rancho que con las citas de vuestra hermana –continuó Chace.

–Quiere vender el rancho –dijo Matt disgustado.

–Algo así he oído. ¿Es eso lo que queréis?

–¡Demonios, claro que no! –exclamó Matt–. Aunque reconozco que las cosas no van muy bien últimamente. El precio del ganado está por debajo de lo esperado.

–Lo entiendo muy bien. Yo tengo el mismo problema en un rancho cerca de aquí, y aunque no estoy del todo involucrado, sé lo difícil que está la situación.

–Pero no queremos vender –dijo Brett.

Chace estaba satisfecho de no haberse equivocado con ellos.

–Tenemos que hablar antes de que vuelva Ellie. Conozco a J.R Staton, su agente, y sé que está tramando algo. ¿Sabéis si hay petróleo en vuestras tierras?

–Que nosotros sepamos, no.

–No importa. Tienen nuevos sistemas de rastreo. Fotos aéreas y cosas así. Y si encuentran petróleo en la zona, sabrán dónde es más abundante.

–Entonces, ¿tú crees que eso es lo que pretende J.R? –preguntó Matt seriamente.

–No puedo asegurarlo –admitió Chace–. Pero os aconsejo que investiguéis a ver si las tierras han sido inspeccionadas. Preguntad además a Ellie si J.R ha mencionado el nombre del comprador. Apostaría lo que fuera a que es él mismo, por eso no lo dirá –se paró para ver si Ellie regresaba–.– Hacedme un favor. No le contéis a Ellie nada de esto, y que J.R no se entere de nada.

–¿Haciéndole creer que vamos a vender? –preguntó Brett.

–Eso es, hasta que sepáis lo que esconden vuestras tierras.

–Así lo haremos –le aseguró Matt.

Chace sacó una tarjeta y se la entregó.

–Este es mi número. Llamadme en cuanto sepáis algo. Y

entonces intentaré hacerla desistir de su idea.

Matt se estaba guardando la tarjeta cuando Ellie regresó.

–Los caballos están bien, Chace. No sé qué fue lo que oíste.

–Quizá fueron otros caballos –dijo él encogiéndose de hombros.

–¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? –le preguntó a sus hermanos.

–Volveremos en cuanto os hayamos visto actuar a los dos –respondió Matt. Quedaron en verse después del rodeo y los dejaron solos.

–Tenemos que hablar –le dijo Chace.

–Si es por lo que pasó anoche, olvídalo –dijo ella intentando alejarse, pero él la agarró de la mano.

–No puedo olvidarlo. Y apostaría a que tú tampoco.

–Nunca me ha gustado apostar. La vida ya es un riesgo suficiente. Ya hablaremos luego –dijo. Se soltó de su mano y se marchó sin que él pudiera detenerla.

Él se quedó mirando el balanceo de sus caderas al andar. Verdaderamente, le hacía sentir cosas que nunca había experimentado con otra mujer.

–Más tarde, Ellie –murmuró para sí.

Ellie aguardaba ansiosa a que los dos últimos participantes acabaran su actuación en la última ronda del Austin Country Rodeo. Hasta entonces iba en cabeza, y así debía terminar. Una segunda plaza no le servía de nada. Si quería llegar a las finales nacionales, tenía que ganar.

–Veo que sigues al pie del cañón –le dijo Chace acercándose a ella.

Ojalá pudiera tranquilizarse y bromear con él, como si no le importara nada lo que estaba pasando. Pero no podía; su futuro dependía de ello. Pensó en alejarse y quedarse a solas con su angustia, pero tampoco podía hacer eso. Odiaba admitirlo, pero necesitaba su presencia, su fuerza y confianza.

–Gracias –dijo asintiendo a la vez que tragaba saliva.

La próxima participante se dispuso a salir, y Chace apretó a Ellie con fuerza cuando empezó la carrera. Ellie contuvo la respiración, pero no quería que aquella chica lo hiciera mal; nunca le había deseado a nadie que fracasara, aunque solo estuviera a una milésima de segundo por detrás. Así que no supo si reír o llorar cuando la jinete derribó el último obstáculo.

Casi era la vencedora. Todas las miradas se volvieron a ella, que

tuvo que cerrar los ojos por la emoción, y a la vez por la tristeza de que otra chica hubiera fallado. Pero todavía quedaba una concursante más.

–Lo has hecho mejor que nunca, ¿de acuerdo? –le preguntó Chace en voz baja.

–Ha sido una buena carrera –respondió ella. Y lo había sido, a pesar de que sus hermanos no se hubieran quedado a celebrarlo, ni a discutir la venta del rancho.

–Sabes que has sido la mejor; deja ya de preocuparte –la animó él.

Ella asintió, pero seguía con un nudo en el estómago, concentrada en la pista. La última participante estaba en posición. La multitud expectante, sabedora de que de esa carrera dependía el campeonato.

La jinete salió al galope; saltó con elegancia el primer obstáculo, también el segundo, y el tercero… Los saltos fueron perfectos, y el corazón de Ellie a punto estuvo de pararse.

Estuvo cerca. Demasiado cerca. Pero cuando el locutor anuncio el nombre de la ganadora, Ellie se abrazó a Chace sin poder contener las lágrimas.

–Ve por tu trofeo –le dijo él.

En poco tiempo recibió el premio, y se volvió a encontrar fuera de la pista frente a Chace, ardiendo de emoción y felicidad.

–¿Te sientes mejor? –le preguntó rodeándola con un brazo.

–No te lo puedes ni imaginar –dijo riendo.

–Sí, claro que puedo –le contestó riéndose también.

–Ojalá Matt y Brett lo hubieran visto –comentó ella mirando la hebilla.

–Tenían mucho trabajo.

–Sí, siempre es lo mismo. Siempre están trabajando.

–Es lo que han elegido. Lo que para ti es importante, para ellos no lo es.

Ella se paró y lo miró de frente.

–No lo entiendes, Brannigan. La vida es lo más importante.

–Sí, lo es. Y a veces es dura. Tanto como lo está siendo para mí preguntarte si quieres celebrar los triunfos.

Ella había estado tan pendiente de sus resultados que había olvidado los triunfos de Chance.

–Lo siento –dijo agachando la cabeza–. Supongo que tienes cosas que celebrar.

Él le tocó la barbilla y la hizo mirarlo.

–Entonces, ¿qué tal si nos vamos a comer una hamburguesa? O

lo que más te apetezca.

Ellie sintió cómo su estómago respondía a la invitación, pero tenía miedo. No podía enamorarse de aquel hombre, por mucho que lo deseara. No quería una aventura pasajera que acabara en cuanto acabara la temporada. Y eso era lo único que Chace podía ofrecerle.

–Será mejor que no –se esforzó por decir.

–Podemos ir a algún sitio bonito, como aquel lugar en Phoenix.

–No, no es eso; es que… –¿cómo podía mentirle y decirle que no quería estar con él, cuando era eso lo que más deseaba? Empezó a caminar de nuevo y el volvió a abrazarla por los hombros, pero ella se detuvo y le apartó el brazo.

–¿Qué he hecho? –le preguntó él.

–Estás buscando algo que yo no puedo darte –contestó ella caminando a su remolque.

–¿El qué? ¿Una hamburguesa y una cerveza? ¿Tal vez unas patatas fritas?

–Sabes a lo que me refiero –dijo sin querer mirarlo.

Llegaron al remolque y Ellie desensilló a Sky Dancer y lo metió dentro.

–De acuerdo, entendido; prometo ser un caballero. Y ahora, ¿podemos ir a celebrarlo?

Ella no dudaba de que se comportaría correctamente. Pero no podía olvidar el beso que se habían dado.

–Podrías decirme por qué quieres vender el rancho –le susurró él dulce y seductoramente al oído.

–¿Por qué debería decírtelo?

–Quizá porque yo podría decirte por qué tus hermanos no quieren venderlo.

Ella se apartó y lo miró fijamente.

–Lo sabía. Estás de su parte.

–Siempre hay dos partes. Y tú no ibas a contarme la otra versión. Ahora te toca a ti.

Ellie se quedó dudando. Si podía convencerlo de que vender era lo correcto, lo tendría de su lado. Y tal vez podría ayudarla con sus hermanos, ya que ellos lo admiraban tanto.

–De acuerdo. Vamos a celebrarlo.

Chace observó cómo Ellie mojaba las patatas fritas en el ketchup. Había descubierto que le encantaba verla comer. Y también le encantaría rodearla por su diminuta cintura y… Pero eso tenía que esperar.

–Hay algo que quiero explicarte –dijo Ellie apoyando los codos sobre la mesa–. Tú crees que es una equivocación vender el rancho, pero lo que no entiendes es que tengo mis razones para hacerlo.

–Nunca dije que no las tuvieras.

–Mis hermanos están cavando su propia tumba –continuó ella–. Vi a mis padres hacerlo. Nunca fueron a ninguna parte; nunca hicieron otra cosa que trabajar en ese rancho hasta que sacrificaron sus vidas. Y yo no pude salvarlos. Lo intenté, pero no pude. No voy a permitir que a mis hermanos les pase lo mismo. Y si tengo que vender el rancho, lo haré.

Viendo la furia en sus ojos, no creyó conveniente hablarle de su propia experiencia como ranchero. Ni de que eran sus planes volver a un rancho. Alargó un brazo sobre la mesa y le tomó la mano, esperando reconfortarla.

–¿Qué ocurrió?

–El ganado era siempre lo más importante –dijo ella con lágrimas en los ojos–. Cuando alguna res se perdía, mis padres iban a ver si se había caído al río helado. Sé que dependíamos de esos animales, pero…

Él le apretó la mano más fuerte, sabiendo que Ellie necesitaba expulsar todo aquello.

–Yo acababa de cumplir los dieciocho –continuó ella–. Los chicos estaban en el pueblo. Cuando mis padres no volvieron a casa después de una hora, monté en mi caballo y salí a buscarlos. El hielo se había roto –hizo una pausa para respirar–. Llegué demasiado tarde.

Él cerró los ojos sintiendo su sufrimiento. Sabía lo que era perder a unos padres, aunque todavía no se lo había dicho. Y no podría hacerlo hasta que consiguiera liberarla de su dolor.

–Es por culpa de tus recuerdos por lo que no quieres saber nada del rancho –le dijo abriendo los ojos.

–No quiero que les pase lo mismo que a mis padres –dijo convencida–. Aunque no haya más accidentes, el rancho acabará matándolos.

–Ellos ya son dueños de su propia vida, Ellie –le dijo sonriendo–. Los ranchos no solo causan desgracias. Exigen mucho trabajo, es verdad, pero también hacen a las personas felices, como a tus hermanos. ¿Por qué no dejas que sean ellos los que se hagan cargo de todo?

–Por una razón: no tienen dinero –dijo ella con la mirada encendida, apartando la mano–. Y aunque lo tuvieran, no quiero que vivan ahí. ¿Es que no puedes entenderlo?

Chace asintió. Ella nunca superaría la muerte de sus padres, pero se equivocaba al culpar al rancho.

–Y tú tienes que entender las decisiones que toman tus hermanos.

Ella se levantó arrojando la servilleta a la mesa.

–Esa es tu opinión –dijo dándose la vuelta y marchándose.

Chace pagó la cuenta y salió tras ella. La agarró por el brazo y la hizo detenerse.

–No era mi intención confundirte.

Ella se apartó y siguió caminando.

–No, tan solo estabas diciéndome qué hacer. De una manera elegante, desde luego.

¡Maldita mujer cabezota! La agarró de nuevo, esta vez más fuerte.

–Sin duda eres la mujer con menos luces que he conocido.

–Qué noble por tu parte decirme eso –replicó ella alzando la barbilla.

–Ellie, intenta ser razonable…

–¿Por qué? Los hombres siempre me han estado diciendo qué hacer, como si no fuera a crecer nunca. Matt y Brett nunca me permitieron viajar sola. Pero aun así lo hice, y sigo haciéndolo. Sé que debo vender el rancho; es lo mejor para todos.

–¿Y si ellos no quieren? –le había prometido a sus hermanos que la haría entrar en razón.

–Hay otras muchas cosas que pueden hacer. Y que les gustarán.

–No te rendirás, ¿verdad?

–¡No puedo! –exclamó ella apretándole el brazo–. Son todo lo que tengo, Chace.

–Lo sé, pero no puedes obligarlos a eso, Ellie.

–No voy a obligarlos –dijo con determinación–. Les haré ver que es lo mejor. Y tú puedes ayudarme. Ayúdame a…

–No –la cortó él retrocediendo un paso.

Ella abrió los ojos, perpleja.

–Tendría que haberlo sabido.

Él quería ayudarla, pero le estaba pidiendo algo que iba contra sus principios. Sus hermanos nunca estarían de acuerdo.

–¿Y qué tienen que ver las finales con todo esto?

–Cuando gane, sea lo que sea, podré abandonar el rodeo y establecerme.

–¿Y si no ganas lo suficiente?

–Ya encontraré una salida.

Chace sintió un escalofrío en la espina dorsal.

–¿Es aquí donde interviene J.R. Staton?

–No tengo por qué responder a eso –dijo arrugando el ceño–. ¿Podemos irnos ya? –preguntó dirigiéndose hacia el camión.

Él asintió. El miedo lo había invadido, y no sabía cómo vencerlo.

Ellie permaneció callada durante el viaje de vuelta. No podría creer que Chace se hubiera negado a ayudarla. Nunca más volvería a confiar en alguien así. Y aunque le provocara sensaciones incomparables, acabaría olvidándolo. No era más que un vaquero vagando por el país en busca de trofeos. No lo amaba, aunque su corazón se desbocara a cada sonrisa, a cada contacto, a cada mirada…

Ella sabía muy poco sobre el amor. El amor de sus hermanos, el amor de sus padres. Cuando le contó a Chace lo del accidente, los traumas escondidos la asaltaron de nuevo. Y seguían acusándola de ser la culpable de la muerte de sus padres.

Para vencer esos recuerdos pensó en lo único que parecía fastidiar a Chace.

–¿Qué tienes en contra de J.R.? –le preguntó rompiendo el silencio.

Él la miró disgustado.

–¿Qué tienes tú en contra de mí?

–Esa no es la cuestión –dijo ella mirando por la ventana.

–Claro que lo es. No quieres admitir que hay algo entre nosotros.

Ella se volvió hacia él decidida a poner fin a ese tópico.

–¿Qué te hace pensar eso? He hecho lo posible para convencerte de que no estoy interesada en ese tipo de cosas. ¿Por qué no puedes olvidarlo?

–Porque no quiero.

Llegaron al parking del campamento y aparcó el camión cerca de la caravana de Ellie.

–Responde a mi pregunta.

–No recuerdo cuál era –dijo ella moviéndose en el asiento.

Entonces oyó cómo Chace salía del camión, vio cómo se acercaba a su puerta y la abría, y sintió cómo la agarraba por la cintura, la sacaba de la cabina y cómo acercaba la boca a escasos centímetros de la suya.

–¿Te referías a este tipo de cosas?

Ella no pudo responder porque él se lo impidió con sus labios. Intentó separarse, pero su cuerpo no le respondió, sino que se apretó más contra él, necesitando sentirlo por completo. Abrió la

boca para que sus lenguas se encontraran, y olvidó todo lo demás.

Después de unos minutos que se hicieron eternos, él se apartó y le susurró al oído:

–Dime qué tienes en contra de mí. ¿Es porque te vuelvo tan loca como tú a mí?

Ella hundió la cara en su pecho, incapaz de responder. La confusión la hizo llorar. No podía estar sintiendo esa pasión por un vaquero. Sus padres habían amado el rancho con la misma pasión, y solo habían recibido años de penalidades, de duro trabajo y poco dinero. ¿Para qué? Para perder sus vidas una fría noche de invierno por unas pocas cabezas de ganado. Con Chace pasaría lo mismo. No estaba dispuesta a seguirlo de rodeo en rodeo.

–Tengo que irme, Chace –le dijo intentando separarse.

–No. Tenemos que hablar de esto. La temporada está a punto de acabar.

Ellie sintió frío y cruzó los brazos.

–De acuerdo. ¿Pero podemos volver a mi caravana?

–Vamos –dijo él tomándola del brazo.

Ella sintió un escalofrío. Tenía que encontrar un modo de decirle la verdad sin que él supiera lo que le costaba hacerlo, pero parecía que no iba a tener ocasión.

Chace no quería contarle a Ellie lo de la correa del alternador. No hasta que estuviera seguro sobre J.R. Lo que quería saber era por qué Ellie lo rehuía tanto. Sabía que sentía algo por él. Una mujer que no deseaba a un hombre no se derretía en sus brazos.

Comprendía sus razones para vender el rancho pero, ¿por qué tenía que dejar los rodeos? Había demostrado ser una de las mejores. Quizá no ganara el campeonato nacional, pero si seguía uno o dos años más, lo conseguiría. ¿Por qué abandonar cuando estaba tan cerca?

Cuando llegaron a la caravana, la tensión aumentó.

–¿Hacia dónde irás mañana? –le preguntó él, con la esperanza de que pudieran pasar algún tiempo juntos.

–Hacia Little Rock.

Él iba en dirección opuesta.

–Ray y yo vamos hacia Billings –dijo frustrado.

Una vez dentro, y bajo una pequeña bombilla, Chace no pudo resistir por más tiempo y le acarició la mejilla.

–¿Estás bien?

–Sí, muy bien –respondió ella, pero su voz temblaba, y además,

no lo miraba a los ojos.

–¿A dónde irás después de Little Rock? –le preguntó esperando que dijera a Dakota del Norte, donde él tenía que ir.

–A Casper.

Esa respuesta lo hundió. Si alguno de los dos no se clasificaba para la final, no volverían a verse. Y aunque ella no era su responsabilidad y hubiera rechazado su ayuda, Chace quería que estuviera feliz y a salvo.

–Casper es un buen destino –dijo intentando no mostrar su decepción por estar quinientos kilómetros separados.

–Si gano allí, conseguiré mucho dinero, y será un buen trampolín para las finales.

Él se acercó y le rodeó la cintura.

–Lo harás muy bien.

–No estamos aquí para desearnos suerte, sino para dejar las cosas claras –le dijo fríamente.

Chace se sintió incómodo.

–Mira, Ellie, no tienes que…

–No, Chace –lo interrumpió ella con decisión–. Has venido en mi ayuda en muchas ocasiones. Te debo una respuesta.

–No me debes nada. Yo quería ayudarte; y sigo queriendo.

–¿De verdad?

Intentó separarse de él y Chace supo que podría ser su última oportunidad.

–Te ayudaré en lo que sea, cielo. Solo tienes que pedírmelo.

Ella asintió y respiró profundamente.

–Entonces deja que me vaya, Chace. No tienes lugar en la vida que he planeado. Ni yo en la tuya.

–Tal vez deberías incluirme en tus planes –respondió él sintiéndose invadido por el dolor.

–Es muy simple –dijo ella encogiéndose de hombros–. Primero vendo el rancho al mejor precio que pueda sacar, y con el dinero busco un sitio para mis hermanos. Un sitio donde estén a salvo.

–Y tú te mudarás a una ciudad –dijo él agriamente.

–Sí. A Tulsa, o a Dallas, o tal vez al norte. Todavía no lo sé.

Ninguna de esas respuestas respondía a su pregunta.

–¿Por qué?

–No quiero a ningún vaquero, Chace. Hice una promesa la noche en que murieron mis padres. Quiero una casa en la ciudad, en cualquiera, donde no tenga que preocuparme por el precio del ganado ni nada de eso.

–Pero, ¿por qué dejar el rodeo?

–Las carreras de obstáculos son lo único que conozco. No quiero despertarme un día y descubrir que no tengo nada más.

–No tiene por qué ser así –intentó convencerla, pero era inútil. Todo parecía decidido para los dos–. ¿Qué hay de J.R?

–Tampoco incluyo a J.R en mis planes, salvo que será él quien me consiga una buena oferta para el rancho.

–Pero quizá él tenga otros planes.

–Te equivocas, Chace –respondió negando con la cabeza.

–¿Eso crees? –quiso agarrarla pero se contuvo. No había solución. Él era un vaquero y se debía a la Triple B. Lo mejor era acabar cuanto antes–. Te deseo lo mejor, Ellie Warren –dijo apartándose con la mirada en el suelo–. Quizá algún día cambies de opinión.

–Chace –lo llamó cuando ya se había dado la vuelta. Él se paró pero siguió con la vista perdida–. Si te sirve de algo, me gustaría que las cosas hubieran salido de otro modo.

Él se marchó sin responder.

Capítulo 7

NO PUEDO creer que quisiera estar aquí –se dijo Ellie preparada para competir en la final de Casper, la última de la temporada–. Será un milagro si no me produce una úlcera.

Su triunfo en Little Rock la obligaba a jugárselo el todo por el todo en esos momentos. Había competido y vencido a la mayoría de las participantes, pero sabía contra quién se enfrentaba. Y solo la separaban dos milésimas de segundo por detrás de la primera clasificada.

–Tenemos que conseguir, amigo –le susurró a Sky Dancer–. Es nuestra última oportunidad.

–Este caballo no te defraudará –dijo una voz a sus espaldas.

Ellie se volvió y vio a Reba acercándose con una sonrisa.

–Espero no defraudarle yo a él. Ahora mismo tengo más fe en él que en mí misma..

–Lo harás muy bien –le dijo su amiga abrazándola–. Solo tienes que hacer lo que sabes.

–Espero hacer un buen tiempo. Mis últimas marcas no…

–Eran otras carreras, pequeña –le recordó Reba–. Esta noche es la decisiva. Monta a Sky Dancer como lo has estado haciendo hasta ahora y no tendrás ningún problema.

–Tienes razón –contestó Ellie sonriendo–. Tan solo es una carrera –aunque fuera la más importante de su vida.

Reba la acompañó a la puerta.

–Voy a buscar un sitio. Seré la que esté gritando más alto.

Después de abrazarla, Ellie montó y esperó su turno junto a las demás concursantes. Al fin oyó cómo anunciaban su nombre e hizo un supremo esfuerzo por respirar hondo y mover los hombros tensos.

–Ellie Warren es nuestra última jinete de obstáculos. Recibámosla con una calurosa bienvenida –anunció el locutor por los altavoces.

Ellie entró en la pista en medio del clamor, pero apenas escuchaba nada.

–Ellie viene de Tulsa, Oklahoma –siguió el locutor–. En estos momentos es la segunda clasificada por detrás de Amy Strong. Esta

carrera decidirá quién irá a la final nacional de Las Vegas en diciembre.

Entonces Ellie consiguió calmarse del todo y empezó la carrera. Guio a Sky Dancer hasta la primera valla. La saltó limpiamente, giró veloz hacia la segunda que también esquivó a la perfección, y enfiló hacia la tercera. El salto fue perfecto y galopó hacia la línea de meta.

Pudo oír cómo la multitud rugía de entusiasmo. Esperó aguantando la respiración a que anunciaran sus tiempos.

–Bien, amigos –exclamó el locutor–. Esta noche tenemos a una nueva campeona. Ellie Warren acaba de superar a Amy Strong, por una milésima de segundo. Démosle un fuerte aplauso deseándole buena suerte en Las Vegas.

¡Lo había conseguido! Ellie estuvo a punto de caerse del caballo de la emoción mientas saludaba al público con la mano.

Una vez fuera de la pista, recibió felicitaciones de todo el mundo, incluso de Amy Strong. Ellie pensó en lo cerca que había estado de fallar. Pero no falló. Y al fin era la ganadora.

Se escabulló del gentío y llevó a Sky Dancer al remolque, susurrándole palabras de elogio y agradecimiento. No bastaba ser una buena jinete para ganar.

Hubiera estado en el colmo de la felicidad si la conversación con Chace no volviera una y otra vez a su mente. Odiaba admitirlo, pero lo echaba de menos, y se arrepentía de las cosas que le dijo. Pero no importaba. Nada la haría cambiar de opinión respecto al rancho.

–Hola, Ellie.

Se sobresaltó al oír esa voz. Por un momento pensó que lo había imaginado, pero entonces se volvió y vio a Chace con una sonrisa en los labios. Dejó a Sky Dancer y se abalanzó a sus brazos.

–Te dije que apostaría toda mi fortuna por ti –le dijo él riendo, mientras la levantaba y le daba vueltas en el aire.

–¿Cuándo has llegado? –preguntó ella sin poder creérselo del todo.

–Justo a tiempo para ver tu carrera. Ayer terminamos en Bismarck y esta mañana salimos hacia aquí.

Ella se dejó llevar por el placer que la inundaba al estar en sus brazos. Después de lo que le dijo en Austin, no pensó que le siguiera importando a Chace.

–¿Cómo os fue a Ray y a ti? ¿Habéis ganado?

–Quedamos los segundos por equipos y el primero en la individual –dijo guiñando un ojo–. Así que tendrás que vértelas conmigo en Las Vegas.

–Me cuesta creer que vaya a estar allí. Lo he soñado tanto tiempo que ahora…

–Te lo mereces –le dijo con voz ronca–. Y esto también –añadió antes de besarla.

Ellie pensó que debía detenerlo, pero no quería. Él la rodeó con sus brazos y ella le palpó los hombros fuertes mientras las piernas le flaqueaban.

Y eso fue todo. La sostuvo por un breve momento y luego la soltó. Dio un paso atrás levantándose el sombrero y la miró.

–¿Estás lista para celebrarlo?

Estuvo a punto de decirle que no quería otra celebración que no fuera estar con él hasta el amanecer, pero había quedado con Reba y Nate más tarde.

–Es que ya he hecho planes y necesito cambiarme.

–Tendría que habérmelo figurado –dijo ocultándose los ojos con el sombrero.

Ella sonrió, contenta de que se siguiera preocupando.

–Seguro que a Reba y a Nate les gustará verte.

–¿Y alguien más? –preguntó sonriendo.

Ella negó con la cabeza.

–Ya veré. Mientras tanto, vamos a ver a los jinetes de toros.

–Primero tengo que guardar a Sky Dancer –le recordó, un poco decepcionada de que no hicieran otra cosa solos.

–Acabaremos antes si vamos los dos.

Satisfecha de su compañía, permitió que la acompañara hasta el remolque. Él escuchó pacientemente cómo le contaba los nervios y dudas que había tenido antes de competir. Ella se desahogó por completo hasta que se sintió del todo segura. Y se sentía muy bien junto a Chace. Él comprendía sus sentimientos, y le transmitía paz y confianza, aparte del revuelo de hormonas que le provocaban sus contactos y su voz. Y, aunque no creyó decir ni hacer nada que lo impresionara, no deseaba que aquella noche acabase.

–¿De verdad quieres ir a ver a los jinetes de toros? –le preguntó él, como si hubiera leído sus pensamientos.

–Tengo algunos sándwiches y un par de cervezas en la caravana –respondió ella–. Y también un poco de helado.

–¿Helado y cerveza? –preguntó con una amplia sonrisa–. ¿Es esto una invitación?

–Vale, no es ningún menú gourmet. Pero podríamos esperar allí a Reba y a Nate.

–No podría pedir nada mejor –le dijo besándola de nuevo. Un beso breve pero prometedor–. Ni una compañía mejor.

Ella se estremeció al oír esas palabras y tuvo que reprimirse para no besarlo.

–Vamos pues –le dijo tomándolo de la mano–. Pero te advierto, tendrás que vértelas conmigo para conseguir el helado.

Cuando llegaron a la puerta, estaba tan nerviosa que apenas podía sacar la llave del bolsillo. Chace suspiró y sacó la llave él mismo, haciéndola temblar de emoción al contacto.

Se quedaron callados, frente a frente, en la oscuridad.

–Tal vez debamos tomar primero el helado –dijo él.

Ella estuvo a punto de lanzarse a sus brazos, pero se contuvo y consiguió abrir la puerta con dedos temblorosos. Tendría que haber supuesto que el reducido espacio de la caravana se cargaría de electricidad con su presencia.

–Siéntate –dijo con dificultad. Sintió cómo la miraba mientras abría el frigorífico y sacaba los sándwiches. Nunca pensó que compartiría su comida con Chace. Ni siquiera había esperado verlo de nuevo. Pero otra vez había aparecido en su vida, cuando más necesitaba compartir su felicidad con alguien.

–¿Cómo sabías que el sándwich de jamón y queso es mi favorito? –le preguntó él cuando ambos estuvieron sentados.

–No lo sabía. Es todo lo que tengo.

–Debe de ser el destino.

Ella vio cómo le brillaban sus ojos azul marino, sintiendo que se le aceleraba el corazón.

–Entonces, ¿tu actuación en las finales será la última? –preguntó él desviando la mirada.

Ella se mordió el labio y se irguió en la silla. No deseaba iniciar otra discusión. Ni explicarle otra vez lo que no iba a entender.

–Ya es hora de echar raíces en algún sitio –respondió, más a ella misma que a él–. Hora de retirarse.

–Lo mismo puedo decir.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Para su sorpresa, Chace estaba tranquilamente sentado comiéndose un sándwich.

–¿Qué quieres decir?

Él acabó la cerveza y le sonrió.

–Yo también voy a retirarme después de las finales.

–No te creo –respondió ella sorprendida y le pasó otra cerveza, pero él se la devolvió.

–Tómatela tú. Pareces necesitarla.

Ella sacudió la cabeza y la rechazó.

–No puedes retirarte, Chace. Estás en tu mejor momento.

–Tengo treinta y tres años, cielo –dijo tomándole la mano–. He

tenido más lesiones y accidentes de los que puedas imaginar. Empieza a ser muy duro levantarse cada mañana y montarse en un caballo.

–Eso es porque siempre estás durmiendo en la parte trasera de tu camión –le recordó ella, intentando no dejarse llevar por la excitación que le había provocado el contacto.

–En parte tal vez sea por eso –respondió sacudiendo la cabeza–. Pero hay otras cosas aparte del rodeo.

–¿Cómo cuáles? ¿Qué piensas hacer?

–¿Qué piensas que podría hacer?

Ella no podía verlo más que como un vaquero. Un hombre que coleccionaba hebillas de oro y premios en metálico.

Él soltó su mano y se recostó en la silla.

–Mi hermano Trey está empeñado en convertir el rancho de mi familia en un centro turístico. Cosa con la que yo no estoy de acuerdo.

–¿El rancho de tu familia? –preguntó asombrada.

Él asintió con una sonrisa triste en los labios.

–¿Y qué hay de malo en un rancho turístico? –continuó ella.

–Seguramente nada –dijo encogiéndose de hombros–. Pero no me gusta la idea de ver a un montón de extraños merodeando por la Triple B.

–¿Es muy grande?

–Unos cien mil acres, más o menos.

Ella se quedó muda por un momento. Aquel debía de ser uno de los ranchos más grandes de Texas.

–¿Y te pertenece todo a ti?

–A mis dos hermanos y a mí –frunció el ceño antes de seguir–. Y también al banco; al menos, hasta que se celebren las finales.

Las cosas empezaban a estar claras para Ellie. Se dio cuenta de que había deseado con todas sus fuerzas que Chace la cuidara, que la amara, y que algún día la sacara de los rodeos. Pero lo que estaba oyendo la hizo despertar.

–Entonces vas a retirarte para dedicarte al rancho.

–Eso es.

Ellie apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos.

–No me extraña que te opongas tú también a que venda el rancho. Eres un ranchero.

–No exactamente, o al menos, no todavía. Trey se ha ocupado de todo durante estos años, gracias al dinero que he ido ganando. Igual que tú.

Ella sintió como si se precipitara a un abismo. Sus esperanzas se habían desvanecido. ¿Cuándo aprendería que los sueños no se hacían realidad así como así?

–Nuestras circunstancias son diferentes –dijo ella poniéndose de pie.

–¿Lo son?

Ellie asintió y se dio la vuelta para que él no la viera llorar.

–Perdí a mis padres en el rancho. No me trae más que pesadillas. Y no quiero que les pase lo mismo a mis hermanos.

–Parece muy simple, pero no lo es y tú lo sabes. Ambos lo sabemos. Yo también perdí a mis padres en la Triple B.

–Es distinto –dijo ella volviéndose de nuevo.

–No. Mi madre murió cuando yo tenía siete años. De un aneurisma. Y ninguno pudimos ayudarla a tiempo. Años después, mi padre se cayó de un caballo. Tuvo un ataque al corazón –Chace tragó saliva y respiró hondamente–. No estaba allí cuando ocurrió. Había ido a los rodeos, en vez de quedarme como habría hecho un buen hijo. La culpa puede causar heridas muy graves también.

Ella sabía de qué heridas hablaba.

–Oh, Chace. Lo siento.

Antes de que pudiera acercarse para consolarlo, él se levantó y la atrajo a sus brazos.

–Solo quiero que pienses bien lo que vas a hacer. En cuanto vendas el rancho, perderás mucho más que los recuerdos. Tú y tus hermanos. Sé lo que es perderlo casi todo.

Ella no podía sentir lo que le estaba diciendo, pero no se lo dijo.

–¿Qué ocurrió?

–Mi tatarabuelo y otro hombre eran socios, pero por culpa de la avaricia empezó el largo conflicto. Cuando años después se descubrió petróleo en las tierras, la otra familia clamó por unos derechos que no le pertenecían. Y aunque legalmente la razón era de mi familia, los otros nunca se rindieron. El pleito se alargó durante cuatro generaciones y no acabó hasta hace poco. Y el hombre que perdió todavía está detrás de esto –vaciló antes de seguir–. Nunca conocerás a una persona más mezquina que esa. Tan avaricioso como toda su familia.

Sus ojos brillaban con furia y ella le puso la mano en la mejilla.

–Debió de ser muy duro.

–Ganamos unas cuantas batallas y perdimos otras. Conservamos la Triple B pero, cuando mi padre murió, nos quedamos sin dinero para mantener el rancho a flote. Y Jim… –sonrió tristemente–, nunca nos perdonó que nos quedásemos con lo que él consideraba

suyo. Todavía cree que hay petróleo, pero no hay. Ni a mis hermanos ni a mí nos importa el petróleo, solo el rancho.

De pronto sonó un golpe en la puerta y alguien la abrió.

–Ellie… –dijo Reba–. Oh, espero no interrumpir.

Ellie se soltó de Chace y sonrió a su amiga.

–Claro que no, Reba. Tenemos helado y hay bastante para todos.

–No, esta noche no –dijo Reba mirando a Chace–. Nate está muy cansado y venía a preguntar si podemos celebrarlo mañana, antes de salir.

–Por supuesto –dijo Chace–. Ella también está muy cansada.

Ellie le clavó la mirada pero no dijo nada. Ya era bastante por esa noche. Estar con él solo le hacían desear cosas que no podían ser. Necesitaba estar sola.

–Ven tú también mañana, Chace –le invitó Reba.

–Ray yo pensábamos salir al amanecer.

–Oh –exclamó Reba con evidente disgusto–. Nos gustaría que vinieras, pero bueno. Ya veremos a Ellie por la mañana.

–Seguro que sí, Reba. Saluda a Nate de mi parte.

Cuando Reba se marchó, Chace volvió a abrazar a Ellie.

–¿Dónde pasarás el tiempo hasta las finales?

–En el rancho –respondió ella.

–Ven conmigo a la Triple B, Ellie. Está en Las Banderas. El sitio es precioso, y podrás descansar y practicar todo lo que quieras –le propuso con una sonrisa.

A Ellie le dolió pensar en que nunca volvería a verlo. Las finales del rodeo serían el final de todo. Pero a pesar del dolor tenía que pensar en su futuro.

–Lo siento, Chace, no puedo. Tengo que volver al rancho y convencer a mis hermanos.

–¿Todavía estás empeñada en eso? ¿No puedes ver que…?

–Veo que estamos en lados opuestos –dijo con los ojos llenos de lágrimas. No podía seguir hablando.

–¿Y si Matt y Brett no están de acuerdo?

–Encontraré otro modo.

–Podrías seguir compitiendo –le sugirió él–. Matt me dijo que enviabas casi todas tus ganancias al rancho. Podrías seguir haciéndolo.

Ellie intentó reír.

–Han sido ganancias muy pequeñas. No, Chace, esa no es la solución.

–Estás clasificada para la final nacional. No es para tomárselo a broma.
–Me asusta pensar en eso. Por favor, créeme. Ambos sabemos que no voy a acabar entre las primeras.
–Puede que este año no, pero…
–No. Eso se acabó.
–Entonces ven conmigo al rancho –repitió él–. Olvida todo lo demás. Juntos podremos encontrar una solución.
Ella se quedó mirándolo. ¿La amaría de verdad? No podía estar segura. Solo le estaba ofreciendo pasar con él algún tiempo, pero cuando se acabara, las cosas serían aun más difíciles. Tenía que decirle por qué quería realmente vender el rancho.
–No puedo vivir en un rancho. Mis padres murieron en un río helado por culpa mía. No pude salvarlos.
–Los accidentes no son culpa de nadie, cielo –le dijo abrazándola con más fuerza.
–Pero si hubiera llegado antes… –dijo entre lágrimas.
–No puedes saber si habría sido diferente.
Ella apretó la cara contra su pecho.
–No pude sacarlos de allí. Mi padre… vivió el tiempo suficiente para decirme que…
–¿Qué? –susurró Chace.
Ellie sabía que tenía que decirlo. Quizá así se liberara de los recuerdos. Pero el dolor se lo impedía.
–¿Qué te dijo? –la apremió Chace con voz suave.
–Dijo… «No es culpa tuya, fierecilla».
Él la estrechó contra su pecho, pero eso no la consoló. Nadie podría hacerlo.
–Así que es eso –le dijo él acariciándole el pelo–. Ahora entiendo por qué no querías que te llamara así. Pero no fue culpa tuya, cielo. Tienes que convencerte de eso.
–Si hubiera salido antes a buscarlos…
–No. No puedes culparte así. No sabías que iba a suceder. Hiciste lo que pudiste.
–¿Lo hice? –preguntó débilmente.
–Sí. Créeme.
Pero Chace no había estado allí. No había oído las palabras de su padre; no le había visto exhalar su último suspiro.
–No puedo permitir que les ocurra algo a mis hermanos. No puedo volver a vivir en un rancho, donde todo sucedería de nuevo.
–Todo tiene sus peligros.
–No, no es igual en un rancho. Tengo que salvar a mis

hermanos; sacarlos de ahí. Y tengo planes, ¿recuerdas?

Él la soltó y se metió las manos en los bolsillos.

–Claro; ¿cómo iba a olvidarlo? No comparto tu bonita idea de vivir en la ciudad. Pero ya sabes lo que dicen: ten cuidado con tus deseos, porque se pueden cumplir –dijo, y se marchó antes de que ella pudiera responder.

Ellie se desplomó sobre la silla y se cubrió la cara con las manos. Chace nunca lo entendería. No había podido salvar a sus padres, pero podía salvar a sus hermanos. Y lo haría, costara lo que costara. Si lo conseguía, tal vez desaparecieran el dolor y el remordimiento. Y entonces dejaría de mirar atrás.

Capítulo 8

ELLIE PISÓ con impaciencia el suelo de madera del hogar de su infancia. Se le estaba acabando el tiempo.

–Piensa en lo que podrías hacer con todo ese dinero, Brett. Podrías comprarte una casa en Tulsa e ir a la universidad –le dijo a su hermano por décima vez desde que llegó.

–Lo que yo quiero es el rancho, no ir a la escuela –le contestó Brett con el ceño fruncido.

–Matt y tú nunca habéis hecho otra cosa, ni habéis ido a ninguna parte. Igual que papá y mamá.

–Y tú nunca te has dado cuenta de lo simple y agradable que puede ser la vida aquí, Ellie –replicó él con voz firme–. Has estado demasiado ocupada yendo de rodeo en rodeo para poder apreciar lo que tenemos.

–El mundo del rodeo no es fácil, Brett. Es muy duro.

–Si es tan duro, ¿por qué sigues en él?

–Porque me ha permitido traer dinero, ¿o no? –preguntó desafiante, pero se arrepintió cuando vio la expresión de orgullo herido de su hermano–. Lo siento, no tendría que haberlo dicho. De todas formas, este es mi último año.

–Ahora sí pareces haber perdido el juicio –murmuró Brett dejándose caer en el sofá.

–No quiero más carreras, Brett. Es tan simple como eso.

–Mira quien está siendo cabezota ahora –le dijo Matt desde el otro extremo de la salita–. Eres tú la que… –se calló al oírse el sonido de una bocina–. ¿Quién demonios es ese? –preguntó mirando por la ventana.

Ellie se acercó a él y tragó saliva cuando vio el lujoso coche último modelo.

–Es J.R

–Supongo que no te referirás al tío ese de la ciudad –le dijo Matt.

–Sí –contestó ella con voz temblorosa. Le había dicho a J.R que sus hermanos firmarían los papeles.

–Échalo de aquí inmediatamente –gruñó Matt.

–Esta también es mi casa –le recordó ella.

–Somos dos contra uno. Brett tampoco lo quiere aquí.

El tiempo se acababa para Ellie.

–Todo lo que tenéis que hacer para libraros de él es firmar los papeles.

Matt se volvió bruscamente.

–Eres realmente estúpida, ¿lo sabías, Ellie? Te estoy diciendo que lo eches de aquí.

Salió de la habitación y Ellie se volvió hacia Brett.

–Tengo que hablar con J.R a solas.

–Trátalo entonces como a un invitado –dijo Brett encogiéndose de hombros–. Que esto quede claro; no vamos a vender nada.

Salió al porche y pasó junto a J.R sin dirigirle la palabra. Ellie se vio en graves apuros.

–No parece que tu hermano se alegre de verme –dijo J.R al entrar.

–Me alegra que estés aquí. Tengo que hablar contigo –lo invitó a sentarse, pero ella permaneció de pie. Lo único que podía hacer era ser honesta–. Tendría que habértelo dicho antes; Matt y Brett se niegan a vender el rancho.

–Me lo figuraba, ya que no me llamaste –dijo J.R asintiendo–. ¿Qué piensas hacer?

–No lo sé –admitió. Había sido una ingenua al pensar que podría convencerlos.

Él se levantó y se acercó a ella. Le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia él. Pero no le hacía sentir a Ellie el deseo que Chace le provocaba, sino angustia y temor.

–Sé exactamente lo que quieres –le dijo él–. Una casa en la ciudad. Yo puedo ofrecértela.

–¿C… cómo? –susurró ella.

–Cásate conmigo.

–¿Q… qué?

–Sé que te sorprende y que tienes ahora otras preocupaciones. Tus hermanos, por ejemplo. Yo puedo ayudarte con todo eso.

–¿Lo harías? –pregunto ella, sorprendida de lo que estaba oyendo.

–Para eso está la familia, ¿no? Para compartirlo todo.

–¿Estás diciendo que… que me quieres? –no se podía creer que aquello le estuviese pasando.

–Me preocupo por ti, Ellie –dijo él después de una pausa–. El amor vendrá después –antes de que ella pudiera pensar o decir algo, él continuó–. Me gustaría estar contigo en las finales de Las Vegas, pero tengo cosas que resolver. Cuando acabe el campeonato nos

casaremos allí. Las Vegas es el sitio perfecto para una boda.

Ella estaba aturdida. J.R le estaba ofreciendo lo que más deseaba. Pero, ¿de verdad deseaba aquello? Recordó la advertencia de Chace.

–No sé qué decir –dijo intentando sonreír.

–Te veré en Las Vegas cuando acaben las finales. Iremos a todos los espectáculos y casinos que quieras. Y luego buscaremos una capilla –le dijo besándola castamente.

El beso tan frío la intranquilizó aún más. ¿Podría casarse por conveniencia? La idea era horrible, pero si servía para ayudar a sus hermanos, quizá pudiera borrar el trauma de sus padres.

Se quedó apoyada en la ventana, viendo cómo J.R se alejaba en su coche, levantando una nube de polvo a su paso.

–¿Ocurre algo, Ellie? –le preguntó Matt al entrar en la salita.

–¿Qué puede ocurrir? –dijo ella con voz solemne–. J.R acaba de proponérmelo.

–¿El matrimonio? –estalló Matt.

–Demonios, Chace, llevas deprimido todo el día, como un perro solitario –le dijo Trey.

–Estás imaginando cosas, hermanito –dijo Chace cerrando la maleta.

–Seguro que sí. Yo y mi imaginación desbocada. Ni siquiera has discutido conmigo lo del rancho turístico.

–¿Y por qué tendría que discutir? Ya has levantado las barracas para invitados.

–¿Entonces volverás para ayudarme con todo?

–Es posible –le contestó viendo la expectación de su hermano.

–Venga, suéltalo –le dijo Trey sonriendo–. Solo una mujer podría ponerte de tan mal humor.

–Otra vez estás imaginando cosas.

El sonido del teléfono cortó cualquier comentario de Trey. Chace agarró el auricular, dando gracias al cielo por la interrupción.

–Brannigan –contestó con voz fuerte.

–Chace, soy Matt Warren. Tenemos problemas.

–¿Qué ocurre, Matt? –preguntó con un nudo en la garganta.

–Es por ese condenado J.R.

–No habréis firmado los papeles, ¿verdad? –Chace miró a su hermano, quien escuchaba interesado–. Jimmy Bob vuelve a hacer de las suyas –le dijo a Trey, tapando el auricular.

–Es un grave problema, Chace –dijo Matt al otro lado de la

línea–. Tenemos que hacer algo inmediatamente.

–Cuéntame –le pidió Chace asustado–. ¿Ella está bien? ¿Le ha pasado algo?

–Oh, desde luego que algo le ha pasado –dijo Matt en tono irónico–. Va a casarse con él, Chace.

–¿Casarse? –explotó Chace. Tuvo que sentarse en la cama antes de que sus piernas flaquearan–. ¿Pero cómo? ¿Cuándo?

–Después de las finales, en Las Vegas. Brett y yo hemos intentado hablar con ella, pero es demasiado cabezota. No escucha nada de lo que le decimos.

–Tienes razón. Ellie se está volviendo… –loca, pensó, o quizá tan solo desesperada–. Saldré en una hora más o menos. ¿Dónde está ella? ¿En su caravana?

–No, tiene una habitación reservada en un hotel. Pero no sé dónde. Brett y yo también iríamos, pero tenemos que vacunar a los animales. Y Chace… Hay petróleo.

La noticia no le sorprendió a Chace.

–De acuerdo. Gracias por todo. La veré en Las Vegas e intentaré hacerla entrar en razón –prometió antes de colgar. Tenía que conseguir posponer esa boda como fuera.

–¿Quién es ella? –preguntó Trey con una sonrisa maliciosa.

Chace metió el teléfono móvil en su bolsa y agarró la maleta.

–Mi mujer va a casarse con nuestro peor enemigo.

Ellie desmontó y apoyó el rostro en el cuello de Sky Dancer.

–Es culpa mía –susurró–. No puedo concentrarme en la carrera. Lo haremos mejor la próxima vez, ya lo verás.

Empezó a caminar tratando de averiguar por qué estaba tan deprimida. Sus hermanos no sabían que había rechazado la propuesta de J.R. Habían despotricado al principio, pero lo único que preguntaron fue la fecha de la boda. No hubo más comentarios. Quizá fuera una buena señal, pensó Ellie, y la dejaran hacer su vida en paz.

Mientras pasaba entre los otros jinetes en el Thomas & Mack Center, la multitud se abrió a su paso y se quedó helada. A menos de cinco metros Chace aguardaba apoyado en una pila de neumáticos, con los brazos cruzados y el sombrero ocultándole los ojos.

–Quería asegurarme de que lo hacías bien aquí –le dijo, dando un par de pasos y deteniéndose frente a ella.

–Chace, yo… no esperaba verte aquí –aunque aquello no era del

todo cierto.

–Te he visto competir –dijo echándose el sombrero hacia atrás.

–Ah, sí. Muy mal, ¿verdad? –preguntó ella mirando al suelo, avergonzada de que Chace hubiera visto la peor actuación de su carrera.

–Han sido solo los nervios, cielo. Esta pista es nueva para ti. Ya te acostumbrarás.

–Espero que tengas razón.

Levantó la mirada y vio la preocupación en sus ojos. Aquello bastó para no pasar junto a él y dejarlo atrás. Su objetivo era acabar el rodeo y no pensar más en Chace. Le había pedido ayuda y él no había entendido su necesidad de abandonar el rancho. No volvería a cometer el mismo error.

–¿Tienes algún plan especial para la semana? –preguntó él.

–Nada especial –respondió encogiéndose de hombros. No podía contarle la propuesta de Chace–. Supongo que echaré un vistazo a este sitio, descansaré un poco y trataré de hacerlo mejor, ya que este va a ser mi último rodeo –vio la expresión seria de Chace–. ¿Y tú?

–Supongo que haré lo mismo. ¿Piensas quedarte por aquí un rato?

Ellie se emocionó por la posibilidad de que pasaran algún tiempo juntos, pero enseguida se desanimó cuando recordó que aquella era su última actuación, se casara o no con J.R

–Me quedaré para ver tu actuación.

–Vine para desearte suerte –dijo él acercándose–. Pero no solo por eso. Hay algo que…

–Ellie –alguien la llamó.

Ella se volvió y vio a J.R acercarse entre la gente y los caballos. Aquello la pilló por sorpresa.

Chace la agarró por el brazo y la miró fijamente.

–Ellie, tenemos que hablar. Pero aquí no.

–Estoy en el World Trade Hotel, en la habitación 321 –dijo mirando por encima del hombro. Se sentía muy nerviosa por la presencia de J.R. No quería contarle a Chace nada sobre su posible matrimonio. No hasta que se aclarase las ideas.

–Tengo que irme –le dijo a Chace.

–Espera. No puedes…Maldita sea –exclamó cuando ella se apartó.

–Al fin te encuentro –le dijo J.R tomándola del brazo–. Te he buscado por todas partes.

–¿Qué estás haciendo aquí tan pronto? –le preguntó Ellie, sin

poder contener su disgusto, al hombre que pronto sería su marido–. No te esperaba hasta el fin de semana.

–No estaría bien perderme el último rodeo de mi novia –dijo él con una sonrisa–. Además, quería pasar algún tiempo contigo antes de la boda.

Ellie soltó un suspiro ronco y se preguntó si Chace lo habría oído. Pero ya estaba lejos. Tendría que decírselo más tarde, aunque todavía no sabía qué decirle. En ese momento, estaba demasiado preocupada por la inesperada aparición de J.R.

–¿Dónde te hospedas? –le preguntó ella mirando el reloj.

–En el Mirage, aunque he venido directamente del aeropuerto para verte.

Ella suspiró aliviada.

–¿Por qué no vas a hacer la reserva, y nos vemos allí más tarde?

–La verdad es que preferiría llevarte yo mismo. He alquilado un coche, para que no tengas que conducir tu… camión.

Ellie percibió el tono despectivo de su voz. Cierto que su camión ya estaba muy viejo, pero eso a ella no le importaba.

–Supongo que tendré que conseguir un camión nuevo.

–No lo necesitarás en la ciudad. Ni tampoco un remolque.

Aquello le dolió como una bofetada.

–No pienso abandonar mi caballo.

–Por supuesto que no –le dijo él, conduciéndola a la salida–. Buscaremos algún lugar para él. La ciudad no es sitio para un animal de ese tamaño. Y tú estarás demasiado ocupada con otras cosas.

–Pero…

–Te recogeré dentro de una hora e iremos a ver la ciudad. Volverás tarde a tu hotel, así que prefiero que no conduzcas sola.

Ellie se quedó boquiabierta. Había estado conduciendo sola por todo el país durante muchos años, y no estaba dispuesta a tolerar aquellas ideas tan anticuadas. Pero antes de que pudiera replicar, él la besó en la mejilla y se marchó.

Ella se quedó observándolo. Tenía que hacerle ver que ella era una jinete de rodeos hasta que acabase el campeonato. Y después de eso…

Entonces se dio cuenta de lo mucho que añoraría esa vida en cuanto se trasladara a la ciudad.

Luchando contra ese sentimiento de melancolía fue a ocuparse de Sky Dancer. El encuentro con J.R no le había sentado bien. Si no fuera por sus hermanos, nunca habría aceptado casarse con ese hombre.

Chace escogió un sitio desde donde podía controlar a todo el que entraba y salía del Cesar's Palace. La risa de un jugador a su lado le distrajo por un momento.

El casino estaba repleto, y casi todos eran vaqueros con sus esposas. Era domingo por la noche, las finales habían acabado y todo el mundo apuraba al máximo su estancia en Las Vegas. Pero Ellie no aparecía por ninguna parte.

¿Dónde se habría metido? Encontrarla suponía más para Chace que haber ganado el doble campeonato. Apenas la había visto durante la semana, y lo que había visto le hizo sentirse orgulloso, pues Ellie había mejorado mucho desde la primera ronda, y cabalgaba con una seguridad y destreza que no le había visto antes.

Pero no había podido hablar con ella, y si no hubiera sido por Ray, que oyó dónde pensaban ir ella y J.R por la noche, todavía estaría dando vueltas por la ciudad en su busca.

Le estaba pagando a la camarera cuando vio a J.R apartarse de la ruleta. Chace se apresuró a cruzarse en su camino.

–Bien, bien –dijo J.R sonriendo forzadamente–. Si es mi vecino. Déjame adivinar por qué estás aquí.

–Ex vecino –le recordó Chace–. Nos vendiste a todos.

–Fue mi madre quien vendió, no yo. Si has venido para contarle a Ellie mi turbio pasado, estás perdiendo el tiempo. Esto no tiene nada que ver con eso.

Miró a Chace fríamente, como queriendo provocarlo, pero él no tenía intención de seguirle el juego.

–No intentes provocarme, Jimmy Bob. No te servirá de nada. Estoy aquí por dos razones. Primera, quiero saber por qué estás tan interesado en el rancho de los Warren.

–¿Alguna vez se te ocurrió que no es por el terreno? –le preguntó despreocupadamente–. Ellie es una mujercita formidable.

–Lo sé –dijo Chace intentando controlarse–, y no voy a permitir que le ocurra nada.

–No te gusta que sea yo quien consiga a la mujer que quieres, pero eso es lo que voy a hacer –le replicó J.R sonriendo.

–Seguro que es por dinero –dijo Chace ignorando el comentario–. Voy a descubrirlo, y cuando lo haga…

–Le dirás lo malo que soy, ¿verdad? –J.R dejó de sonreír–. Ella no te creerá. Pensará que la estoy ayudando. No pude convencer a mi madre de que no estafara a los Brannigan, pero he convencido a Ellie para que se case conmigo.

–Ella acabará por entrar en razón –dijo Chace sobreponiéndose a las palabras de J.R.

–Yo puedo darle todo lo que quiera. Una gran casa en la ciudad, un marido con dinero…

–El dinero de ella, querrás decir.

–… y niños –terminó J.R.

Chace apretó los puños. La idea de verlos juntos lo enloquecía.

–Asúmelo, Chace. La Triple B no durará mucho. He pasado por esa situación, solo que no tenía petróleo para mantenerme. El precio del ganado está bajando. No podréis afrontar otro año como los cinco últimos. Seis meses más, y tendréis que vender.

–La Triple B nunca se pondrá en venta.

–Te estás haciendo viejo para seguir ganando dinero con los rodeos.

–Bastante más digno que el tuyo –Chace bajó el tono–. La segunda razón es que has herido a Ellie y no vas a irte así como así. Eso te lo prometo.

–Esas son amenazas inútiles. No tienes nada contra mí. No he hecho nada ilegal.

–Solo inmoral, ¿de acuerdo? –sonrió Chace–. Ya no soy el chico ingenuo que abandonó el rancho, y estoy deseando enseñarte todo lo que he aprendido en los últimos diecisiete años.

–También yo voy a enseñarle unas cuantas cosas a Ellie –le respondió J.R desafiante.

Chace apretó los dientes y sonrió.

–Ya lo veremos. Siempre cumplo mis promesas. Recuerda lo que te digo.

Y se marchó sin esperar respuesta. Sus temores se habían confirmado. J.R solo quería casarse con Ellie por el rancho y el petróleo.

Mientras se dirigía a la puerta la vio andando entre las mesas, sola. La agarró del brazo y la llevó aparte. Era la última oportunidad para convencerla de su error. Tenía que contarle la verdad.

–Ellie, no puedes hacerlo.

–¿De qué estás hablando? –preguntó ella sobresaltada buscando una salida.

–Sé lo de tus planes de boda.

Ella no pudo evitar un suspiro. ¿Cómo lo habría sabido? ¿Se lo habrían dicho sus hermanos? ¿Cuándo dejarían de meterse en su vida?

–Estás haciendo algo de lo que te arrepentirás –continuó él.

–No puedes detenerme, Chace –dijo ella intentando mostrarse fuerte y segura–. Ni tú ni mis hermanos. Vete acostumbrándote a eso.

Intentó escabullirse, pero Chace la agarró fuertemente por los hombros.

–No necesitas a J.R. Cuando las bombas empiecen a funcionar…

–¿Bombas? ¿Qué bombas? –preguntó mirándolo fijamente.

–Bombas de petróleo, Ellie. Hay petróleo en tus tierras.

Ella recordó cuando una compañía había buscado petróleo en el rancho. Recordó las conversaciones de sus padres, los planes que hicieron… y que se quedaron en nada, porque no había petróleo. Y seguía sin haberlo. No podía creer a Chace.

–Déjalo ya, Chace –dijo liberándose de sus manos.

–Escúchame, Ellie. No…

–Deja que me vaya, Chace. No puedo creer que me hayas mentido.

Pero Chace volvió a sujetarla y la miró a los ojos.

–Escúchame, por favor. ¿Te he mentido alguna vez?

–No lo sé. ¿Lo has hecho? ¿Ocultar la verdad es lo mismo que mentir?

–¿Qué te he ocultado? –preguntó él tragando saliva.

–Que además de ser un vaquero eres un ranchero –le dijo con miedo en los ojos–. Si lo hubiera sabido, yo… –apartó la mirada.

–¿Qué? ¿Tú qué, Ellie? –tenía que saberlo. ¿Nunca lo habría besado? ¿Nunca habría llegado a ningún sitio con él?–. Dímelo.

–Pensé que éramos amigos, Chace –dijo con voz temblorosa–. Si me hubieras dicho por qué no confiabas en J.R, te habría entendido.

Lo volvió a mirar, y él quiso contárselo todo. Cómo Jimmy Bob Staton había acusado a los Brannigan por su propia codicia. Pero si Ellie no creía lo del petróleo, tampoco le creería eso otro.

–No puedo –dijo con voz débil.

Ella respiró profundamente y se apartó.

–Ya ves, Chace, como no puedo confiar en ti.

Sus palabras fueron como cuchilladas que destrozaron la esperanza. Dio un paso atrás.

–Sí, lo sé.

Ella agarró su sombrero y se dio la vuelta.

–Ellie, ¿qué vas a hacer?

Ella se volvió sonriente, pero sus ojos eran inexpresivos.

–J.R va a enseñarme a jugar a la ruleta. ¿No es eso hacer algo? Todas esas luces, esa gente, el dinero. Nunca había visto nada parecido.

Antes de que Chace pudiera responder, J.R apareció. Ellie miró a su novio con una sonrisa.

–Le estaba diciendo a Chace que vas a enseñarme a jugar.

J.R volvía a sonreír desafiante, victorioso.

–Sí, creo que se divertirá aprendiendo. Adiós, Chace.

Antes de marcharse, Ellie puso la mano en el brazo de Chace.

–Buena suerte, Chace. Y no te preocupes por mí, ¿vale?

–Ojalá fuera así de fácil –susurró y, sin importarle la presencia de J.R., le dio a Ellie un beso en los labios.

Viendo cómo se marchaban, se sintió invadido por un sentimiento terrible de vacío y soledad. ¿Cómo podía dejar que se fuera? ¿Y cómo podía impedirlo?

Capítulo 9

ELLIE ESTABA a punto de derrumbarse mientras J.R la guiaba a través del casino. Si podía aguantar un poco más, no lloraría, pero no paraba de pensar en Chace.

–¿Qué quería? –le preguntó J.R

–Nada. ¿Podemos irnos? –ya tenía bastante. No soportaba ir a los casinos después de un rodeo, y si esa era la vida que le esperaba junto a J.R…

–Te llevaré al hotel para que puedas cambiarte –le dijo él.

–¿Cambiarme? –preguntó Ellie parándose de golpe en el vestíbulo.

–Sí, para nuestra boda. He encontrado una capilla que te gustará. A menos que quieras que nos case uno de esos fantoches disfrazado de Elvis.

Ellie no podía creer lo que estaba oyendo. No le había dicho que fuera a casarse con él, y tampoco estaba segura de que fuera a hacerlo.

–Esta noche no. J.R. Estoy rendida y necesito dormir.

–Ya lo hemos aplazado bastante –replicó él rodeándola por la cintura. Pero ella se apartó, decidida a no hacer algo con tantas dudas.

–No. Antes quiero dejar claras muchas cosas.

–Lo discutiremos luego.

Ella no deseaba llamar la atención y permitió que él la sacara a la calle. Necesitaba tiempo para recuperar el control. Esperó en silencio a que trajeran el coche y se metió sin decir nada, viendo cómo J.R le daba una generosa propina al botones. No paraba de preguntarse qué ganaría él con ese matrimonio. Ninguno de los dos amaba al otro. El motivo de Ellie era únicamente salvar a sus hermanos, pero, ¿y el de J.R?

El coche se detuvo frente al hotel y J.R se volvió hacia ella.

–Volveré por ti dentro de una hora. Acuérdate de llevar alguna identificación. Será todo lo que necesitamos.

Ellie sintió pánico. Necesitaba más tiempo antes de lanzarse a esa locura.

–Creía que el novio y la novia no se podían ver antes de la

ceremonia. ¿No trae eso mala suerte? –preguntó ella alterada.

–Supongo que sí, pero esta no va a ser una boda corriente, ¿verdad? Ambos sabemos que te casas por mi dinero –le dijo acariciándole el brazo–. Pero eso no me molesta. Muchas personas lo hacen cada día.

–El dinero no es para mí –replicó ella a la defensiva–. Es para el rancho; para Matt y Brett.

–Desde luego. También habrá mucho dinero para ellos.

¿Sería eso cierto?, se preguntó Ellie. Había visto cómo J.R apostaba cada noche, ganando una fortuna, perdiéndolo todo después, volviéndolo a ganar otra vez. ¿Qué pasaría si se arruinaba?

–¿Cuántas ganancias aporta un negocio como el tuyo? –se atrevió a preguntarle.

–En este caso, muchas ganancias.

–¿Qué significa eso? –preguntó empezando a alarmarse.

–¿Cuándo vas a dejar de hacer preguntas? –estalló él, pero en seguida se calmó–. Lo siento. Pero no tienes que preocuparte por el dinero, de verdad.

Ella se sintió más alarmada todavía. A sus hermanos no les gustaba aquel hombre, ni tampoco a Reba. Y recordó lo que Chace le había dicho sobre el petróleo. Si seguía adelante con eso, se casaría con alguien a quien apenas conocía y de quien todo el mundo sospechaba. ¿Acaso Chace le dijo la verdad? Si verdaderamente había petróleo en sus tierras, J.R sería el único en beneficiarse.

–¿Qué piensas ganar con este matrimonio, J.R? –tenía que preguntárselo directamente.

Él respiró hondamente, como queriendo calmarse.

–No te preocupes por mí. Tendré lo que quiero –le dijo acercándose, pero ella alzó una mano entre los dos.

–¿Hay petróleo en mis tierras? ¿Es por eso?

–¿Qué te ha dicho ese imbécil de Brannigan? –le preguntó en tono amenazador.

–El fraude que tu familia le hizo a la suya durante cuatro generaciones.

–¿Y eso supone alguna diferencia? Me necesitas demasiado como para arrepentirte ahora.

Arrancó el motor y ella lo vio todo claro. En seguida supo lo que tenía que hacer. Salió del coche y le lanzó una mirada furiosa.

–Estás equivocado. Muy, muy equivocado.

–¡Vuelve aquí! –bramó desde dentro.

Pero ella no pensaba pasar ni un segundo más con ese hombre.

Entró en el hotel y se metió en el ascensor que, afortunadamente, estaba esperando. Cuando llegó a su planta corrió a su habitación, pero las manos le temblaban demasiado para abrir la puerta. Entonces oyó cómo las puertas del ascensor se abrían de nuevo.

–¡Ellie! –gritó J.R

La llave se le cayó de las manos y se agachó para recogerla, a punto de darle un infarto. No sabía lo que J.R sería capaz de hacer si la alcanzaba antes de entrar.

–Chace tenía razón –le dijo ella–. Nunca debí confiar en ti. ¡Qué estúpida he sido! No soy yo quien va detrás de tu dinero. Eres tú quien quiere el mío.

–No puedes probarlo –gritó él mientras se acercaba con los puños apretados.

–Lo probaré si tengo que hacerlo –respondió metiendo la llave en la cerradura–. Y lo haré si no te vas de aquí inmediatamente –la puerta se abrió y ella se precipitó al interior justo cuando él llegaba. Cerró con un portazo y se apoyó en la puerta, a punto de desplomarse.

–¡Abre la puerta! –gritó él–. Tenemos que hablar. Podemos llegar a un acuerdo, si eso es lo que quieres.

–Nunca en la vida –dijo ella, rogando que se marchara–. Se ha acabado, J.R. Deberías irte de Las Vegas, porque en cuanto se lo diga a Chace…

–Chace no puede ayudarte. Yo…

Pero ella se tapó los oídos y se adentró en la habitación a oscuras hasta llegar a la cama. Se desplomó sobre ella, casi sin aire. ¿Cómo había pensado en casarse con J.R? ¡Qué sorda y ciega había sido! Todos los que la querían se lo advirtieron, pero ella…

Se cubrió la cara con las manos. Su vida se estaba desmoronando. ¿Cómo ayudaría a sus hermanos? ¿Cómo podría subsistir ella misma?

Los gritos y golpes cesaron y Ellie pensó aliviada que J.R se había marchado. Intentó concentrarse en algún plan para el futuro, pero el dolor y los recuerdos de Chace se lo impedían. Durante toda su vida había levantado barreras a su alrededor para defenderse de la vida. Pero entonces apareció Chace y empezó a derribar esas defensas con cada mirada, con cada caricia. ¿Cómo podría seguir adelante sin él?

No podía negar que lo amaba, pero él nunca dijo que la amara a ella, aunque cada vez que la besaba… Si solo pudiera decirle cómo se sentía, pero ¿cuándo tendría la oportunidad?

No supo el tiempo que había estado tumbada a oscuras cuando

oyó un golpe en la puerta. Cuando los golpes aumentaron, perdió la paciencia y fue a abrir.

–Ahora se va a enterar –murmuró decidida a arremeter contra J.R. Abrió la puerta, furiosa, y se quedó de piedra.

–Hola, Ellie.

Chace estuvo a punto de caer cuando Ellie abrió de golpe. La miró con deseo, aunque ella parecía enfadada. Desde que la vio por primera vez sintió algo extraño en su interior, si bien lo había achacado al sentimiento de protección que le despertaba. Y luego al desafío que presentaba. Se inclinó para abrazarla pero se detuvo a tiempo; no quería correr el riesgo de ser golpeado.

–¿Vas a invitarme a pasar?

Ella lo miró sorprendida.

–Yo…

–Vale –resolvió él entrando en la habitación. El cuarto estaba a oscuras, excepto por la débil luz que entraba desde el pasillo. Ellie estaba vestida con la misma ropa que llevaba en el rodeo y en el casino, así que la boda no se había celebrado. No de momento.

Encontró el interruptor y encendió la luz. Esperó a que ella cerrara la puerta sin dejar de mirarla. Parecía estar dudando de algo cuando miró hacia la cama.

–Tienes una cama en la caravana, Ellie –le recordó con voz ronca.

–Sí, ya lo sé –respondió suavemente. Las sombras que proyectaba la lámpara cubrían su expresión.

Él no había ido a seducirla, sino a verla por última vez y desearle suerte, pero su cuerpo buscaba algo más; incluso su mente estaba empezando a ceder. Ella se acercó y le golpeó el brazo. El contacto no lo ayudó en nada, pero siguió resuelto a no tocarla.

Ella se sentó en el borde la cama y agarró la almohada.

–¿Te importa si me siento? –preguntó él.

Ella sacudió la cabeza y él se sentó en una silla lejos de la cama. Se preguntó qué podía decirle, porque una vez que se lo dijera, tendría que despedirse y marcharse.

–¿Vas a competir pronto? –le preguntó lo primero que se le ocurrió.

–No –dijo sonriendo–. Estoy recibiendo a un montón de chicos en el rancho. Parece que ahora soy famosa.

–Sí, suele pasar –asintió él–. Recuerdo la primera vez que me clasifiqué para la final nacional. Hace que te sientas una especie de

héroe.

–Entre los pequeños, había una chica de ciudad que nunca había montado a caballo. Lo deseaba más que nadie pero no dijo nada. Quise llevarla a dar un paseo, pero no pude. Hubiera tenido a todos los demás suplicándome detrás –explicó con los ojos más brillantes que nunca.

–Quizá puedas hacerlo cuando vuelvas.

–Quizá –el brillo de los ojos se apagó.

–Tal vez en las vacaciones de Navidad –propuso él deseando que recuperara la sonrisa.

–Yo… Sí, es buena idea. Si es que estoy por allí.

Chace no pudo aguantar más. Se acercó para tomar sus manos y ella no opuso resistencia.

–Supongo que no habrás cambiado de opinión –susurró él.

–Lo siento tanto… –dijo ella apretando la cabeza contra su pecho.

Él cerro los ojos sintiendo el placer del contacto. Ella podría decir que no lo deseaba, pero su cuerpo decía todo lo contrario.

Ellie se apartó un poco y levantó la mirada.

–Siempre me he preguntado si… –empezó a decir tocándole el cuello de la camisa.

Él tragó saliva y contuvo la respiración.

–¿Qué? –preguntó con dificultad.

Ella metió la mano por su camisa y le desabrochó los primeros botones.

–Solo… solo me lo preguntaba.

–Maldita sea, Ellie –exclamó él.

Ellie desabrochó la camisa por completo y presionó las manos contra su pecho musculoso.

–¿Ellie?

–Tranquilo. Sé lo que hago.

Chace estaba seguro de ello, pero también de que lo estaba matando. Tenía que detenerla, pero su cuerpo lo traicionaba. Intentó pensar en las palabras que pondrían fin a esa seducción. Después de todo, ella iba a casarse y él tenía que respetarlo, por muy poco que le gustase.

–Puedo sentir tu corazón –susurró ella.

Él bajó la mirada y la vio desabrocharse su camisa.

–No…

–¿Estoy haciendo algo malo? –preguntó ella.

¿Malo? Todo lo contrario. Con un gruñido de placer la atrajo hacia su boca y la besó con pasión desatada. No podía mantener el

control, ni pensar en marcharse ni en apartarla. Había sucumbido a la dulzura de aquellos labios.

La tendió sobre la cama y le abrió la camisa, descubriendo un sujetador rojo que lo dejó sin respiración.

–¿Te gusta? –preguntó ella débilmente–. Aún hay más.

Él pasó la lengua por la curva de sus pechos y con el pulgar le acarició los endurecidos pezones que se adivinaba bajo la tela. Ella gimió y eso lo enloqueció aún más. Quiso besarla desenfrenadamente, pero, temeroso de hacerle daño, se calmó y le besó suavemente el cuello.

–Chace –dijo ella.

–¿Mmmmmm?

–Yo…

–¿Qué pasa, cielo?

–Yo… nunca… –dijo evitando su mirada.

Él se preguntó qué querría decir, pero en seguida lo comprendió. Se sintió como si alguien lo hubiera golpeado con una pala.

–No me estarás diciendo que tú eres… Que nunca has…

–Nunca –admitió mirándolo–. Estás decepcionado –dijo apartando la mirada de nuevo.

–¿Decepcionado? –debía de estar bromeando. Si esa mujer hacía el amor con la misma pasión que le estaba demostrando, ni siquiera él estaría a su altura.

Pero no se trataba de eso. No sería con él con quien se casara. Chace no podría hacer el amor y permitir después que la tomara otro hombre. La amaba. Y ningún Staton se merecía respirar el mismo aire que ella.

–Quizá deberíais seguir con tus planes –dijo levantándose de la cama.

–¿Es que no me deseas?

–Ojalá no te deseara –murmuró él. Cuando acabó de ponerse la camisa se inclinó hacia ella y le volvió a abrochar los botones, con mucho cuidado de no rozarle la piel. Ella apartó la mirada.

–Mírame, Ellie –le pidió sintiendo más dolor que en toda su vida.

Ella movió la cabeza mordiéndose un labio.

–Por favor –le insistió él.

El dolor se agudizó cuando la vio llorar. Le tomó la mano y la ayudó a levantarse. Cerró los ojos por unos segundos, para que se le quedara grabada esa sensación de proximidad.

–Quiero que seas feliz –le dijo mirándola a los ojos.

–Pero, Chace…

Él le puso un dedo en los labios.

–Si me necesitas, estaré en la Triple B.

–¿Te marchas? –le preguntó mientras él se dirigía a la puerta.

Él se volvió para mirarla por última vez.

–Sí –dijo forzando una risa estúpida–. A un rancho turístico.

Ellie terminó de hacer el equipaje y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. No había llorado desde el día que enterraron a sus padres. El dolor le hizo recordar aquel lejano día.

Chace no la deseaba. Ni tampoco la amaba. Y ella había sido ingenua al pensar lo contrario. No podría mirarlo a la cara de nuevo, sintiéndose como la mujer más inexperta que hubiera conocido.

Pero aun así, Ellie seguía intentando convencerse de que todo eso no la afectaba. Al menos había aprendido una lección: Matt y Brett ya habían crecido, y si pretendía que no se metieran en su vida, ella tendría que hacer lo mismo con ellos. Había intentado que vivieran del modo que ella quería, motivada por el sentimiento de culpa. Tal vez algún día pudiera compensarlos.

Había hecho la carrera de su vida, quedando en sexta posición en la Final Nacional de Carreras de Obstáculos. Pero no sentía nada al respecto. Ni siquiera sabiendo que Chace había conseguido el Saddle Bronc y el título del All Around Cowboy. No podía pensar en cómo la había rechazado.

Agarró sus maletas y esperó el ascensor. Ya habría tiempo para la autocompasión y las recriminaciones cuando estuviera de camino a casa.

«A casa». Se dio cuenta de que no tenía a dónde ir. Cruzó el vestíbulo a toda velocidad, decidida a no derramar más lágrimas.

Dejó la llave en el mostrador y llamó al recepcionista.

–Me gustaría pagar ahora.

–¿Señorita Warren? –le preguntó mirando el ordenador.

–Eso –dijo sacando un bolígrafo de la bolsa–. ¿Cuánto es?

–Su cuenta ya ha sido pagada –dijo el recepcionista.

Ellie parpadeó un par de veces antes de responder.

–Seguro que es un error.

–No, señorita. Todo ha sido pagado.

«J.R», pensó. ¿Qué más habría hecho? ¿Acabarían convirtiéndose en marido y mujer?

No, J.R era la menor de sus preocupaciones. Lástima que no pudiera decir lo mismo de Chace…

Él había sido quien le trajo la felicidad, quien había cambiado verdaderamente su vida. No podía imaginarse sin él. Siempre había sido autosuficiente y nunca creyó que necesitara la ayuda de nadie. Pero se había dado cuenta de su error. Las personas necesitaban ayuda. El amor también…

Pero Chace se había marchado, deseando olvidarse de ella. Eso es lo que había dejado entender. Se marchaba creyendo que ella iba a casarse con J.R.

Miró su reloj. La una en punta. Tal vez pudiera alcanzarlo.

Pidió el teléfono y marcó el número del hotel de Chace. No recibió respuesta de la habitación, y la telefonista le dijo que ya se había marchado.

–¿Pero cuándo salió? –preguntó con el estómago ardiéndole–. ¿A qué hora?

–Espere un segundo que lo compruebe –respondió la mujer al otro lado de la línea.

–No importa; déjelo –dijo Ellie colgando. Le dio las gracias al recepcionista y agarró su equipaje.

–Aguarde. Llamaré a un botones para que la ayude –ofreció el hombre.

–No tengo tiempo –dijo ella.

Ya en su camión, y con Sky Dancer en el remolque, Ellie dejó atrás las luces de Las Vegas. Por primera vez en su vida, no tenía ningún plan.

–¿Dónde está? –susurró mirando al cielo. Y tan pronto como las palabras salieron de su boca, un nuevo plan empezó a formarse en su cabeza. Él le dijo dónde estaría si lo necesitaba. Y ella lo necesitaba.

Capítulo 10

CUANDO dejaron a Ellie, Chace y Ray se pararon en el bar del hotel, donde Chace intentó quitarse las penas con un par de bebidas. Con las ideas más claras decidió pagar la factura de Ellie. Sería su regalo de bodas. Pero aún tenía esperanzas de que sus temores no se cumplieran. Había llamado a todas las capillas de la ciudad, y en ninguna le habían confirmado el enlace. Pero que no se casaran en Las Vegas no significaba que no fueran a hacerlo. Y dondequiera que fuese, Chace tenía que impedirlo.

Como el remolque le haría ir más lento, le pidió a su viejo amigo, Ned, que se lo llevara a la Triple B. Además, Trey estaba intentando convencer a Ned de que trabajara con ellos en el rancho, de modo que llevándolo allí también le haría un favor a su hermano.

Mientras salía de Las Vegas calculó el tiempo que necesitaría para alcanzarlos. Al menos le llevarían cuatro horas de ventaja, y además, no sabía qué dirección habrían tomado. El destino más probable era Tulsa, donde J.R tenía su oficina.

Estaba dispuesto a no parar, pero se vio obligado a detenerse en Alburquerque cuando el sueño lo venció. Después de dormir unas pocas horas y de un almuerzo ligero se lanzó de nuevo a la carretera. A la mañana siguiente estaba metido en el tráfico de Tulsa.

Cuando llegó a la oficina de J.R cruzó velozmente el vestíbulo vacío y entró como una exhalación en el despacho privado del agente.

–¿Dónde está Ellie, Jimmy Bob?

J.R se quedó mirándolo con la boca abierta. Luego se recuperó de la sorpresa y se levantó con una sonrisa.

–Supongo que estará preparando nuestra boda.

–La boda no se celebró al fin –dijo Chace aliviado.

–Déjalo ya, Brannigan. Esta partida la gano yo, tarde o temprano.

–Tendrás que pasar por encima de mi cadáver –amenazó Chace–. O del tuyo.

–Te lo estoy advirtiendo, Brannigan…

–No, soy yo quien te lo advierte, Staton –Chace se acercó a la mesa, llena de cajas y carpetas–. ¿Dónde está?

–¿Por qué me lo preguntas a mí? No la he visto desde la noche del domingo, después de dejar el casino.

Chance se quedó pensando. ¿La noche del domingo? ¿Antes de que él fuera a verla a su hotel? De ser así, ¿ya tenía decidido que no iba a casarse? No le había dicho nada, pero él tampoco le había dado la oportunidad de hacerlo. Si lo hubiera sabido… Las rodillas empezaron a flaquearle.

–Es toda tuya –dijo J.R con una sonrisa malévola–. Lo único que yo quería era el rancho. Y lo hubiera tenido, junto al petróleo –sacudió la cabeza–. Sal de aquí.

–No antes de que me digas una cosa. ¿Por qué cortaste la correa de su alternador?

–Te estás volviendo cada vez más paranoico, Brannigan –replicó J.R desabotonándose el último botón de la camisa.

Pero antes de dejar Las Vegas, Ray había encontrado a un testigo de lo que pasó en Phoenix.

–Alguien te vio rondar la caravana de Ellie la mañana en que su camión se averió.

J.R guardó silencio por unos instantes, antes de respirar profundamente.

–De acuerdo –dijo sin mirar a Chace–. Pensé que si no llegaba a tiempo para competir, no podría clasificarse para las finales y no ganaría el dinero que necesitaba para el rancho y para sus hermanos. Y entonces no tendría más remedio que venderlo.

–Tendría que molerte a golpes por eso, Jimmy Bob, pero ahora que sé que no volverás a molestarla, lo dejaré para otra ocasión.

–Si es que puedes encontrarme –murmuró J.R

Chace se fijó en todos los paquetes que había en la habitación.

–Parece que estás haciendo el equipaje. ¿Acaso tienes a la justicia pisándote los talones?

J.R tensó la mandíbula.

–No, solo estoy… reorganizándolo todo.

Chance vio cómo le temblaban las manos al ordenar los papeles, y cómo miraba nerviosamente al teléfono.

–¿Deudas de juego, tal vez? –le preguntó.

Aunque no respondió, Chace vio el miedo en sus ojos.

–Deberías alejarte de mí lo más posible, Jimmy Bob, porque si alguien me pregunta, no dudaré en contar todo lo que sé de ti. Y sé bastante, te lo aseguro. Si quieres seguir jugando, apuesta todo tu dinero a que no volverás a ver a Ellie. Es la jugada más segura.

Cuando salió de Tulsa, solo se le ocurrió un sitio donde pudiera estar, pero en el rancho de los Warren le dijeron que tampoco había aparecido por allí.

Si J.R no la había visto y tampoco sus hermanos, ¿dónde demonios estaría? Ya no sabía dónde buscar, y además, le había prometido a Trey que volvería a la Triple B tan pronto como pudiera. A su hermano le hacía falta ayuda urgente. Ned ya estaría allí con Redneck. Chace no le había dicho a nadie a dónde se dirigía. Tenía la esperanza de encontrar a Ellie y volver con ella al rancho, quisiera ella o no. Pero ¿y después qué? Chace no había pensado en el futuro, pero eso no importaba si no podía encontrarla.

Después de pararse en un pueblo cercano a Las Vegas, Ellie tomó una carretera entre las montañas, esperando haber hecho lo correcto. No sabía que decirle a Chace cuando llegara a la Triple B. Por lo menos, algo que sonara racional.

Al llegar a lo alto de una colina vio una casa centenaria que la dejó sin respiración. ¿Sería ese el rancho de Chance? No era extraño que quisiera volver. La piedra de los muros transmitía una fuerza cálida y acogedora al viajero que la veía en la distancia, entre hermosos campos de cultivo que se perdían en el horizonte. Mientras avanzaba lentamente, Ellie vio el gran número de construcciones que se levantaban junto al edificio principal. Seguramente serían las cabañas para los invitados, perfectamente dispuestas en torno a un bonito jardín.

Llegó a una verja de hierro y apagó el motor. Estuvo un rato respirando profundamente, dándose fuerzas y ánimos, antes de atreverse a bajar y abrir la verja.

–Puedes hacerlo –se dijo de camino al porche de la entrada. Cuando llegó frente a la maciza puerta de madera, se echó los cabellos hacia atrás, respiró hondo una vez más, y llamó.

La puerta se abrió y se encontró con unos ojos del mismo color que los de Chace. Sorprendida por el parecido se quedó sin palabras, hasta que se forzó a hablar.

–Emm… ¿Está Chace?

–Tú debes de ser Ellie –dijo el joven mirándola de arriba abajo con una sonrisa.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó ella, bastante más tranquila.

El joven se echó a reír y abrió la puerta del todo.

–Bienvenida a la Triple B. Estás en tu casa.

–Chance no me espera –intentó explicar ella mientras pasaba a un recibidor fresco y oscuro.

–Chace no está.

–Oh, bueno… –empezó a decir decepcionada.

–¿Has traído tu caballo?

–Sí, umm, está en el remolque.

–Le diré a Ned que se ocupe de él y del camión –dijo metiéndose las manos en los bolsillos y poniendo una sonrisa encantadora–. A propósito, yo soy Trey.

–Me lo figuraba –contestó Ellie estrechando su mano–. Chace me ha hablado de ti.

–Habrá exagerado mucho, supongo –dijo él, apretando su mano entre las suyas.

–Si no está aquí, será mejor que vuelva a mi casa. Mis hermanos se estarán preguntando dónde estoy.

Pero en vez de dejarla marchar, la tomó del brazo y la condujo por un largo pasillo.

–No puedo consentir eso. Si tus hermanos están preocupados, llámalos desde aquí. Chace volverá en cualquier momento. Y si se entera de que has estado aquí y que te has marchado, me matará.

Entraron en una enorme cocina, con vigas de madera y una gran mesa de roble en el centro.

–Toma asiento –le dijo él, mientras sacaba del frigorífico una jarra de té helado.

–No estoy segura de que quiera verme –dijo ella–. La última vez que nos vimos… –el recuerdo de lo que pasó la hizo ruborizarse–. Digamos que no fue del todo bien.

–¿Has dejado a Jimmy Bob? –le preguntó Trey

Ella asintió, incapaz de decir nada.

–Entonces Chace estará muy contento de verte, te lo aseguro –dijo poniendo los vasos en la mesa y llenándolos de té.

–Entonces, ¿sigues trabajando en el rancho?

–Siempre hay trabajo que hacer. Esto va a ser un rancho turístico y a la vez un centro de trabajo. Si no hubiera sido por el dinero que mandaban Chace y Dev… –sacudió la cabeza y la miró–. Ya sé que no es esto lo que Chace quería para la Triple B, pero parece que se va haciendo a la idea.

Ella sonrió, recordando las últimas palabras que Chace le dijo.

–Parece que está cambiando.

Trey sonrió y terminó su té de un trago.

–Chace estará aquí mañana o pasado. No sabemos adónde ha ido, pero volverá a casa. Así que te enseñaré una habitación.

–Gracias –dijo ella siguiéndolo. Lo único que podía hacer era esperar. Y preocuparse. Y preguntarse qué le diría a Chace cuando este volviera.

Chace estaba harto de preocuparse, pero no podía evitarlo. Otras diez horas de camión lo habían alejado más de la Triple B, y seguía sin tener ni idea de dónde estaba Ellie. Pero al menos había aprendido una cosa. La amaba. Seguramente la había amado desde que la vio subida a una pala. No paraba de pensar en ella durante el día; y durante la noche soñaba con hacerla feliz, con quitarle sus miedos, con tenerla cerca y despertarse a su lado, con hacerle el amor hasta quedar sin fuerzas. Ella era más lista de lo que él había esperado, y ni siquiera le había dado la oportunidad de decirle que había abandonado a J.R. Pero él tendría que haberlo sabido, que Ellie nunca se iría con alguien así.

¡Demonios! ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

Cuando llegó al rancho estaba rendido, acalorado, y a punto de volverse loco. Su hermano tendría que comprender que volviera a marcharse. Tan pronto como encontrara a Ellie, encontraría el modo de salvar la Triple B. Si la encontraba. Tenía que encontrarla.

Pensaba dónde podía empezar a buscarla de nuevo. En Tulsa, quizá. Y si no estaba allí, llamaría a Reba. Era posible que Ellie la hubiera llamado. Si se estaba escondiendo de él… Solo de pensar en eso se mareaba.

Suspiró profundamente y abrió la puerta.

–¡Trey! ¿Dónde estás?

Ellie dio un salto en su silla, donde estaba leyendo una revista de viajes.

«Chace». Parecía que se había vuelto loco.

Las puertas de la habitación se abrieron de golpe.

Los ojos de Chace recorrieron la sala hasta encontrar los suyos.

–¿Ellie?

–Hola, Brannigan –lo saludó ella.

Chace se quitó el sombrero y avanzó un par de pasos.

–¿Se puede saber dónde demonios has estado?

–Aquí.

–¿Aquí? ¿En la Triple B?

Ella asintió.

–Por Dios, Ellie, he recorrido la mitad del estado en tu busca. ¿Por qué no le dijiste a nadie que venías para acá? –se acercó a grandes zancadas y la agarró por los brazos–. Matt y Brett están

muy preocupados por ti. Y yo me estaba volviendo loco preguntándome qué estaba pasando.

–Ya los he llamado y les he dicho dónde estoy, y que no voy a obligarlos a vender el rancho. No se alegraban tanto desde que ganaron el primer premio en la feria de ganado –hizo una pausa y le acarició la mandíbula tensa–. No pongas este gesto de mal humor, Chace. Me gustas mucho más cuando sonríes. Y así sabría si estás contento de verme aquí o no.

–¿Contento? Estoy impresionado de que me hayas tenido corriendo por todas partes para descubrir que estabas esperándome aquí.

–Trey y yo hemos estado hablando –le dijo ella–. He venido para solicitar el puesto de monitor de equitación, si tú estás de acuerdo.

–¿Monitora de equitación? ¿Has venido aquí por un trabajo?

Ellie no podía decirle la verdad: que no podía vivir sin él. Cuando Trey le habló del rancho turístico, su plan cobró fuerza. Tendría la oportunidad de conocer a gente nueva, a gente que no perteneciera al mundo del rodeo. Y estaría cerca de Chace.

Pero a él no parecían gustarle mucho sus planes. Temerosa de que la echara de allí, se apresuró a añadir algo más.

–Un trabajo, eso es. Bueno, ya ves, como no voy a casarme con J.R, y como además tengo experiencia… –se encogió de hombros.

–En un rancho –añadió él cruzando los brazos.

Ella asintió mordiéndose un labio. Chace no parecía convencido, pero entonces la asaltó otro pensamiento.

–¿Por qué me estabas buscando?

–Cuando supe que no ibas a casarte con J.R pensé que mis preocupaciones habían acabado; pero entonces no pude encontrarte y pensé que me había vuelto loco.

–¿Me echaste de menos? –preguntó ella excitada.

–¿Echarte de menos? –la sujetó entre sus brazos–. Maldita sea, Ellie, te quiero. En cuerpo y alma. Lo juro. Tú no vas a marcharte de aquí. No sola. No mientras yo viva. Y si lo intentas, será mejor que prepares a Sky Dancer para llevar a dos, porque yo me voy contigo. Podemos vivir donde quieras; en Tulsa, en Dallas, hasta en Nueva York.

–¿Nosotros? –Ellie apenas podía hablar de la emoción.

Él la miro sonriente, completamente seguro de sí mismo.

–Vas a casarte conmigo.

–Chace –protestó ella–. Se supone que tienes que pedírmelo. No seas tan mandón.

Él se arrodilló, tomó su mano y la miró fijamente.

–Ellie Warren…

–Elaine Susan Warren –corrigió ella.

–Elaine Susan Warren –rectificó él sonriendo–, ¿tendrías el honor de ser la señora de Chace Aaron Brannigan?

Ella juntó los labios; quería decirle que sí, pero dos dudas la asaltaron.

–¿Por qué no me dijiste que J.R fue uno de los que estafó a tu familia?

–¿Me habrías creído?

–No veo por qué no.

–No estaba seguro de lo que J.R era capaz de hacer, y entonces te conté lo del fraude –le dijo besándole las manos–. No quería que pensaras que corrías peligro.

–¿Se ha acabado?

–Por ahora –dijo él asintiendo.

Aquello era suficiente para Ellie. Esperaba no volver a ver a J.R nunca más, pero sabía que nada era seguro.

–¿Chance? –no sabía cómo formularle la siguiente duda–. ¿Por qué… por qué aquella noche en el hotel… no quisiste…?

Él la agarró por la cintura y la sentó en su regazo.

–Demonios, Ellie, ¿es que no sabías lo que te deseaba aquella noche? Muchas mujeres me han tentado antes, pero ninguna me ofrecía lo que tú.

–Pero no lo aceptaste –susurró ella apoyando la cabeza contra su pecho y oliendo a caballos, a aire fresco, a Chace. Un vaquero integral. Un vaquero al que amaba.

–Pensé que ibas a casarte con J.R, que tú y yo no teníamos futuro –explicó mientras le acariciaba el cuello–. Si te hubiera tomado entonces, no habría podido abandonarte. Y no tenía más remedio que hacerlo.

–¿Tanto me amabas?

–Lo bastante como para pagar tu cuenta en el hotel.

–¿Entonces fuiste tú? –le preguntó sorprendida–. Pensaba que…

Él la hizo callar con un beso.

–Te amaba demasiado, pero no lo sabía. Tuve que estar a punto de perderte para darme cuenta.

–Yo también pensé que te había perdido –le dijo ella recordando el miedo y la desolación que había sentido–. Pero ahora estamos aquí. En la Triple B. ¿Por qué no me dijiste que era tan bonita?

–Porque tú dijiste que odiabas los ranchos, y yo quiero que seas feliz, Ellie. A donde quiera que vayas, cualquier cosa que quieras hacer, la haremos juntos. Encontraré algo en…

Ella le puso un dedo en los labios.

–No, yo estaba equivocada. No quería que mis hermanos pasaran lo mismo que mis padres. Pero ahora, con el dinero del petróleo, el rancho podrá salvarse, y Matt y Brett no tendrán problemas. Siempre supe que mis padres fueron felices, pero no comprendía por qué. Trabajaban muy duro, pero nunca se quejaban. Porque amaban lo que hacían y se amaban el uno al otro. Como tú y yo.

–No tienes por qué preocuparte. La Triple B va a ser un éxito. Pero eso no importa tanto como que tú estés conmigo. Te quiero.

Volvió a besarla dulcemente. Ellie no pudo precisar si transcurrieron unos segundos o toda una vida.

Chace se apartó, y ella recogió la revista que había tirado antes.

–Escucha esto, Chace. Tengo una idea para convertir a la Triple B en el rancho turístico más famoso del estado.

–¿Una idea? ¿Es uno de tus planes?

–Es un buen plan, Chace, lo prometo –lo tranquilizó besándole el entrecejo–. Lo que la Triple B necesita es una buena publicidad. Y aquí tenéis todo lo necesario; y a una buena monitora de equitación…

–Que enseñará a nuestros hijos a montar. Y a los hijos de nuestros hijos. Mientras estemos juntos, puedes hacer todos los planes que quieras.

Cuando se inclinó para besarla de nuevo, el plan recibió la fuerza de sus brazos. La Triple B sería un triunfo. Y también lo sería su amor.